

The background of the book cover is a dark, textured surface, possibly soil or a forest floor, covered with a dense layer of dry twigs and fallen leaves. The leaves are in various stages of autumn, with some showing vibrant red and orange hues, while others are more muted or brown. The overall lighting is soft and somewhat dim, creating a somber and reflective atmosphere.

EL
ÚLTIMO
DÍA DE
MI VIDA

DAVID ORANGE

EL ÚLTIMO DÍA
DE MI VIDA

DAVID ORANGE

Título original: El último día de mi vida.

© David Orange, 2018

Diseño de portada: David Orange

Primera edición: Julio, 2018

Todos los derechos reservados. Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización escrita de los titulares del copyright, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía o el tratamiento informático y la distribución de ejemplares de ella mediante alquiler o préstamos públicos.

A mis padres, las personas que me dieron la vida,
A mis hermanos, los que siempre estuvieron y estarán bajo cualquier circunstancia,
A mi mujer, ella ese impulso de vida que recibo cada día.

“Debes ser el cambio que deseas ver en el mundo.”

Mahatma Gandhi

“El mundo es un buen lugar por el que vale la pena luchar.”

Ernest Hemingway.

ÍNDICE

[CAPÍTULO 1](#)

[CAPÍTULO 2](#)

[CAPÍTULO 3](#)

[CAPÍTULO 4](#)

[CAPÍTULO 5](#)

[CAPÍTULO 6](#)

[CAPÍTULO 7](#)

[CAPÍTULO 8](#)

[CAPÍTULO 9](#)

[CAPÍTULO 10](#)

[CAPÍTULO 11](#)

[CAPÍTULO 12](#)

[CAPÍTULO 13](#)

[CAPÍTULO 14](#)

[CAPÍTULO 15](#)

[CAPÍTULO 16](#)

[CAPÍTULO 17](#)

[CAPÍTULO 18](#)

[CAPÍTULO 19](#)

[CAPÍTULO 20](#)

[CAPÍTULO 21](#)

[CAPÍTULO 22](#)

[CAPÍTULO 23](#)

[CAPÍTULO 24](#)

[EPÍLOGO](#)

CAPÍTULO 1

Mi último día de trabajo

Me despierto sobresaltado y tardo uno segundos en saber dónde estoy. Me siento como si acabase de aterrizar tras una caída de más de un millón de kilómetros de distancia. Miro la hora y veo que son las ocho y treinta de la mañana. Más de quince años padeciendo insomnio y precisamente hoy a mi cuerpo le ha dado por dormir como un lirón. Maldigo mi mala suerte, como llevo haciendo por lo menos desde los últimos treinta años.

Me doy una ducha rápida y me hago un café doble. Mentalmente repaso todo lo que quiero hacer hoy. Es mi último día. Mi último día de vida. Y lo quiero aprovechar. Tengo bastantes cuentas pendientes que necesito saldar. Empezando por arreglar las cosas con mi familia y acabando por encontrar a la persona que me ha hecho esto.

Salgo de casa y me dirijo al trabajo, el mismo que llevo haciendo desde los últimos veinte años. Odio mi trabajo. Llevo odiándolo prácticamente desde el día que empecé y sentí ese putrefacto olor que desprendían las máquinas cocinando la harina y la levadura que más tarde se convertirían en panecillos, sándwiches, donuts y un montón más de porquería alimenticia empaquetada. Menos mal que al poco tiempo de entrar ascendí y me hicieron encargado de sección. Y que unos años después, conseguí llegar a jefe de planta. De todas formas eso nunca cambió las cosas. Yo continué odiando mi trabajo y a mis jefes, a los que estaban por encima de mí.

Entro en las instalaciones de Bread&Sugar y ese nauseabundo olor a bollería refinada y a grasa animal flotando en el ambiente se me pega a la garganta y apenas me llega para darle los buenos días a Minerva antes de salir

disparado al váter para vomitar. Hoy lleva una falda más corta de lo normal y sus labios están pintados de ese color rojo intenso que tanto me gusta.

—Buenos días, Minerva.

—Buenos días, señor Swift. El señor Jones le espera arriba en su despacho.

Me quedo mirándola mientras espero a que llegue el ascensor. ¿A qué demonios ha venido eso y por qué no me mira a la cara?

—¿El señor Jones, dices?

—Sí.

—¿Y qué quiere?

Minerva se queda mirándome sin decir nada. En una mano sujeta una grapadora y en la otra un montón de folios. Me viene a la cabeza aquella fiesta de navidad en la que los dos nos quedamos atrapados en el ascensor. Yo había bebido mucho y ella era la viva imagen de la sensualidad. Hacía muy poco de lo de mi ruinoso piso y lo de la estafa de Strong Brothers. Me acerqué bastante y ella se apartó. Aquello me sentó como una patada en las pelotas. En aquellos tiempos yo era un idiota. Mucho más que ahora. Le dije algo de lo que me arrepentí prácticamente en el acto. Desde entonces he buscado la forma de pedirle perdón, pero tras más de doce años todavía no la he encontrado.

Se cierran las puertas del ascensor antes de que Minerva conteste. No importa. Enseguida averiguaré qué es eso de que el señor Jones está en mi despacho porque ya estoy llegando.

Salgo del silencioso ascensor en la última planta y cuando llego a mi despacho veo que me están esperando. Más de una persona. El señor Archibald Jones, que es el jefe de la compañía, está de pie contemplando las vistas que ofrece el ventanal de esa maravillosa planta quince. Junto a él está Richard Malick. Richard y yo entramos juntos a la compañía y nos hicimos muy amigos casi desde el primer día. Pero desde hace unos diez años,

aproximadamente el tiempo que llevo como jefe de sección, apenas nos hablamos. Cosas que pasan, supongo.

—Buenos días, Dylan, siéntate por favor —dice el señor Jones con esa educación aristocrática. Se nota que nunca en su vida ha pasado ni un solo apuro.

—¿Que me siente? ¿Por qué? ¿Qué ocurre?

—Hay algo de lo que me gustaría hablarte, Dylan, y creo que lo mejor es que te sientes. ¿Te sientas, por favor?

—No. No me siento, Archibald, no hasta que me digas lo que ocurre y por qué está aquí Richard —El señor Jones abre mucho los ojos. No está acostumbrado a que le contradigan. Él y mi ex amigo Richard se miran con asombro.

—Hemos pensado que lo mejor para la empresa es que no continúes como jefe de planta, Dylan. Richard ocupará tu puesto a partir de ahora.

Me quedo mirándolos a los dos. Durante unos instantes no digo nada. Richard baja la mirada porque no puede soportar la vergüenza. Probablemente Archibald le ha pedido que esté presente en ese momento y él no ha sabido decirle que no. Es su estilo. De pronto rompo a reír con todas mis fuerzas. No puedo parar. La situación es más que cómica. Ese par de memos pensaban que me iban a dar una mala noticia, pero no tienen ni idea de que la única razón por la que he ido hoy a trabajar ha sido para decirles cuatro cosas. Para decirles en primer lugar que ya no me verán más por allí. Obviamente ellos no tienen ni idea de que es mi último día de vida. Tampoco tengo pensado decírselo. No me gusta dar pena.

—¿Se puede saber de qué te ríes, Dylan? —El señor Jones no se ha tomado bien mi reacción. No le gusta ver a la gente reír. Menos si osan reírse de él.

Hago un gran esfuerzo para dejar de reír por un momento. Incluso los ojos

me lloran. Me llevo las dos manos a mi entrepierna como un reflejo para evitar mearme encima. Creo que no me pasaba algo así desde que era niño.

—Siempre te las has dado de ser alguien importante, ¿verdad, Archibald? Pues te diré que, a pesar de que todo el mundo te respeta aquí y puede que incluso también lo haga alguno que otro de puertas para afuera, en el fondo todos sabemos que no eres más que una completa mierda, Archie. ¿Te importa que te llame Archie?

El señor Jones me mira con la boca abierta. Esta vez, en lugar de asombro, lo que hay en su mirada es un principio de ira. Puede que nadie en la vida le haya hablado nunca así. A mí se me inflan los pulmones como nunca antes lo habían hecho.

—Estás aquí porque tu padre te dejó todo esto y no porque tú hayas conseguido levantar nada por ti solo, la gente te da los buenos días porque tiene miedo a que la despidas, las mujeres te sonríen porque creen que si son descorteses contigo te enfadarás y también las mandarás al paro, tu mujer y tus hijos, Archie, ni siquiera te soportan, puedo verlo en sus miradas de hastío cada vez que te acercas a ellos para darles dos besos. Pero lo peor de todo, sin ninguna duda, es que la empresa que diriges no es más que una basura. Tú y yo sabemos que lo que vendes no puede llamarse ni alimento. Tu bollería y tus panecillos son tóxicos, Archie, son malos para la salud. Y encima tienes la poca vergüenza de anunciar que son productos buenos para los niños, que favorecen el crecimiento, cuando los dos sabemos que incluso la comida que se zampa tu perro cada día es de una calidad infinitamente superior a la que preparamos aquí.

Richard tiene la cabeza agachada, tiene miedo de que para él también haya. Nunca ha llevado bien la confrontación. Archibald acaba de apretar los puños. Sus labios se han cerrado. Los aprieta y se arrugan formando una irregular línea morada parecida a una fea cicatriz mal curada.

—¿Qué ocurre, Richard? ¿Tienes miedo de mirarme a la cara? No te preocupes, porque la realidad es que curiosamente hoy había venido a decir que me largaba, que no soporto ni un solo segundo más estar en este lugar haciendo este asqueroso trabajo para vender la porquería que vendemos.

Richard levanta la mirada y en su cara veo una mezcla de vergüenza y humillación.

—Será mejor que te largues de aquí ahora mismo y que no vuelvas nunca más, Dylan, lárgate antes de que llame a seguridad. Mandaré un mensajero a tu casa con tus cosas —dice el señor Jones apretando su cuadrada mandíbula de antaño. Puede oírse cómo rechinan sus dientes. El cascanueces.

Yo lo miró desde los treinta centímetros que le saco de altura.

—Por supuesto que me voy de este asqueroso lugar, Archie, pero quiero que te quede claro que soy yo quien ha decidido irse, quiero que te quede claro que, la próxima vez que mires a los ojos a cualquiera de esas personas que están por debajo de ti, en el fondo, tras esas sonrisas forzadas y esos apretones blandos de mano, en el fondo te estarán odiando. En el fondo estarán deseando que te empotres con tu Mercedes el próximo fin de semana, o que te coja una buena tormenta en alta mar cuando decidas sacar tu yate a pasear, tal vez hasta han fantaseado con que cojas alguna grave enfermedad, Archie, aunque lo triste de todo esto que tanto tú, como yo, como ellos, sabemos que nada de eso pasará, porque la gentuza como tú siempre se las arregla para salir a flote, y si por alguna de aquellas te ocurriese algo, será tu hijo quien ocupe tu lugar, que lo hará igual o incluso peor que tú, tal vez lo haga mucho peor, ahora que lo pienso.

Con cada una de mis palabras me siento más ligero. De pronto, Archibald se abalanza sobre mí como una verdadera fiera y estrella su cabeza y su cuello contra mi abdomen. Me derriba fácilmente y yo caigo de espaldas. Me golpeo en la cabeza y creo que se me ha abierto una buena brecha. Me llega un

extraño gusto a metal justo en la punta de la lengua. Archibald se ha vuelto completamente loco, se sienta a horcajadas sobre mi pecho y con la mirada llena de puro odio empieza a golpearme en la cara. Tendrá al menos veinte años más que yo, pero sus manos son duras como piedras. Manos antiguas y enraizadas.

—Señor Jones, por favor, ya está bien, lo va a matar —Richard trata de intervenir pero tiene miedo a que si intenta apartar a Archibald de mí, lo acabe por despedir. Así que se queda de pie sin saber qué hacer ni qué decir, solo observa totalmente acongojado.

Archibald me suelta tres o cuatro puñetazos más en la cara y yo noto cómo me parte dos o tres dientes. La boca se me llena rápidamente de sangre. Estoy mareado pero sobre todo estoy furioso. El siguiente golpe de Archibald lo paro con mi brazo izquierdo y con el derecho le golpeo justo en la boca del estómago. Eso lo deja momentáneamente sin respiración. No se lo esperaba. Aprovecho la situación y me lo quito de encima levantándome todo lo rápido que puedo. Yo también estoy lleno de furia. El señor Jones cae a un lado y ahora soy yo el que se sienta sobre él. En sus ojos veo que nunca antes en la vida había pasado tanto miedo. Todavía le cuesta respirar. Empiezo a golpearlo con fiereza y escucho de fondo a Richard diciéndome que pare. Pero yo no puedo parar. Le suelto cuatro cinco puñetazos más hasta que veo cómo Archibald empieza a toser sangre, apenas le quedan fuerzas para intentar cubrirse. Se ha rendido. En ese momento paro de golpear. Estoy cansado. Dolorido. De pronto siento que ya he tenido suficiente. Los dos hemos tenido suficiente. Me hago a un lado y veo cómo Richard se tapa la cara con las manos. Cobarde. Trato de recuperar un poco la calma apoyado sobre la puerta y veo cómo Archibald hace lo propio. Sonríó al ver que él está mucho peor que yo. Parece que no sabe ni dónde está. Escupe en el suelo y sobre el parquet caen dos dientes. Ya se le ha empezado a hinchar un ojo y el lado

izquierdo de la cara. Se pone en pie a duras penas. Me da la impresión de que se va a largar de allí pero en lugar de eso se deja caer sobre la mesa de mi ya antiguo despacho y lo que hace es descolgar el teléfono y llamar a seguridad. Les pide, entre balbuceos sanguinolentos, que se den toda la prisa del mundo porque lo están agrediendo.

Al escuchar aquello me pongo en pie y siento que me duelen no solo las manos y la cara, sino todo el cuerpo. Es curioso, pero me duele absolutamente todo. Salgo de allí mientras veo cómo Archibald ha inclinado de nuevo su tronco hacia delante y está tosiendo más sangre.

Veó el ascensor que hay delante de mí y el que está al fondo del pasillo. No sé por cuál de los dos vendrán Thomas y Ryan, los vigilantes de seguridad. No me gustaría nada toparme con ellos de frente. Al final me decido por el que está más alejado, el del fondo del pasillo.

Los segundos hasta que llega la cabina se me hacen interminables, necesito salir de allí cuanto antes, todavía tengo muchas cosas que hacer y no me puedo permitir que me retengan los vigilantes de seguridad hasta que llegue la policía y me lleve detenido. Porque eso es exactamente lo que pasará. Por suerte para mí, cuando llega el ascensor está vacío. Entro y antes de que se cierren las puertas veo cómo a lo lejos, Thomas y Ryan llegan a la puerta de mi antiguo despacho. Respiro aliviado y espero hasta llegar abajo.

Antes de salir veo cómo me mira Minerva, con la boca abierta. Miedo. No sabe qué ocurre pero por mi aspecto debe estar pensando que ha ocurrido algo malo. Que me he vuelto loco o algo así.

—Minerva —necesito decírselo.

—Qué.

—¿Recuerdas aquella fiesta de Navidad, cuándo se paró el ascensor y estábamos solos tú y yo?

Ella asiente. Está aterrada.

—No ha pasado ni un solo día en el que no me arrepiente de lo que te dije
—Noto que por uno de mis ojos me resbala una gota de algo que debe ser o bien sangre o bien una lágrima. O las dos cosas.

Ella abre mucho los ojos. No sabe qué decir.

—Lo siento mucho, Minerva, solo quería que supieras lo idiota que fui y lo mal que me porté contigo. No te merecías que te tratase así, nadie se merece que lo traten así. Si pudiese volver atrás en el tiempo te aseguro que no solo no te diría nada de aquello, sino que ni siquiera te miraría ni una sola vez sin hacerlo con todo el respeto que te mereces.

Ella no dice nada y yo agacho la cabeza para salir de allí antes de que bajen las fuerzas de seguridad.

—Dylan —escucho la dulce voz de Minerva justo cuando estoy a punto de salir.

—Qué.

—Gracias —Tiene los ojos cubiertos de lágrimas y siento que los míos también se acaban de llenar de agua salada. Asiento y salgo de allí.

Me siento un poco mejor. Solo un poco.

Me dejo caer en el coche y me enciendo un cigarrillo. Necesito coger algo de aire mientras decido cuál va a ser mi próxima parada.

Dicen que cuando uno se hace mayor ya no le da miedo decir la verdad a la cara y lo que piensa realmente, pero yo acabo de descubrir que cuando solo te quedan unas horas de vidas esa sensación se convierte en una auténtica necesidad.

CAPÍTULO 2

El banco

Arranco y en cuanto abandono las inmediaciones de Bread&Sugar trato de decidir con rapidez si debería ir primero a casa de mi gran amigo Ron o al banco en el que nos estafaron a Rachel y a mí todos nuestros ahorros. Miro el reloj. Las diez de la mañana. Debo darme prisa porque el tiempo vuela más que nunca y todavía tengo muchísimas cosas que hacer. Sobre todo las más importantes.

Decido que iré primero al banco.

El tráfico es denso a estas horas de la mañana. Pienso que he tenido tan mala suerte en esta vida que hasta me ha tocado morir en miércoles. Un maldito miércoles. Pensar en eso me arranca una estúpida sonrisa desesperada.

Acelero y cambio de carril por lo menos siete veces. Me uno a la batería de insoportables cláxones que lo inundan todo de estrés y ruido.

Uso el carril reservado para los taxis. Uso el carril reservado para las bicis. No cedo ni un solo metro. No dejo pasar a nadie. Hoy es mi día y tengo más prisa que nunca.

Ya estoy llegando. Strong Brothers Bank. Solo a mí se me ocurriría confiar el dinero de mi matrimonio, de mi familia, en un banco con ese nombre.

Pensar de nuevo en lo que nos hicieron hace que vuelva a acelerar y al cambiar otra vez de carril no veo el pequeño camión de ultra congelados que al parecer tiene tanta o más prisa que yo. Por un momento pienso que las pocas horas que me quedan de vida se acaban de reducir a escasos segundos. Veo

cómo el morro del viejo Ford embiste el lateral de mi Chrysler. Mi coche da una vuelta completa derrapando por el asfalto y antes de que se detenga sufro un segundo impacto de otro coche que llegaba por mi izquierda. No lo veo venir. Mi coche da por lo menos dos vueltas más y por unos segundos pierdo totalmente la noción del espacio tiempo. Me agarro al volante con todas mis fuerzas y espero a que todo se detenga.

Y todo se detiene tres o cuatro segundos después.

Aun así todavía puedo escuchar los frenazos de los coches que vienen detrás y desgraciadamente algún que otro golpe también. Humo. Cláxones. Puertas que se abren y se cierran. Cristales rotos derramándose por el suelo. Gritos. Insultos. A mí me cuesta ubicarme. Dolor de oídos. Cuello envarado y la visión ligeramente borrosa. Tengo que salir de allí antes de que la gente empiece con el papeleo, antes de que venga la policía o incluso vengan las ambulancias.

Trato de arrancar pero el contacto del Chrysler suena como un perro con afonía. Vuelvo a maldecir mi mala suerte. Me acabo de quedar sin coche.

Abro la puerta y también está medio atascada. Aun así salgo rozándome por la abollada plancha de metal y se me desgarran un poco el pantalón. Al ponerme en pie noto que me mareo y abro los brazos para no caer. Intento conservar el equilibrio y me siento como si acabase de beberme una botella entera de ginebra.

—No se mueva, señor, espere a que venga una ambulancia. Ha sufrido un accidente muy grave. Está malherido.

Dirijo mi nublada vista a esa cálida voz y veo que es una mujer mayor de cuya mano veo que se prolonga un carro de la compra al cual va atado un pequeño perro que también me observa con cierto recelo. Miro por encima de su hombro y veo que en el accidente han participado al menos cuatro o cinco coches más. Reacción en cadena.

Sin tratar de ser descortés la aparto un poco con una mano para poder pasar y largarme de allí.

—Señor, debe esperar a que venga la ambulancia, ha sufrido usted un grave accidente —La voz de la señora adquiere un tono preocupante. Casi suplicante. No digo nada porque me da la impresión de que en esos momentos ni siquiera puedo hablar. Tengo la mandíbula atascada y la lengua acorchada.

Camino unos metros y me alejo un poco de allí. Noto un fuerte picor en la cara. Me toco con una mano y siento algo duro. Mierda. Me miro en el espejo de un coche y me horrorizo al ver que tengo varios cristalitos clavados en la cara. Me los quito uno a uno mientras emito un grito continuo y lastimero. Más que un grito es como un llanto. Un llanto que me recuerda a cuando era un niño. Eso me hace llorar todavía con más fuerza. En el fondo tengo la impresión de que no sé cómo demonios ha ocurrido eso de hacerse mayor. Pero tengo que aguantar porque el tiempo se agota. Mejor no lamentarse más.

Me quito la chaqueta y me limpio la cara como puedo. Debo de tener una pinta horrible.

Acelero el paso hacia Strong Brothers. Cojeo. Solo un par de manzanas y habré llegado.

Poco a poco voy entrando en calor y parece que tanto las heridas del accidente como las contusiones de la pelea con Archibald han empezado a ser más llevaderas. Entumecimiento.

Ya estoy frente a las puertas del banco. Me pregunto si estará el director. Andrew Rand. Antes de entrar veo que al lado hay un McDonald's y paso dentro, más que nada porque necesito colarme en el baño. Trato de abrir la puerta pero no puedo, está cerrada.

—Señor, señor, no puede entrar sin el código, necesita el código.

Me giro y veo a una joven trabajadora con una gorra del Mac bien calada hasta las orejas. Me mira asustada. Debe de estar viendo las heridas y la

sangre de mi cara.

—¿Qué código? ¿De qué está hablando?

A la trabajadora se le hace una pelota en la garganta.

—La puerta del cuarto de baño solo se puede abrir con el código que le dan a cada cliente cuando realiza una consumición, señor.

Ya veo por dónde van los tiros.

Repaso con la vista las tres o cuatro mesas que hay a mí alrededor y veo que todo el mundo ha dejado de comer y me observa. Justo en la mesa que tengo al lado, una pareja de enamorados que no tendrán más de dieciocho años está disfrutando de un menú extra grande, observo, entre el montón de patatas y de muestras de ketchup y mostaza, cómo se levanta el tique de compra. Lo cojo sin titubear y miro ese estúpido código. Una cifra de cuatro números. Encima. Como si fuese la contraseña de la caja de seguridad más grande de la Reserva Federal. Lo memorizo y les suelto el papel hecho una bola.

Pulso las cuatro cifras y entro en el baño.

Me asusto cuando me veo en el espejo. No solo tengo la cara cubierta de sangre, sino que también tengo un lateral de la cara hinchado y varios cortes que poco a poco se han ido cerrando a base de inflamarse. Me veo como los boxeadores en el asalto número doce.

Meto la cabeza entera en la diminuta pila y abro el grifo de agua. Necesito limpiarme y enfriarme.

Tras haberme frotado bien fuerte la cara cuatro o cinco veces puedo ver que tengo mejor aspecto y que incluso parece que la inflamación ha bajado un poco. Me seco bien con papel y me peino un poco con los dedos a lo Michael Douglas.

Al salir del baño veo que hay un guarda de seguridad esperándome. Tras él está la camarera de la gorra.

—Tiene que abandonar el establecimiento, señor —dice el guarda.

Yo lo miro y después miro a la camarera. Me sorprende la facilidad con la que la sociedad te mete directamente en el saco de los indeseables y la gente peligrosa. Un día eres alguien respetable y al día siguiente parece que seas el máximo representante de la peste negra. En ese momento pienso que nuestro mundo es muy ingrato, muy injusto y con muy poca memoria.

Me doy la vuelta y me largo, no tengo ganas de más peleas a estas horas de la mañana. Antes de salir me giro y veo que están todos observándome, esperando a que me largue. Soy como la molesta interferencia que no les deja escuchar bien la radio. Sonríó con sarcasmo y me voy.

Entro en el banco y paso los controles de seguridad. Me quedo viendo las diferentes colas que hay. En todas ellas alguien está moviendo un dinero que no existe desde algún lugar que tampoco existe. Me digo que esto es una de las grandes mentiras de nuestra era. Es como estar jugando a un juego endiablada y peligrosamente real. Quien pierde muere. Veo el despacho del director al fondo, en unos de los laterales de la oficina. Curiosamente se acaba de abrir la puerta. Aparece en escena Andrew Rand que se termina de despedir de una anciana que viste con sombrero de fieltro blanco, guantes blancos y un abrigo azul turquesa que le llega casi hasta los tobillos. La anciana sonrío y Andrew sonrío más.

Voy hasta allí y siento cómo al pasar junto a la anciana me mira como si yo fuese una mancha de tomate en una camisa blanca. Paso de largo y me cuelo en el despacho de Andrew antes de que se me cuele alguien a mí. Me digo a mí mismo que acabo de hacer una gran jugada. Sin planes, sin preguntar y sin pensar. Directo al corazón.

Andrew está hablando por teléfono, sonrío. Pero la cara se le llena de hastío cuando ve que me siento frente a él. Apoyo mis entumecidos y sucios brazos sobre su poderosa mesa de roble estadounidense y no puede evitar abrir sus fosas nasales como un búfalo en inspiración profunda.

Cuelga el teléfono pulsando una tecla con fuerza.

—¿Quién es usted? ¿Qué hace aquí? ¿Tiene cita?

Yo sonrío y sin querer ni pensar, dirijo mis ojos hacia el marco de una foto que tiene justo al lado del monitor del ordenador. La cojo y veo a una gran familia junto a una playa de arena fina y el agua tan cristalina como el agua mineral. Gente joven, gente guapa, adultos, niños y el gran cabrón de Andrew Rand justo en el centro. Con la sonrisa desencajada. Parece que se esté riendo del mundo entero. Una broma de muy mal gusto le acaba de gastar al mundo. Eso es lo que parece estar pensando.

—Suelta eso ahora mismo, ¿quién demonios es usted? Devuélvame esa foto ahora mismo y márchese de aquí antes de que llame a seguridad.

Acabo de recordar la amabilidad con la que me recibió esta misma persona hace unos años. Cuando yo llegué con mi encantadora mujer, mi mejor traje y, cómo no, mi debida cita previa y mi cuenta corriente llena de dígitos. En cambio ahora soy como una cagarruta pegada en la suela de un zapato.

—Me llamo Dylan Swift. Probablemente usted a mí no me recuerde pero le puedo asegurar que yo a usted sí.

Andrew abre sus arrugados párpados y trata de hacer memoria. No se acuerda en absoluto. Claro. Por qué iba a acordarse. Para él debo ser como esos últimos decimales que no se tienen en cuenta ni para el redondeo.

—Hace unos doce años más o menos, mi mujer y yo trajimos aquí todos nuestros ahorros porque su banco y, usted en concreto, prometían una rentabilidad del cuatro por cien por seis meses de permanencia.

A Andrew se le tuerce la boca.

—Nadie da un cuatro por cien, eso es imposible —dice como si yo acabase de aterrizar de otro planeta y no supiese en qué mundo vivimos.

—Ya sé que nadie da esa rentabilidad, pero ustedes, y me temo que no eran los únicos, eran lo que ofrecían y yo fui lo que firmé.

—¿Y qué quiere? ¿No ha dicho que lo firmó? ¿Y qué quiere ahora?

La chulería de Andrew me está alterando más de lo que ya lo estaba.

—Yo firmé una rentabilidad del cuatro por cien por un paquete con un riesgo máximo del ocho por cien, pero a los seis meses me encontré con que lo había perdido todo. Ochenta mil dólares.

Andrew estalla en una carcajada viejuna y molesta. Me humilla. Se está riendo en mi cara y lo peor es que eso le está produciendo dando un placer enorme. Me llega una bocanada de olor acre y empiezo a respirar por la boca para que la angustia no haga que le vomite encima.

—Qué idioteces son esas, qué chiste es este. ¿Se puede saber dónde está la cámara? —Andrew se lo está tomando a risa.

—No es ningún chiste ni hay ninguna cámara, es lo que ocurrió. Ustedes dijeron que habían depositado nuestro dinero en un fondo de inversión que al final resultó ser puro humo y quebró antes siquiera de poder retirar un solo céntimo. Nadie se hizo cargo y, tras mucho pelear, usted y su banco nos ofrecieron recuperar el cincuenta por cien de nuestra inversión.

—Pues ya es más de lo que le ofrezco a la mayoría, se lo puedo asegurar. ¿Lo cogió?

—No, por supuesto que no lo cogí.

—¿Lo llevó a juicio?

—Sí, lo llevé a juicio, y tras meses perdiendo más y más dinero, finalmente el juez, asombrosamente, le dio a su banco la razón y al final no solo no recuperé nada, sino que tuve que correr con el gasto de todas las costas.

Andrew va a volver a reír con fuerza pero se da cuenta de que mi cara es como un bloque de hielo a punto de estallar en mil pedazos. Hay algo que lo detiene. Pero no es respeto ni remordimientos. Es miedo a estar pasándose de la raya.

—Mire, señor Swift, sinceramente no recuerdo su caso, pero por lo que me cuenta usted fue una de las víctimas de dos mil seis. Aquello fue una guarrada, hijo, todos perdimos, no solo usted. Todos. Mire, hagamos una cosa, dígame sus datos completos y veré qué puedo hacer, tal vez consiga abrirle una cuenta con unas condiciones especiales, usted ya me entiende —Andrew me guiña un ojo como si yo fuese estúpido. Eso me pone muy nervioso. Siento un molesto ardor que me sube por el pecho. La nuca se me tensa y de pronto recuerdo a mi viejo diciéndome, cuando yo tan solo tenía unos ocho años, que no permitiese nunca que nadie se riese de mí. Aunque lo cierto es que mi viejo no es que fuese muy buen ejemplo de nada.

—No quiero su asquerosa cuenta, Andrew, ni quiero tener que ver nada con usted o con su maloliente banco.

Andrew endurece el rostro. Eso le ha dolido.

—Márchese de aquí, señor Swift. Se lo estoy pidiendo amablemente, y será la última vez que lo haga.

Que Andrew se haya sentido ofendido hace que me sienta un poco mejor.

—En dos mil seis, cuando usted y su maloliente banco nos robaron todo nuestro dinero, mi mujer tuvo que empezar a doblar sus turnos de trabajo para poder pagar la hipoteca y la deuda contraída en el juicio porque con mi sueldo no llegaba. Eso le produjo una lesión en el hombro de la cual no se pudo nunca recuperar, finalmente acabaron despidiéndola y más tarde acabarían contratándola por el salario mínimo interprofesional en el único trabajo que encontró que no exigía tener que levantar el brazo por encima de la cabeza. No pudimos pagarles la universidad a mis hijos ni tampoco un seguro médico en condiciones porque en el fondo que usted nos robó iban incluidas las matrículas de sus universidades. Eso provocó, unos años después, que mi hijo Connor tuviese que ponerse a trabajar en una empresa de mudanzas para poderse pagar los estudios y finalmente acabó con una grave lesión de

espalda. Como no tenía un buen seguro le dieron el tratamiento básico. A día de hoy, por suerte, puede caminar. Pero ha de andar de aquí para allá todo el día con una faja ortopédica y no puede correr más de diez metros seguidos. Y solo tiene veintidós años. Los problemas continuaron, yo tampoco me comporté de la mejor de las maneras ni tuve la paciencia suficiente, nunca supe muy bien cómo asumir que me habían robado el dinero de toda mi familia en mi propia cara y yo no había hecho absolutamente nada. Empecé a beber más de la cuenta y finalmente mi mujer acabó pidiéndome el divorcio. Mi hijo y mi hija apenas me hablan y de los amigos que tenía creo que el que no ha dejado de hablarme es porque todavía le debo algo de dinero. Podría seguir, pero no tengo todo el día y no me apetece pasar más tiempo mirando su fea cara.

—¿Se puede saber qué demonios le pasa en la cabeza? ¿Pretende hacerme responsable de todas sus desgracias y todas sus malas decisiones?

—Solo he venido a decirle que la gente como usted es la que hace de este mundo un lugar horrible, Andrew. Sois tóxicos, malas personas. Sin vosotros este mundo sería un lugar infinitamente mejor. Jugáis con la vida de las personas y no tenéis ni idea del alcance que pueden llegar a tener vuestras viles acciones. Solo mirarte a la cara me produce náuseas, Andrew. Eres como ese gusano que se ha metido en el interior de la maldita manzana y lo está pudriendo todo a su paso.

Andrew pone la mano bajo la mesa y empieza pulsar el botón antipánico. Me mira como si se acabase de beber un vaso de vinagre. Me enfurece que haya llamado a seguridad. La gentuza como él siempre quiere ganar, aunque ya no le quede ni una sola carta en la mano. Siempre tienen que quedarse con la última palabra, nunca asumen su culpa ni por supuesto se disculpan. La rabia crece en mi interior. Veo una grapadora con el cuerpo fabricado en acero que hay sobre la mesa de su escritorio. La cojo sin pensar y mi mano se cierra

sobre ella con fuerza. Nadie va a devolverme mi dinero ni a mi familia, eso lo tengo claro, pero no puedo evitar hacer lo que estoy a punto de hacer.

Los ojos de Andrew se hacen grandes.

—¿Qué se supone que vas a hacer con eso? ¿Pegarme? Vamos, inténtalo. No eres más que un maldito cobarde que ha dejado que su familia se vaya a pique por una simple mala inversión. Eres un maldito cobarde que tiene lo que se merece.

Escuchar la palabra cobarde hace que algo en mi interior estalle. Tal vez sea porque haya dado justo en el centro de la diana.

Andrew se envalentona mientras no deja de pulsar el botón anti pánico. No era mi intención cuando entré en esta sucursal, pero de pronto me entran unas terribles ganas de estamparle la grapadora de acero en la cabeza. Se está riendo de mí, de mi vida que está a punto de poner su punto final en este mundo, de mi familia. Siento unas terribles ganas de echarme a llorar. En lugar de eso aprieto los dientes y estrello la grapadora contra su frente. No decido, actúo. Me asombra la facilidad con la que se clava en la macilenta piel de su cabeza y tanto él como yo nos quedamos mirándonos durante un instante. No se lo esperaba, yo tampoco.

La puerta de su despacho se abre y aparecen dos guardias de seguridad. Andrew, con dos segundos de retardo, ahora sí, empieza a gritar con todas sus fuerzas. Yo saco la grapadora de su frente y veo que le he abierto una buena brecha. Su interior es oscuro. La sangre espesa empieza a correr por su cara. Me asusto. Sirope de cereza. No era esa mi intención. Los dos guardas de seguridad me rodean. Son más jóvenes, más altos y más fuertes que yo. Abren los brazos como si estuviesen bloqueando a un corredor. Pero tengo que escapar como sea.

Le lanzo la grapadora con todas mis fuerzas a uno de los guardas y mientras trata de cubrirse la cara me abalanzo sobre el otro. No se lo espera.

Me tiro sobre él como se tiró Archibald sobre mí. Chocamos contra una de las paredes de aluminio y metacrilato del despacho de Andrew y la pared se viene abajo. Aparecemos en medio del banco. Rodamos. Yo me levanto como puedo y salgo corriendo. Veo que hay una anciana entrando justo en ese momento y bendigo mi buena suerte. Me cuelo entre ella y las dos puertas de seguridad mientras escucho el griterío y cómo los guardas de seguridad tratan de salir corriendo tras de mí. Pero veo cómo se topan con esa doble puerta de seguridad que yo he cerrado astutamente y al parecer nadie atina a abrirla. Salgo corriendo y tuerzo por varias calles antes de detenerme en un callejón a coger algo de aire.

Me dejo caer en el suelo un momento y me enciendo otro cigarro. Tengo mi mano derecha llena de la sangre de Andrew. Y pienso que no era así como quería acabar mi último día. Pienso en mis dos hijos, mi ex mujer, mis padres y mi único hermano. Es con ellos con quien debería estar y no sembrando el terror por la ciudad. Pero todavía hay un par de cosas más que quiero hacer antes de reunirme con ellos. No puedo irme sin zanjar esos asuntos. Entre otras cosas porque en alguno de ellos puede que esté la causa de que yo no vaya a ver el día de mañana.

CAPÍTULO 3

Mi «amigo» Ron

De lejos escucho sirenas de coches policiales. Calle arriba calle abajo. Deben estar buscándome. Tanto Andrew como Archibald son dos hombres poderosos que no habrán dudado en decir que los he intentado asesinar y no pararán hasta verme hundido y entre rejas.

Trato de pensar en la ruta más rápida para llegar a casa de mi amigo Ron. Si se le puede llamar de alguna forma. La visita a Stan la dejaré para después.

Son las once de la mañana.

Me viene a la cabeza que ya no tengo coche. Lo dejé abandonado en mitad de la calle y en estos momentos la policía ya debe de haberlo relacionado con el asaltante al Strong Brothers Bank. Me imagino que deben haberme llamado como un millón de veces. Saco mi teléfono móvil pero tiene la pantalla totalmente destrozada. Ni siquiera se enciende. Debe haberse roto en el accidente. Estoy a punto de soltar un grito de pura rabia pero me contengo. Lo lanzo contra la pared del callejón que tengo enfrente y se rompe en mil pedazos. Eso me produce una extraña sensación de liberación. Adiós móvil.

Callejeo un rato a paso rápido en busca de un cajero. La gente se queda mirándome al pasar y agacha la cabeza. Me toman por un psicópata. Un mal sueño. No quiero mirarme a ningún espejo pero mi aspecto debe ser bastante peor que el que tenía cuando entré al McDonald's.

Localizo un cajero y espero la mini cola de dos personas. La mujer que va delante de mí decide cederme el turno y marcharse de allí. Leo la palabra «miedo» en sus ojos de avestruz.

En cuanto me llega el turno, introduzco la tarjeta de crédito de uso habitual. Tecleo mi número de pin (puede que por última vez) y espero a que el programa reconozca mi cuenta. Hecho. Solicito la retirada del importe máximo permitido. Denegado. Vuelvo atrás y tecleo una cantidad de dinero inferior. Denegado. Retengo ese ardor de rabia en mi garganta. Repito la operación con menos dinero todavía. Denegado. Denegado. Denegado. Le doy un puñetazo a la pantalla. No hay fondos en esa cuenta. ¿Cómo es posible? ¿Ha sido cosa de Archibald que ya ha tenido tiempo para mover hilos y joderme las últimas horas de mi vida? Introduzco una tarjeta de otro banco. Tecleo el número de pin y en la pantalla sale una ventana que dice que me ponga en contacto con mi oficina bancaria más cercana. Mi tarjeta ha sido cancelada. Vuelvo a darle otro puñetazo a la pantalla.

—Eh, ¿se puede saber qué estás haciendo? Los demás no tenemos la culpa de que no tengas dinero.

Me giro y veo a un hombre de unos treinta y ocho años, unos diez menos que yo. Tiene cogida a su hija de unos siete años con su mano izquierda. Me amenaza con la mirada. Apesta a hormona del crecimiento.

—¿Qué pasa? ¿Te crees que eres el único que se ha quedado sin dinero en esta ciudad? Anda, lárgate ya de aquí antes de que te lles un tortazo. Idiota.

Me aparta con el brazo y vuelvo a sentir ese ardor en el pecho. Me siento como si acabasen de pisotear mi vida entera. Como si la vida de mis padres, la de mis abuelos y la de aquellos que los precedieron, no solo hubiesen sido completamente insignificantes, sino que alguien acabase de mearse encima de ellas.

Un súbito impulso me lleva a hacer algo que no he hecho en la vida. Le doy un fuerte empujón por la espalda a ese hombre y ello hace que su frente se estrelle contra la parte superior del cajero. Contra el marco de acero. No se lo esperaba. Se queda algo aturdido. Me sabe mal por su hija. Se asusta y abre

todo lo que puede sus grandes e inocentes ojos. El hombre se da la vuelta y veo cómo brota la sangre de algún punto situado entre sus cejas. Yo también me asusto. La facilidad con la que me estoy manchando las manos de sangre no es normal. El hombre lanza un puñetazo haciendo una calculada y lenta maniobra de giro con su tronco. Pero el golpe con el cajero debe de haberlo dejado un poco sonado porque su puño se pierde en el aire y se desequilibra. Yo no puedo evitar empujarlo. Más por miedo a que caiga sobre mí que por otra cosa. El hombre se cae rodando y empieza a gritar. Está muy furioso. Trata de levantarse con rapidez pero resbala. Pueden más las ganas de machacarme a golpes que su coordinación y que sus reflejos. Grita que me va a matar, que soy un pedazo de mierda, que mi vida no vale nada, y otras cosas así. En cuanto se pone en pie se lanza contra mí y no sé cómo pero yo lo veo venir, me hago a un lado y él debe de ir tan sumamente cegado que ni frena ni observa mi patosa maniobra. Cae de bruces y se golpea la cara contra el suelo. Le empieza a sangrar la boca y la nariz. Su hija empieza a gritar y a llorar. Grita papá, papá. A mí da una pena tremenda. Ella no tendría por qué estar viendo esto. Ella no tendría por qué tener que estar presente mientras el estúpido de su viejo trata de humillar y pisotear al resto.

Veo que el cajero acaba de escupir una buena cantidad de billetes. Se balancean en el aire sujetos por sus labios de metal. En ese momento se me ocurre lo estúpido que resulta a veces todo. Cómo hemos llegado a matar por dinero, a vivir solo por dinero, a odiar por dinero y a pensar única y exclusivamente en el dinero. Pienso que ese ha sido en realidad el gran negocio de la humanidad, ese gran lavado de cerebro que nos han hecho. Me disculpo mentalmente con esa niña que me mira llorando y asustada. Cojo el fajo de billetes y salgo de allí antes de que ese hombre vuelva a levantarse para tratar, como él mismo dice, de matarme.

Corro a toda velocidad.

Paro el primer taxi que veo y le doy la dirección de mi amigo Ron. Respiro un poco.

—¿Se puede fumar aquí dentro? —pregunto. El taxista me mira por el retrovisor antes de responder.

—No.

Yo no digo nada más.

Me deja frente a la casa de Ron y pago. Me bajo y siento como si mi zona lumbar estuviese siendo atravesada por una barra de acero incandescente. Pongo mis dos manos a la altura de la parte baja de mi espalda y me enderezo un poco. Creo que hoy ya he corrido más que en los últimos veinte años.

Me acerco hasta la puerta de la casa de Ron y antes de llamar me asomo por las ventanas. Es una buena casa. No me extraña. Es una muy buena casa.

Doy casi una vuelta completa y veo cómo un hombre y una mujer de unos setenta años se quedan mirándome. Deben pensar que soy un ladrón tratando de entrar. En los barrios como el de mi «amigo» Ron la gente tiene una especie de don especial para identificar a los asaltantes, a los que no son como ellos. Los reconocen al instante. Yo los saludo con la mano mientras trato de sonreír pero no me corresponden. El hombre está tirando de la manga de su mujer y parece que le está diciendo algo así como «llama a la policía, llama a la policía».

Finalmente veo a Ron por una de las ventanas de la parte de atrás de su verde y floreciente jardín. Recuerdo que en una ocasión le pregunté, ¿cómo haces para tener siempre el jardín tan verde y tan lleno de flores, Ron? Él sonrió orgulloso y me dijo, «teniendo en nómina a un jardinero, Dylan».

Ya.

Veo que junto a Ron hay una chica de unos veinte años. Más pequeña que mi propia hija. Más pequeña que su propia hija. La chica está sentada sobre el banco de la bonita isla de la cocina. Lleva puesto uno de esos picardías que

deja sus interminables piernas al aire. Con una mano no deja de subirse un tirante que Ron trata de bajarle. Ella sujeta en una mano un bote de helado. Una cucharada para Ron y otra para ella. Risas. Ron acaricia sus muslos hasta llegar al culo. Ella abraza su cintura con esas piernas de bailarina.

Ya he tenido suficiente. Ya me he hecho una idea.

Llamo a la puerta.

Tardan en abrir.

Finalmente sale Ron con un solo botón abrochado de su camisa hawaiana.

Su blanca y brillante sonrisa desaparece de forma súbita.

La boca abierta.

—¿Dylan? ¿Qué haces aquí? ¿Qué demonios te ha pasado?

—¿Te importa si paso y hablamos?

Él se queda mirándome y antes de que le dé tiempo a buscar una excusa me cuelo dentro sin su permiso.

Él cierra la puerta y sigue tras mis pasos mientras escucho cómo trata de abrocharse el resto de botones de la camisa.

Voy directamente hasta la cocina.

La chica del picardías se queda mirándome y no sabe qué decir. Después mira a Ron. No sabe qué ocurre. Se asusta.

—Yo... verás, Dylan, no es lo que piensas...

Ron siente vergüenza. De pronto parece que le importe algo lo que yo piense o deje de pensar. O tal vez yo solo sea el reflejo de su conciencia y lo que yo piense le importe realmente una mierda.

—¿Cuántos años tienes, hija? —Le pregunto a la chica que se ha quedado con la cuchara de helado dentro de la boca. Está asustada. La veo como una niña en un mundo habitado por lobos.

—Vamos, Dylan, no la molestes. En realidad ya se iba. ¿Verdad, Megan?

Ella mira a Ron y después me mira a mí.

—¿Sabías que el hombre con el que has pasado la noche tiene una hija que tiene más años que tú? ¿Sabías que ha dejado a la mujer de su vida y a su familia porque le aburrían? ¿Sabías que estafó a su mejor amigo por cuatro miserables dólares? ¿Eh, sabías todo eso? ¿Crees que te conviene estar al lado de alguien así?

A Megan se le humedecen los ojos. Está a punto de echarse a llorar. Ron se pasa una mano por la cara y suspira. El aire que sale de sus pulmones huele a alcohol.

Megan salta del banco y sale corriendo de la cocina.

—Eh, Megan, espera —Ron trata de detenerla pero ella ya ha puesto la directa. Probablemente haya ido a por sus cosas.

—¿No te da vergüenza? ¿Aunque solo sea un poco? Podría ser tu hija, maldita sea.

Ron vuelve a pasarse una mano por la cara.

—Mira, Dylan, no sé a qué has venido ni qué es lo que quieres, pero yo no te digo a ti cómo llevar tu vida. Además, me parece que tú tampoco eres un buen ejemplo de cómo debe ser un padre ni un marido ejemplar.

Me quedo mirándolo unos instantes. Él agacha la cabeza y vuelve a suspirar. No puede aguantarme la mirada. Creo que durante los últimos diez años no me ha mirado directamente a los ojos durante más de diez segundos seguidos.

—¿Por qué lo hiciste, Ron?

—¿Por qué hice el qué?

—Estafarnos a mí y a Rachel. Vendernos esa porquería de piso. Tú sabías perfectamente la calidad que tenía, las condiciones en las que había sido construido el edificio. Sabías que comprar eso era un negocio ruinoso. Éramos tus amigos, tú eras... —Se me acumula el llanto en el paladar blando—. Tú eras como un hermano para mí, Ron. ¿Por qué lo hiciste?

—Yo no os estafé, Dylan, yo no tenía ni idea de que algo así podía pasar, ¿se puede saber de qué estás hablando y a qué viene esto después de tantos años? —Ron eleva el tono de voz pero sigue sin poder mirarme a la cara fijamente.

—Repíteme eso mirándome a los ojos. Repíteme que tú no sabías nada, que tú no sabías donde nos estábamos metiendo.

Él alza un poco el cuello y veo cómo le han empezado a temblar un poco los labios.

—Yo no os estafé, Dylan, no sabía que algo así podía pasar —Ron repite lo mismo pero antes de terminar la frase no puede evitar dirigir sus ojos al suelo.

Me quedo mirándolo fijamente. Me da una pena tremenda que nos despidamos así. Se me hace insoportable que esta sea la última vez que vaya a ver a mi amigo del alma y no sea capaz de decirme la verdad a la cara.

—Te lo pido por última vez, Ron, ¿por qué lo hiciste? No quiero nada, solo la verdad, por favor, necesito saberlo.

Él traga saliva. Alza de nuevo el cuello. Percibe la urgencia en mi voz. Abre la boca pero no sale ni una sola palabra por ella. A mí se me empiezan a caer las lágrimas, pero trato de mantener mi rostro impertérrito.

—No lo sé, Dylan, necesitaba dinero rápido, mi empresa estaba a punto de quebrar... pero te juro que nunca pensé que aquella obra resultaría tan sumamente catastrófica, te juro por mi vida que nunca pensé que se tendría que llegar al derribo —Ron se disculpa y se justifica al mismo tiempo. Al menos ha empezado a hablar.

—¿Y por qué no nos devolviste el dinero? ¿Por qué nunca nos devolviste lo que era nuestro? Gracias a obras tan ruinosas como aquella y al dinero de personas como Rachel y yo conseguiste salvar tu empresa y llegar hasta donde te encuentras ahora. Me parece que algo nos debías, ¿no?

—Vamos, Dylan, traté de compensároslo, os ofrecí lo mejor que tenía a precio de obra, no gané absolutamente nada con aquello, qué demonios, os pareció bien, aceptasteis —Eleva la voz. Se irrita. Las venas de su cuello aumentan de tamaño. Tiene rojo el contorno de los ojos.

No sé si Ron me ha tomado por estúpido o solo quiere que yo continúe haciéndome el estúpido.

—Aceptamos porque estábamos desesperados y las condiciones que nos distes eran las únicas que podíamos permitirnos, te recuerdo que cuando te compramos esa segunda vivienda todavía estábamos pagando la primera. Ningún banco en su sano juicio nos hubiese dado ni un solo céntimo más. Pero Ron, tú y yo sabemos que, además de que en esa segunda vivienda sí tuviste cierto margen de beneficio, esas obras las pagaste con lo que te habías sacado con el dinero de gente como yo que se había quedado sin techo de la noche a la mañana, ¿no te parece que lo más justo hubiese sido darnos otra vivienda y asunto zanjado? ¿No te pareció que tu mejor amigo no se merecía tener que pasar por algo así?

Se hace el silencio. Ron va a decir algo pero de pronto se detiene. Se escucha de lejos el ruido de la puerta. Megan acaba de salir con sus cuatro cosas.

—Dios, Dylan, ¿y por qué no me lo dijiste? Si era eso lo que queríais, ¿por qué no me lo pedisteis? Lo hubiese hecho, maldita sea, os hubiese dado otra casa.

A mí se me escapa una sonrisa triste.

—No te lo pedí directamente, Ron, pero sí te dije que no me parecía justo lo que nos estaba pasando. Tú sabías perfectamente lo que yo y Rachel pensábamos en el fondo y por las dificultades que estábamos pasando después de la estafa del banco, tú sabías perfectamente que aquello era una gran injusticia. Pero no, en eso tienes razón, no te lo pedí porque en el fondo pensé

que mi mejor amigo no podía haberme hecho algo así, en el fondo siempre quise creer que aquello solo eran cosas que pasaban y que realmente tu situación económica era igual o peor que la mía. Por eso nunca te lo pedí, pero por lo que veo era eso lo que estabas esperando, ¿verdad? Que te suplicase, que tanto Rachel como yo te suplicásemos que nos dieras otra vivienda, una vivienda que nos pertenecía por derecho.

A Ron le empiezan a caer las lágrimas. Se vuelve a pasar una mano por la cara.

—Adiós, Ron, espero que todo te vaya bien en esta vida.

Me doy la vuelta. Necesito irme. No puedo.

—Eh, Dylan, espera.

Me detengo pero no me doy la vuelta.

—Qué.

—Lo siento. No sé por qué lo hice, pero supongo que fue porque en el fondo siempre tuve celos de ti y pensé que por una vez las cosas podían ser diferentes, que tú podías ser quien tuvieses celos de mí. Siempre quise lo que tú tenías, siempre fuiste más inteligente que yo, más carismático que yo, conseguiste a la mujer... a la mujer de la que yo siempre estuve enamorado...

Me giro al escuchar esas palabras y veo que Ron ha empezado a llorar. Ya no se cubre los ojos con las manos ni desvía la mirada. Ahora es cuando está dando la cara, su verdadera cara, después de tantos años. Cualquiera otro día, lo que acaba de decirme me hubiese enfadado todavía más, pero hoy no es un día cualquiera, en absoluto, y en lugar de enfadarme lo que hace es que sienta, por un momento, su extraño dolor, esa perforación del alma que debe haberle ocasionado esa insana envidia y absurda necesidad por querer destacar más que yo. Y me digo que, tampoco debe ser agradable sentir lo que él siente.

—Yo... nunca tuve ni idea de eso, Ron, nunca supe que sintieses todo eso

—Le digo mientras a mí también se me escurren las lágrimas cara abajo.

Me acerco hasta a él y tras un par de segundos contemplándonos, nos fundimos en un sincero abrazo.

—Lo siento muchísimo, Dylan, lo siento muchísimo —Las palabras apenas se entienden en medio del llanto.

—No pasa nada, Ron, te perdono —Lo perdono. Me ha dado lo único que necesitaba, la verdad. Por dura y extraña que a veces parezca.

—¿Qué quieres que haga? Puedo arreglar esto, puedo daros la mejor casa que tenga, Dylan, ¿queréis esta casa? Puedo dárosela si queréis, es vuestra. ¿Necesitáis dinero? ¿Cuánto? Pon un cifra —De pronto veo en Ron un arrepentimiento absoluto. Necesitaba arrepentirse. Necesitaba esto más que yo. Veo en él verdadera necesidad por arreglar el pasado.

Yo niego con la cabeza y me sale una sincera sonrisa. Recuerdo los viejos tiempos. Quiero a mi amigo a pesar de lo que ha hecho. Y eso me hace sentir extrañamente bien.

—Ya no tiene importancia, Ron, de verdad, ya no la tiene. Pero agradezco que hayas sido sincero conmigo. Solo te pido una cosa, solo quiero que hagas algo por mí.

—¿El qué? Pídeme lo que quieras.

—Quiero que cuides de tu familia. Quiero que le digas a tu ex mujer y a tus hijas lo mucho que las quieres y que se lo demuestres, que les pidas perdón por no haber pasado más tiempo con ellas y que... que seas el mismo que eras. Y quiero también que intentes reparar todo el daño que has hecho a familias como la mía. Solo te pido eso —Él no tiene ni idea de por qué le pido semejante cosa, él no sabe, que cuando apenas te quedan unas horas de vida, empiezas a sentir verdadera urgencia por demostrar ciertas cosas, y algunas de ellas son el decirle a la gente que quieres lo que sientes, algo que yo todavía no he hecho pero que tendré que hacer a lo largo del día de hoy. Me parece

que debe de ser horrible tratar de cruzar la línea con esa carga, con ese pesar a rastras.

Él me mira en un llanto ahogado y asiente con la cabeza. Sus ojos están bañados en un océano de tristeza. Rompe en un llanto desconsolado y no para de repetir «lo siento».

Volvemos a abrazarnos y le digo que me tengo que ir ya.

Antes de marcharme me vuelve a repetir si puede hacer algo por mí. Sí me pasa algo serio. Se preocupa y percibe algo raro en mi comportamiento. Me pregunta que cuándo volveremos a vernos. Si estoy bien. Yo me quedo pensando y le pregunto si me puede prestar un coche. Por supuesto que me presta uno de los tres coches que tiene aparcados en el porche. Me lo da, dice. Yo le digo que no hace falta, que se lo dejaré aparcado en... No termino la frase.

Me subo al Audi que me ha dejado y antes de salir veo cómo me saluda con la mano desde la puerta. Yo le digo también adiós y salgo de allí antes de que la tristeza me venza. No he tenido el valor de decirle que me quedan solo unas horas de vida. Que ya no volveremos a vernos nunca más. No lo hubiese entendido.

CAPÍTULO 4

Stan

El Audi de Ron es mucho más cómodo de lo que yo pensaba. Tengo que ir con mucho cuidado al pisar el pedal del acelerador porque pierdo el control del coche con facilidad. Demasiada potencia para unas manos tan inexpertas.

Para ir hasta casa de Stan tengo que aparcar a unas tres manzanas de su dirección exacta. Vive en una zona peatonal de difícil acceso.

Son las doce y cuarto. El tiempo vuela. Acelero el paso.

Justo cuando estoy a punto de llegar tropiezo con algo en el suelo y me voy directo al suelo. El impacto de mi cara contra el cemento suena a hueco. Dolor. Me levanto apretándome los párpados e inmediatamente noto que me ha salido un enorme bulto en un lateral de la frente. La piel es fina en su superficie. Tirante. Arde.

Me giro preso de la ira y la rabia en busca del motivo de mi caída. Veo que con lo que he tropezado es con el pie de un vagabundo que está acurrucado en la acera. Tiene mal aspecto. Una de sus manos la tiene en posición de pedir. Los ojos medio cerrados y la piel tostada y arrugada por el sol. Al parecer ni se ha dado cuenta de lo que ha pasado. De que me he ido al suelo al tropezar con él.

De pronto caigo en la cuenta de que nunca en la vida le he dado ni una sola moneda a un vagabundo. Ni una sola. Siempre he pasado de largo como si no existieran, como si solo formasen parte del decorado. Siento un profundo dolor en el pecho. Me inunda la pena y la tristeza y me da por pensar en cómo fue de niño, en quiénes fueron sus padres y en sus caras de felicidad cuando le vieron la cara por primera vez.

Metó mi mano en el bolsillo y saco el fajo de billetes que le robé al hombre del cajero con el que me peleé antes. No sé cuánto hay, pero lo pongo todo en la mano del vagabundo y cierro su mano para que lo apriete bien fuerte.

Él alza una mirada llena de cansancio. Profunda desolación. Sus ojos no tienen ni un ápice de brillo. Para él este mundo y esta vida deben de haber sido como una interminable tortura. Me vienen a la cabeza todos mis problemas y me parecen nada. Bueno, todos menos uno.

Me voy de allí y a los pocos metros me giro y veo que a él le ha empezado a caer una lágrima. Me ha seguido con la mirada y me da las gracias.

Mi respiración se agita. Se vuelve ruidosa. Tengo que aguantar. Necesito llegar al final de este día con la cabeza bien alta.

Llego hasta el portal de Stan. Llamo pero nadie abre. Llamo otra vez. Tampoco. Espero en un lado del portal a que alguien salga, pienso que a lo mejor Stan me ha visto por la cámara del videoportero y no me ha querido abrir por razones obvias.

Tras dos minutos disimulando con mi cara llena de heridas y restos de sangre seca, finalmente sale una joven que no aparta la pantalla de su teléfono móvil y yo aprovecho para colarme. Ella ni se entera de mi existencia.

Subo por las escaleras. Es el tercer piso.

Antes de llamar al piso de Stan pego mi oreja sobre su puerta. Escucho algo. Movimiento allá lo lejos. Está arrastrando una silla por el suelo.

Toco el timbre y me hago a un lado para que no me vea por la mirilla. Ni pregunta quién es ni tampoco se escucha nada. Espero. A los dos minutos se vuelve a escuchar el ruido de la silla siendo arrastrada, pero esta vez se acompaña de un segundo ruido parecido al que hace alguien tirando de la cuerda de una polea.

Vuelvo a llamar y de nuevo todo se queda en silencio.

Me parece raro que Stan ni haya abierto ni tampoco haya preguntado quién es. Él es amigo de media ciudad y siempre está dispuesto a una visita, a pasar un buen rato. También es la persona que tiene parte de la culpa de que mi vida vaya a llegar a su fin, digo parte no porque piense que sea él el responsable, sino porque por culpa de ciertas acciones suyas yo empecé a desviarme todavía más y a volverme peor persona y eso me llevo a donde estoy ahora. Por eso necesito hablar con él y aclarar un par de cosas.

De pronto escucho de nuevo cómo esa cuerda se desliza a toda velocidad por una especie de polea y el fuerte golpe de una silla cayendo sobre el suelo. Mi corazón empieza a latir con fuerza. Algo en mi interior me dice que esos ruidos, ese silencio, no son normales. No sé por qué pero me temo lo peor. Me estoy imaginado algo horrible. Golpeo la puerta con los nudillos y sigo sin escuchar nada. Grito el nombre de Stan cuatro o cinco veces pero tampoco escucho nada, solo un extraño balanceo a lo lejos, parecido al que hace alguien en una mecedora.

Ha pasado algo malo. Eso es lo que pienso.

Me hago hacia atrás y le doy una fuerte patada a la puerta con la planta del pie. El marco cruje y cae un poco de pintura del techo y de la pared. Repito la operación y la puerta entera tiembla. A la tercera la tumbo y el ruido que hace al caer en el pasillo es algo así como un fuerte *plas* que retumba en el rellano y en el hueco de la escalera.

Entro y vuelvo a gritar el nombre de Stan. El corazón me va a mil. Nada. Recorro las habitaciones y cuando llego al salón veo exactamente lo que me había imaginado. Stan está colgando de una viga del techo y tiene la cara completamente morada. Hinchada. Su cuerpo se balancea en ese tenso silencio. Los ojos llenos de venas rojas. La lengua fuera. Mi sangre se hiela y tardo un par de segundos en reaccionar.

No tengo ni idea de lo que se ha de hacer en estos casos. Pero yo opto por ir corriendo a la cocina y coger el cuchillo más grande que veo. Vuelvo al salón, me subo a una silla y corto la cuerda. El cuerpo de Stan cae al suelo boca abajo. El ruido que hace es casi tan espantoso como el que ha hecho la puerta. Le doy la vuelta con rapidez y veo que no responde. Grito su nombre una y otra vez.

—¡Stan, maldita sea, despierta!

Le golpeo en la cara. Corto la cuerda que tiene enrollada alrededor del cuello. Golpeo su pecho con fuerza. No tengo ni la menor idea de cómo se hace una resucitación cardiopulmonar. Abro su boca como puedo y le tapo la nariz. No sé si estoy haciendo una estupidez o qué. Empiezo a coger aire y a meterlo en sus pulmones con todas mis fuerzas. Su pecho se hincha. Repito la operación. Sigue morado. Aplasto su pecho con ambas manos unas cuantas veces y vuelvo a meterle aire en los pulmones. Es lo que he visto millones de veces en series y películas americanas.

El cuerpo de Stan se mueve. Es como un espasmo. Al principio incluso me asusto. Un nuevo espasmo. Otro más. Yo sonrío. ¿Está vivo?

—Stan, ¿me oyes? ¡Stan!

Sus ojos se empiezan a abrir entre lentos y torpes parpadeos mientras tose secamente.

No puedo creer que lo haya salvado. No me lo creo. Acabo de salvarle la vida a mi hermano.

Abre más los ojos y al reconocer a la persona que tiene delante se asusta y se hace un poco hacia atrás.

—Tú... ¿qué haces aquí? ¿Cómo es posible que estés aquí?

Stan debe de estar medio aturdido. Como si estuviese completamente borracho. Apenas unos instantes antes se estaba quitando la vida y ahora tiene delante de él al hermano con el que hacía ya varios años que no se hablaba.

Para él esto debe ser como una especie de milagro. Lo cierto es que sí puede que lo sea.

—Tranquilo, Stan, solo he venido a hablar. He escuchado ruidos y he entrado echando la puerta abajo. ¿Por qué demonios has hecho semejante estupidez, eh? ¿Se puede saber por qué has intentado matarte? —Hasta este momento odiaba a muerte a mi hermano. Pero cuando lo he visto colgando no he podido evitar morirme de la pena y del dolor. Veo que estoy empezando a llorar otra vez. Él todavía sigue muy asustado. Mira hacia ambos lados. Parece que no sabe ni dónde está. Me mira como si tuviese delante a un fantasma. Se lleva una mano al cuello y acaricia su magullada piel.

—Stan, ¿por qué has intentando quitarte la vida? ¿Eh, por qué has hecho algo así?

Él empieza a llorar. Me mira a los ojos. Se derrumba.

—Ya no soportaba más esta vida, Dylan, ya no soportaba vivir ni un solo minuto más...

Llora. Moquea. Está totalmente abatido.

—¿Qué ocurre, Stan? Cuéntamelo por favor, te aseguro que menos la muerte, todo tiene solución.

Él me mira de nuevo con esos ojos azules sumergidos en lágrimas.

—Lo que te hice... —Su voz se detiene de golpe. Apenas puede hablar. Le cuesta respirar. Alrededor del cuello le ha salido una fea circunferencia roja salpicada por diminutos puntos morados—. No puedo vivir con lo que te hice, Dylan, no he podido soportar más la culpa, fue algo imperdonable...

Él se acurruca entre mis brazos en medio de un sonoro llanto. Yo lo abrazo y no puedo evitar apretar los dientes. Lo que me hizo. Por eso mismo he venido aquí hoy. No era mi intención, ni mi idea, pero no sé cómo, lo perdono, como acabo de perdonar a Ron hace un rato.

—Eh, Stanis —Él alza su atormentado rostro—. Te perdono, ¿me oyes?

No pasa nada, te perdono. Lo que pasó, pasó. Ya está. Pero la vida sigue y tú y yo somos y seremos siempre hermanos, ¿te queda claro?

Me vuelve a mirar y busca sinceridad en mi cara. Busca realidad.

—Te perdono, Stanis, ¿ibas a quitarte la vida solo por eso? Por dios, Stan, soy tu hermano mayor, maldita sea, siempre lo seré. Y siempre te querré, hermano.

Él vuelve a estallar en un llanto y se abraza a mí.

No puedo evitar recordar el motivo por el que estoy aquí. El motivo por el que no nos hablamos desde hace varios años. Yo acababa de separarme de Rachel y todo estaba siendo muy feo y muy traumático entre los dos. Stan era a quien yo enviaba de recadero para que me trajese esto y aquello y para que tuviese vigilada a Rachel de cerca. Que no estuviese empezando a salir con ningún otro y también, para ver si cometía algún tipo de estupidez que yo pudiese aprovechar para salir favorecido con el tema de las pensiones y la custodia y esas cosas que tienen los divorcios. Pero al final lo que pasó es que Stan y Rachel empezaron a intimar a mis espaldas, ella le lloraba y él la consolaba, hasta que una noche, según él, los dos bebieron mucho más de lo que te permite seguir razonando y acabaron pasando la noche juntos. Ni tan siquiera se acordaba bien de nada, me dijo.

Nunca se lo perdoné a ninguno de los dos, sobre todo a él.

Pero acabo de darme cuenta de lo mucho que necesitaba perdonar a mi hermano. Él nunca dejó de arrepentirse.

—Stan, voy a tener que marcharme, pero antes necesito que hagas un par de cosas.

Él asiente y se seca un poco las lágrimas. Parece que está un poco más tranquilo.

—En primer lugar quiero que me prometas que nunca, nunca, volverás a hacer ninguna estupidez semejante, que nunca vas a volver a intentar quitarte la

vida, ¿me lo prometes?

Él rompe de nuevo a llorar y se abraza a mí. Yo también lloro. Me duele todo. La cara me escuece. Pero me siento tremendamente bien abrazando a mi hermano.

—Eh, Stan, ¿me lo prometes? —Lo miro a los ojos. Soy su hermano mayor y sé cuándo mi hermano miente o dice la verdad.

Dice «sí» con su cuello.

—Te lo prometo.

Ahora ha dicho la verdad.

—Bien. Y lo segundo que te pido es que quiero que cuides de Connor y de Camila... y también de Rachel.

Él levanta los ojos al escuchar el nombre de Rachel, mi ex mujer.

—Sí, Stan, de Rachel también. Quiero que cuides de los tres igual que nos cuidábamos tú y yo cuando éramos pequeños, necesito que cuides de ellos, por favor, que estés cerca y que los ayudes si te necesitan, ¿me lo prometes?

Él asiente y se vuelve a abrazar a mí. Su cuerpo entero tiembla.

Suspiro.

—Tengo que marcharme, Stan, pero quiero que sepas que te quiero muchísimo y que siempre te he querido, ¿vale?

Mueve el cuello arriba y abajo.

—Yo también te quiero, Dylan.

Me levanto y antes de salir, Stan me vuelve a llamar.

—Dylan.

—Qué.

Él se encoje de hombros. No entiende.

—¿Por qué? —pregunta con incredulidad. Tristeza.

—No lo sé.

Y es la verdad. No lo sé.

Salgo de allí mientras trato de recuperar la respiración. De pronto siento que todo esto está siendo mucho más duro de lo que yo pensaba. Nunca se me han dado bien ni las despedidas ni zanjar temas. Y hoy estoy cerrando todo lo que alguna vez me dejé a medias.

Al llegar a la calle, miro al cielo y yo mismo me pregunto, ¿por qué?
¿Por qué apenas me quedan unas horas de vida?

CAPÍTULO 5

La vida que le robé a Jennie

Vuelvo a entrar en el Audi y me enciendo un cigarro. Trato de dejar la mente en blanco. Apenas he parado desde que me he levantado y las sensaciones están siendo más fuertes de lo esperado. No puedo evitar pensar que si hubiese llegado solo unos minutos más tarde, mi hermano estaría muerto. Se hubiese ido de este mundo porque no podía soportar la culpa. Una culpa que aplastaba su conciencia como una gran losa de piedra y que en mis manos estaba el poder quitársela de encima para que pudiese respirar.

De pronto pienso, por primera vez en toda mi vida, que esa traición de mi hermano y de mi ex mujer, en el fondo me la merecía. Me merecía que me pasase algo así porque yo no hice cosas mucho mejores en la vida, solo que todo se ve de una forma muy diferente cuando eres tú el que está del lado que sufre.

Son las doce y media. Siento vértigo. Cada vez queda menos tiempo.

Arranco y pongo rumbo a casa de Jennie Kartz.

Jennie fue el primer amor de mi vida. Nos conocimos en el instituto y empezamos a salir con apenas quince años. Estuvimos juntos varios años hasta que yo la dejé porque quería volver a saber lo que era sentirse libre, no tener pareja. Salir con los amigos. Esas cosas que a veces se dicen sin saber muy bien por qué. A los pocos meses yo empecé a salir en serio con Rachel y cuando Jennie se enteró lo pasó muy mal. Siempre pensó que Rachel y yo habíamos tenido una aventura, no fue así, pero de todas formas a Jennie le costó entender que yo quisiese volver a sentirme libre y a los dos meses ya tuviese otra pareja formal. A mí también me costó entenderlo.

La primera vez que Rachel y yo discutimos en serio, lo primero que hice fue llamar a Jennie. Ella estaba con otro chico, pero no dudó en salir corriendo para consolarme. No pasó nada, pero retomamos el contacto y ella acabó cortando con él porque dijo que había descubierto que todavía estaba enamorada de mí. La segunda vez que discutí en serio con Rachel y decidimos darnos un tiempo, volví a ir en busca de Jennie. Le calenté la oreja hasta convencerla de que dejase al novio con el que acababa de empezar a salir para que volviese conmigo. Y lo hizo. Solo que a los dos semanas aproximadamente yo decidí volver otra vez con Rachel. Ahí fue cuando Jennie cogió por primera vez una depresión importante. Preocupante.

Hubo una tercera. La definitiva. La que más le dolió. Yo acababa de empezar con los trámites del divorcio. Ahora sí iba en serio lo de mi separación. Y volví a llamar a Jennie. Ella parecía recuperada. Parecía estar al cien por cien, más fuerte que nunca. Al principio le costó entrar en mi juego, volver a confiar en mí, pero finalmente la convencí y estuvimos como una semana encerrados en un idílico apartamento con vistas al mar. Hubo promesas y hubo momentos inolvidables. Luego fue cuando me enteré de lo de mi hermano y Rachel y lo primero que hice fue darle de nuevo la patada a Jennie. Esta vez sí, le dije que necesitaba estar solo. Cero mujeres. Y era verdad. Pero Jennie acabó totalmente destrozada, mucho peor que la vez anterior.

Durante toda mi vida me he preocupado por lo que unos y otros han jugado conmigo, por lo que han condicionado mi vida con sus acciones, pero lo cierto es que yo también he condicionado la de otras personas. La de Jennie, sin ir más lejos, ha sido siempre como un juguete en mis manos al que usar y tirar siempre que me vino en gana.

Y eso es algo que no está bien. Nunca estuvo bien. En cierta manera pienso que a Jennie le robé parte de su vida con mis idas y venidas, con mi

egoísmo y mi falta de empatía.

Llego al barrio de Jennie.

Aparco aplastando un par de latas vacías de cerveza. Me miro en el espejo y las heridas de mi cara se han secado y ya no tienen ese característico brillo de la «carne viva». Del pelo a lo Michael Douglas ya no queda nada. Para Jennie siempre fui un guaperas y ahora me veo como un personaje de la familia *monster*. No importa, esta vez no he venido a conquistarla.

Este barrio es de los más humildes de la ciudad. Un grupo de adolescentes con mal aspecto fuman y me miran a lo lejos. Miran el Audi. No me gustan. No les gusta. Dos de ellos están subidos a unas viejas bicis de Cross y otros dos están apoyados en un coche abandonado.

La casa de Jennie tiene un pequeño jardín cuya vaya de madera está totalmente desconchada. Aun así ha sido pintada recientemente encima de la pintura anterior. El jardín es también muy humilde. Básicamente es hierba verde con un olivo seco del cual pende un columpio. Todo es muy humilde pero a la vez muy entrañable. Ha sido decorado con mucho mimo y corazón. Recuerdo que así era Jennie. Detallista y apasionada.

Subo los cuatro escalones que separan el jardín del pequeño porche y llamo a la puerta. Ni siquiera he pensado qué decir cuando me abra. Hoy no me queda otra cosa que improvisar. Dejarme llevar.

Se abre la puerta y aparece un niño de unos ocho o nueve años. Un niño con el pelo rubio. Igual que el de Jennie. Sonríe.

—Hola —Le digo.

—Hola, me llamo Tyler —Es encantador. Su sonrisa es exactamente igual a la de su madre.

—¿Está tu mamá en casa, Tyler?

—Sí. ¿Quién es usted?

Yo dudo algo menos de lo que dura un segundo qué responder a esa

pregunta. No sé por qué. Pero siento como una especie de apagón que por un momento hace que se me olvide absolutamente todo. Por suerte todo vuelve rápidamente.

—Soy un antiguo amigo de tu mamá, ¿podrías decirle que salga un momento, Tyler?

—Sí —Tyler sonríe y me cierra la puerta en las narices. Me hace gracia pensar que su madre debe de haberle dicho repetidas veces, tal vez pensando en mí, que vaya con cuidado con quien deja entrar en su vida.

Al momento se abre de nuevo la puerta.

Jennie.

Lleva puesto un delantal de flores amarillas y una radiante sonrisa que, a pesar de los años que hacía que no la veía, sigue siendo la misma. Todavía resplandece. Pero la expresión de su rostro cambia radicalmente cuando identifica al que tiene delante. Se ha quedado muda. Su corazón late con fuerza. Pobre corazón.

—El que abierto la puerta era tu hijo, ¿verdad? Es clavado a ti. Es fantástico. ¿Cómo estás, Jennie?

—¿A qué has venido, Dylan? —El párpado de su ojo derecho ya ha empezado a temblar. Ya no recordaba ese inseparable tic nervioso suyo.

Antes de que me dé tiempo a contestar, Tyler aparece otra vez tras las piernas de Jennie.

—Entra dentro de casa, Tyler, enseguida va la mamá.

Tyler se da la vuelta. Obediente. Jennie cierra la puerta cuando ve que su hijo ya ha sido engullido por la oscuridad del pasillo.

—¿Qué haces aquí, Dylan?

Yo me encojo de hombros. Una ráfaga de viento inunda mis ojos de aire y hace que vuelva esa molesta congoja. Recuerdo de nuevo cómo ha sido posible que hayan pasado tantos años desde que yo solo era un niño de la edad

de Tyler, desde la primera vez que, por ejemplo, vi a Jennie.

—He venido a pedirte disculpas, Jennie.

Ella endurece el rostro.

—¿Disculpas?

—Sí —Me atraganto con mis sentimientos—. No me porté bien contigo, Jennie, nunca pensé en el daño que te estaba haciendo, te aseguro que nunca fue mi intención jugar contigo de esa manera, te lo prometo, pero siempre hubo algo jodido en mí que hizo que no pensara en si los demás estarían sufriendo. Pero ahora lo sé, sé que no lo hice nada bien. Y quería que lo supieras. Pedirte perdón.

Jennie suspira. Mira al suelo. Aprieta los labios y entrecierra los ojos. Ahora le tiemblan los dos párpados.

—No es que no pensaras en si yo sufría o no, Dylan, es que ni tan siquiera te importó cuando sí tuviste constancia.

Voy a decirle que eso no es cierto, pero creo que no me he ganado el derecho a defenderme. Quizá incluso tenga razón, ¿me importó? Es posible que alguna forma de sentir se adquiriera con los años, al menos en mi caso, y yo por aquel entonces no tenía ni idea de lo que era ponerse bajo la piel de los demás.

—Me hiciste mucho daño, Dylan, más del que te puedes imaginar, me hiciste tanto daño que llegué a perder la ilusión por vivir. Por supuesto que jugaste conmigo, Dylan, y me destrozaste en mil pedazos.

Jennie ha empezado a llorar. Intenta tener la boca cerrada pero ese temblor de labios la obliga a abrirla dibujando una mueca de pura pena.

Yo muevo el cuello hacia ambos lados. Noto que tengo los ojos completamente humedecidos. Pero creo que tampoco me he ganado el derecho a llorar. Ese derecho es suyo.

—Lo siento mucho, Jennie, solo he venido a decirte que lo siento, que fui

un completo cabrón. Voy a irme lejos y quería decírtelo. No volverás a verme nunca más, te lo prometo. Solo quería saber si estabas bien, y desearte que seas todo lo feliz que se pueda ser y... decirte que para mí siempre fuiste alguien muy importante, más de lo que te puedas imaginar, aunque nunca te lo demostrara.

Ella va a decir algo pero ya ha roto a llorar. Me mira y trata de secarse las lágrimas con una mano. No sé si ha sido una buena idea venir. Ahora tengo dudas. Parecía que había recuperado la estabilidad y que el verme de nuevo a mí haya hecho que la vuelva a perder.

De pronto se abre la puerta tras ella y aparece un hombre algo más joven que yo y bastante más fornido. Sujeta un bate de béisbol en una mano.

—¿Qué está ocurriendo aquí?

Abre mucho los ojos. Tiene cara de buena persona, pero al ver el sofoco que tiene Jennie su rostro cambia radicalmente y ahora parece un auténtico gladiador romano.

—Jennie, dime, ¿te ha hecho algo, es este el tipo con el que salías que te hizo tanto daño? Contéstame, Jennie.

Está muy nervioso, Jennie lo mira a él y luego me mira a mí. No contesta, solo agacha la cabeza. Sabe lo que pasará si le dice que sí, que yo soy ese tipo que le hizo tanto daño.

El que debe ser el padre de Tyler levanta la barbilla de Jennie en un gesto de auténtica delicadeza. Amor. Se nota que la ama con todas sus fuerzas y yo no puedo evitar alegrarme por ella, a pesar de lo que va a pasar.

—Dime sí o no, cariño, por favor, ¿es ese de ahí el tipo del que me hablaste?

Ella lo mira pero no contesta. Él resopla. Sabe la respuesta.

—Maldito hijo de puta, te voy a matar —dice mirándome a mí mientras me apunta con el bate. Yo me hago un poco hacia atrás y cuando veo que

levanta su brazo derecho tropiezo con uno de los cuatro escalones que dan acceso a su puerta y caigo de espaldas.

Él baja corriendo y trata alcanzarme con un primer golpe, yo ruedo hacia un lado y consigo esquivarlo.

—¡Cameron, no! ¡Para! —grita Jennie.

Pero Cameron está cegado por la ira. Debió prometerle a Jennie que si alguna vez volvía el tipo que tanto daño le hizo, lo mataría. Y ahora está cumpliendo con lo prometido.

El segundo golpe de Cameron también trato de esquivarlo rodando hacia el otro lado, pero él lo ve venir y desvía la trayectoria del mandoble. Me da de lleno en la espalda. Siento como algo acaba de partirse en mi caja torácica. Ha sonado como el ruido que hace una rama seca en una hoguera.

—¡Por favor, Cameron, te lo ruego, para!

A mí el golpe me ha dejado sin respiración. Estoy completamente aterrado. Que me queden unas horas de vida no significa que no me importe que me cosan a palos. Cameron se sitúa delante de mí y parece un eclipse de sol. Vuelve a bajar el bate y yo trato de cubrirme instintivamente haciéndome un ovillo. El golpe impacta en unos de mis brazos y un dolor sordo hace que en mi cabeza empiecen a sonar cien mil trompetas.

—¡Cameron! ¡Que pares! ¡Para!

El grito de Jennie es desgarrador. Está llorando a lágrima viva. Se teme lo peor.

Cameron se acerca un poco más a mí. Levanta los brazos y sujeta el bate con las dos manos. Está apuntando directamente a mi cabeza. Me quiere matar y lo va a hacer si nadie se lo impide. Yo me cubro como puedo y cierro los ojos. No quiero ver qué va a pasar a continuación.

Jennie vuelve a suplicarle a su marido que pare.

Y Cameron suelta el último golpe que impacta de lleno sobre mis manos y

sobre mi cabeza, que está bajo ellas.

Un fuerte pitido me deja momentáneamente sordo. No escucho nada aparte de ese estridente sonido. Tampoco puedo ver. Todo es blanco a mí alrededor. Pierdo momentáneamente la noción del tiempo, de lo que ha pasado. Aunque rápidamente me llega el vago recuerdo de que hoy es mi último día y que no quisiera irme todavía porque aún me quedan unas cuantas cosas que hacer. Cosas muy importantes. Las más importantes, de hecho.

Ese pensamiento hace que empiece a recuperar de nuevo el control sobre mi cuerpo. Poco a poco. Empiezo a ver de forma borrosa. Veo a Cameron tirando el bate al suelo y pasándose las manos por la cabeza. Parece estar pensando que aquello se le ha ido totalmente de las manos. Veo el rostro de Jennie a unos veinte centímetros de mi cara. Todavía llora.

—Dylan. Dylan, ¿puedes oírme?

Al parecer también estoy empezando a recuperar el oído. Trato de incorporarme y me cuesta horrores levantarme. Jennie me está diciendo que no lo haga, que no me levante. Pero lo hago. Todo empieza a dar vueltas a mí alrededor. Al ponerme en pie una cascada de sangre brota de algún lugar de mi cabeza y puedo ver como todo se tiñe de rojo. Me voy directo al suelo. Todo mi cuerpo da como dos fuertes sacudidas. Debo de estar convulsionando. Mi cuerpo se zarandea solo. Tanto Jennie como Cameron, que está un poco más atrás, se llevan horrorizados una mano a la boca. Están muy asustados. Yo también. Tengo un miedo terrible a morir, a pesar de que sé de sobra que hoy es el día.

—Llama a una ambulancia, Cameron, corre —grita Jennie.

Cameron tarda un poco en reaccionar. Está muy asustado y no deja de mirar hacia mi cabeza. Debo de tener muy mal aspecto. Finalmente reacciona y se da media vuelta en busca de un teléfono. Tropieza con sus propios pies.

Algo en mi interior me dice que lo vuelva a intentar. Tengo que levantarme y salir de allí ya. Tengo que salir. Hay cosas importantes que tengo que hacer. No puedo morirme aún ni quedarme aquí.

Trato de ponerme de nuevo en pie.

—Dylan, no, no te muevas por favor, Cameron ha ido a llamar a una ambulancia —Jennie pone una mano sobre mi espalda para intentar convencerme. Sigue siendo igual de tierna. Igual de delicada.

Parpadeo varias veces para tratar de quitarme el rojo de los ojos que me impiden ver bien.

Me incorporo ligeramente y me apoyo en un brazo de Jennie para enderezarme por completo. Las piernas me tiemblan muchísimo.

—Dylan, tienes que tumbarte, estás muy mal herido, por favor, tumbate otra vez y espera a que venga la ambulancia —Lo cierto es que noto la cabeza como si la tuviese completamente mojada. No me atrevo a tocármela porque no quiero saber cuál es el tamaño de la brecha. Siempre he sido de los que prefiere no saber.

—¡Cameron, trae una toalla! —grita Jennie mientras trata de taponar la herida de mi cabeza con sus propias manos. Se escucha una especie de *chof chof*.

En apenas dos segundos aparece Cameron con una toalla en las manos. Está pálido. Debe de estar pensando que como yo me muera él va a tener algunos problemas. Aparte de los cargos de conciencia.

Jennie presiona la toalla con fuerza contra mi cabeza. Puedo ver cómo sus manos están totalmente rojas. Me asusto mucho. Las piernas me fallan y me dejo caer en el suelo lentamente hasta quedarme medio sentado.

—Cameron, ¿qué pasa con esa ambulancia?

—Deben estar al llegar, me han dicho que había una por aquí cerca.

Casi como por arte de magia, las sirenas se empiezan a escuchar y en

lugar de alegrarme lo que hago es intentar ponerme de nuevo en pie.

—Dylan, ¿se puede saber qué estás haciendo?

—Tengo que marcharme, necesito estar en un sitio.

Las piernas me tiemblan y todo a mí alrededor se desvanece.

Apenas unos segundos de vacío.

La ambulancia aparca.

—Dios mío, ¿qué ha ocurrido? —pregunta uno de los dos chicos.

Se produce un silencio y puedo ver cómo Cameron va abrir la boca para confesar. Tiene lágrimas en los ojos. Me mira con arrepentimiento. Cierra los ojos y coge aire.

—Me he caído, compañero. Me he caído y me he dado de lleno contra un escalón —Me adelanto entre balbuceos.

El médico y el enfermero se miran y después miran a Jennie y a Cameron, que no saben ni qué decir. Sospechan.

—Me he caído y me he dado con ese escalón de ahí, maldita sea, es eso lo que ha ocurrido, hagan lo que tengan que hacer de una vez —saco fuerzas de algún sitio para hablar con más contundencia. Claridad. No quiero que Jennie se quede otra vez sin pareja ni que su hijo crezca sin un padre, como le pasó al mío. A mi hijo.

Me suben a la ambulancia y antes de cerrar las puertas Jennie se acerca. Aprieta mi mano izquierda con fuerza.

—Dylan —Le caen las lágrimas. A mí también.

—Dime, Jennie.

—Siempre fuiste el amor de mi vida, siempre estuve enamorada de ti, ¿lo sabías, verdad? No he vuelto a querer a nadie como te quise a ti.

Yo asiento mientras veo cómo el enfermero le pide a Jennie que tienen que salir ya.

—Jennie... eres una mujer sensacional y sé que vas a ser muy feliz, tú

solo sigue siendo tú misma y cuida mucho de Tyler, él también llegará a ser alguien muy grande.

Ella llora y se le escapa una tierna sonrisa.

—Es un chico fantástico, me recuerda un poco a ti.

—Tenemos que salir ya —dice el enfermero mientras termina de ajustar la vía que acaba de ponerme en el dorso de mi mano derecha y enciende el monitor de constantes vitales.

—Cuídate mucho, ¿vale? —Le digo a modo de despedida.

—Lo haré. Cuídate tú también, Dylan.

A mí se me escapa una mini sonrisa.

—Dylan —dice Jennie justo cuando el enfermero va a cerrar las puertas para salir ya de allí.

—¿Sí?

Jennie sonrío y me mira otra vez de esa forma en que solía hacerlo. Pero no dice nada, aunque creo interpretar el significado de esa expresión, me parece escuchar la voz de su corazón.

—Gracias, Jennie, muchas gracias.

Ella asiente entre lágrimas.

Las puertas de la ambulancia se cierran haciendo un ruido parecido al frigorífico de una heladería.

Las sirenas empiezan a sonar con fuerza y yo empiezo a pensar cómo demonios me voy a escapar porque allí no me puedo quedar, mucho menos en el hospital.

Pero sonrío de pura felicidad al pensar en las bellas palabras de Jennie, tengo su perdón, después de tantos años, y en estos momentos eso es mucho más valioso para mí que todos los golpes y heridas que me hayan podido hacer.

CAPÍTULO 6

El hospital

—Miguel, ¿cómo va por ahí detrás? —dice el médico desde el asiento de copiloto de la ambulancia.

—Sigue estable, pero está perdiendo mucha sangre. ¿Quieres que lo cosa o esperamos a llegar? —Miguel, el enfermero, es el que está conmigo en el compartimento trasero. Ya me encuentro algo mejor, menos mareado. Debe ser por los dos goteros que me han puesto.

—¿Sigue estando consciente? —pregunta de nuevo el médico.

—Sí. Pero es difícil parar la hemorragia y no sé yo si... —Miguel es de ascendencia latina y debe tener como unos veinticinco años, no me quita el ojo de encima. Me mira preocupado. Tiene cara de buena persona. Retira un poco el aparatoso e improvisado vendaje y se asoma para ver cómo está la herida. Sus ojos son como dos escáneres portátiles.

—¿Dirías que hay fractura craneal? —pregunta otra vez el médico.

Yo me pregunto por qué demonios no se ha sentado él aquí detrás conmigo si es el que tiene que evaluar y dar la orden final.

Miguel vuelve a observar bien mi cabeza. Yo abro los ojos un poco y los vuelvo a cerrar, como cuando el peluquero te está cortando el flequillo.

—Yo diría que no, o si la hay lo más probable es que no sea desplazada, al menos no se ven astillas.

Yo me echo a temblar solo de imaginarme esas astillas.

Pienso que la visita a Jennie me ha salido bastante cara. Sonrío. Supongo que es el precio que debía pagar por todo lo que le hice. Al parecer había contraído con ella lo que se dice una buena deuda.

—Ponle unos puntos provisionales. Si se queja mucho le pinchas más fentanilo. Cuando lleguemos al hospital miraremos bien si hay que entrar al quirófano o no y si hay derrame interno.

—De acuerdo.

Las palabras «quirófano» y «derrame interno» hacen que me maree. Escucho cómo Miguel abre la cremallera de lo que debe ser uno de esos maletines de urgencias. Saca cuatro o cinco cosas que no alcanzo a ver. Veo su cara acercándose un poco más a mí y empieza a retirar el aparatoso vendaje. Cuando lo deja caer en el suelo escucho de nuevo un *chof*.

—Voy a volver a limpiarle otra vez la herida, señor. ¿Qué tal se encuentra?

—Bien —Lo miro a los ojos y le doy las gracias mentalmente. Doy gracias de que existan personas como él.

Él me sonrío. Tiene una sonrisa sin filtros. Una sonrisa larga.

—Si le duele mucho me lo dice y le pongo un poco más de analgesia, ¿de acuerdo?

—De acuerdo.

—No te pases con el fentanilo, Miguel —dice de nuevo el médico desde la parte delantera—. Necesitamos que esté lo más consciente posible y que su sensibilidad no se vea demasiado alterada por los medicamentos.

—Descuide, doctor —dice Miguel mientras empieza a remojar mi cabeza con algo que debe ser alcohol. Yo aprieto los dientes y aspiro aire tratando de no gritar.

—¿Le duele mucho? —pregunta Miguel poniendo mala cara al observar mi herida.

—Un poco.

—Le pondré un poco más de fentanilo.

—Vale.

Giro un poco la cabeza y veo cómo Miguel abre una ampolla de cristal. Carga un poco de su contenido con una jeringuilla y me lo pincha directamente en la cánula de plástico que tengo adherida en el dorso de la mano.

El efecto narcótico no tarda en llegar. Siento cómo un cosquilleo en la cabeza. Duele menos.

Veo cómo Miguel saca el material de sutura de un envoltorio de plástico. Extrae una aguja curvada con el hilo de coser ya incorporado. Parece un anzuelo.

—Voy a proceder con los puntos, señor. Si le hago mucho daño me avisa.

—Miguel —Él se detiene al escuchar que acabo de llamarlo por su nombre. Lleva guantes de látex blancos, en una mano sujeta la aguja con el hilo colgando.

—Qué.

—Esos puntos provisionales, ¿podría apretarlos bien fuerte?

Él frunce un poco el ceño.

—¿Por?

Yo le sonrío de nuevo con un aire paternal.

—Usted apriételes todo lo fuerte que pueda, por favor.

Miguel cierra los labios y no dice nada más. Empieza a coser. Creo que me ha entendido y que intuye lo que pretendo hacer. Se calla. Veo que tiene un tatuaje en su antebrazo izquierdo que no atino a saber lo que es y me imagino que proviene de algún barrio en el cual debe de haber visto ya algunas cosas bastante más feas que la herida de mi cabeza.

Cierro los ojos y siento cómo Miguel aprieta bien fuerte después de cada punto para juntar bien la piel.

—Ya he terminado, señor, ha sido usted muy valiente. Voy a ponerle de nuevo un vendaje.

—Muchas gracias, Miguel.

—De nada.

Saca un rollo de venda y veo que le da unas cuantas vueltas a mi cabeza. Luego corta un trozo de esparadrapo y lo aplasta sobre mi cabeza como si fuese una pegatina.

—Enseguida llegamos, señor. Trate de descansar, ha perdido mucha sangre, pero la herida parece menos grave de lo que en un principio pensé. Se dio usted un buen golpe, eh.

Yo asiento y cierro los ojos. Me relajo. Entre el fentanilo y las buenas manos de Miguel han conseguido que me encuentre bastante mejor.

—¿Qué tal esos puntos, Miguel? —pregunta el médico.

—Hechos.

—¿Qué tal las constantes?

—Estables.

Apenas unos minutos después. La ambulancia se detiene. Creo que incluso puede que haya dormido un poco.

—Hemos llegado, señor —dice Miguel mientras escucho cómo las puertas traseras vuelven a abrirse.

Abro los ojos y todo se llena de luz. Miguel y el que debe ser el conductor de la ambulancia tiran de la camilla en la que estoy tumbado y me sacan fuera con una asombrosa maniobra. Rápida y eficiente.

Veo al médico caminar a uno de los lados de la camilla con cara de aburrimiento.

Recorremos los pasillos del hospital. Yo miro a los lados y veo gente esperando, gente sufriendo, gente llorando. No me gustan los hospitales. Sufrimiento y dolor.

Aparcan la camilla al lado de una pared en la que puedo ver perfectamente el símbolo de «peligro radiactivo» bajo el cartel de «zona de rayos x». Van a hacerme una radiografía.

Veó que se abren unas puertas y sacan a un paciente que va en silla de ruedas. No tiene buena cara. A continuación alguien que no veo empuja mi camilla y entro en una sala oscura.

—Usted no se mueva hasta que yo se lo diga —dice una mujer bastante voluminosa levantándome un poco la cabeza y colocándome debajo algo rígido, como si fuese una almohada pero de plástico duro.

Se va y desde un megáfono me dice que va a disparar.

A los dos segundos vuelve y me retira la almohada de plástico de la cabeza.

—Ya está —dice.

Se abren las puertas de esa sala y me llevan de nuevo por los pasillos.

Me aparcan en una zona en la que no sé muy bien que van a hacerme.

Miro hacia ambos lados tratando de ubicarme, tratando de esperar mi oportunidad.

Intento sentarme sobre la camilla tras un par de minutos esperando.

Cuando me siento veo a dos personas mirándome desde una silla de ruedas. Hay más gente, pero nadie más ha reparado en si debo o no debo incorporarme.

—¿Qué pruebas se hacen aquí? —pregunto a una señora que está sentada en una silla de ruedas frente a mí. Tampoco tiene una buena cara.

—Esta es la zona del TAC.

Yo me quedo pensando un par de segundos.

—Gracias.

Primero la radiografía y después el TAC. Supongo que para ver si hay derrame, tal y como ha dicho el médico de la ambulancia.

Me encuentro bastante mejor. Miro mi reloj de pulsera y veo que son ya las dos del mediodía. Me asusto. El tiempo parece que ha viajado más deprisa durante la última hora y media.

Justo cuando voy a ponerme de pie para salir de allí veo que al final del pasillo aparece la figura de un par de hombres. Uno de ellos me señala. El otro lleva un fonendoscopio colgando del cuello y una carpeta sobre las manos. Le dice que sí con el cuello a la otra persona y se acerca hasta mí.

—Hola, soy el doctor Arlington, ¿cómo se encuentra?

—Mejor.

—¿Sabe qué día es hoy? ¿Sabe dónde estamos?

—Sí.

—Perfecto —El doctor Arlington apunta algo en la hoja que tiene sobre la carpeta. Es un hombre extremadamente delgado. Pelo graso. Ojeroso. Su cara no, pero su voz me suena de algo—. ¿Podría decirme su nombre, por favor? —pregunta con el elegante bolígrafo metálico apuntando la primera línea de esa hoja.

No sé muy bien por qué, pero me quedo pensando qué responder a eso y llego a la rápida conclusión de que no es buena idea decir la verdad.

—Señor, ¿recuerda su nombre? ¿Recuerda cómo se llama?

—No —miento.

—Perfecto, no debe preocuparse por eso ahora.

—Vale.

—¿Recuerda si tiene seguro médico?

—No.

—¿No lo recuerda o no tiene?

—No lo recuerdo.

—¿Tiene algún tipo de identificación encima?

Palpo mis bolsillos y toco la cartera en el interior de mi chaqueta, pero hago como que no he encontrado nada.

—No encuentro mi cartera, puede que la tengan los de la ambulancia.

—Puede.

El doctor Arlington anota algo en su carpeta.

—Bien. En unos minutos le van a hacer un TAC para ver si hay lesión interna. Yo enseguida vuelvo, trataré de averiguar si los de la ambulancia tienen su identificación y su cartera, tenemos que saber si usted tiene seguro médico y con qué cobertura, ¿entiende lo que le digo, verdad?

—Sí.

—¿Necesita algo?

—No.

—Bien. Pues ahora nos vemos.

—Vale.

—Otra cosa —dice el doctor dándose de nuevo la vuelta.

—Qué.

—¿Nos conocemos de algo? Su cara me resulta familiar, ¿estuvo aquí usted hace poco? —dice inclinando un poco el rostro hacia un lado.

—No que yo sepa —supongo que el doctor debe de ver tantas caras diferentes al día que ya no sabe a quién conoce y a quién no.

—Bien, pues entonces hasta luego.

—Hasta luego, doctor.

El doctor Arlington desaparece y veo cómo trata de buscar a otro paciente. Le pregunta a una chica que viste uniforme de trabajo blanco y ella le da indicaciones con la mano.

Me imagino al doctor Arlington como el «chico para todo» del hospital, al que deben enviar para los casos sin identificar o sin seguro médico, como el mío.

Ha llegado el momento de que me marche de allí ya antes de que averigüen quién soy.

A mi alrededor solo hay enfermos.

Me levanto a duras penas y observo cómo la mujer de la silla de ruedas

se queda mirándome con los ojos muy abiertos. Yo le guiño un ojo. Ella sonríe.

Antes de ponerme a andar compruebo que no me voy a ir al suelo a la primera de cambio. Parece que estoy bastante estable.

Empiezo a caminar y siento un pequeño mareo. Me detengo. La sensación de estar sobre la cubierta de un barco pequeño parece que empieza a desaparecer. Vuelvo a caminar.

Avanzo mientras trato de orientarme mirando disimuladamente los carteles que indican la salida. Paso junto a una zona en la que puedo leer hasta en un par de ocasiones «pacientes críticos». Veo una puerta entreabierta y siento una extraña curiosidad. Me asomo un poco y veo cómo varios médicos tratan de reanimar a una persona. Es una mujer que, en esta ocasión, es a mí a quien su cara le resulta familiar, tengo la impresión de que la conozco, aunque no termino de verla con claridad, su rostro está algo desfigurado. Los médicos no paran de gritar «la estamos perdiendo, la estamos perdiendo». Me angustio y salgo de allí lo antes posible. Siempre me ha aterrado la muerte.

Tuerzo en un pasillo y siento cómo el corazón se me queda medio parado al reconocer a Miguel, el enfermero de la ambulancia, está hablando animosamente con una joven doctora. Ella le sonríe y cruza las piernas. Si Miguel me ve se acabó mi huida. Acelero el paso y atravieso el pasillo sin mirarlo. Cuando paso junto a ellos experimento una sensación muy extraña. Casi mágica. Siento que entre ellos dos hay un amor inmenso y que ese amor es una fuerza tan poderosa como la propia vida. No sé por qué pero eso me asusta un poco. Pero al mismo tiempo también me alegra.

Respiro cuando tuerzo otro pasillo y a lo lejos veo las puertas de la zona de urgencias por las que se sale a la calle.

Acelero un poco el paso, pero justo antes de salir escucho una voz. Alguien acaba de reconocerme.

—¿Dylan?

Me giro.

Mierda.

Es Archibald Jones. Mi ya antiguo jefe. Tiene la cara hecha un mapa. Parece que le están dando el alta médica para irse ya a casa. Pero el verme allí, a solo unos metros de él, al causante de que tenga la cara como la tiene, hace que pierda de nuevo los papeles y salte hacia mí en una reacción totalmente impulsiva. Está como loco.

Yo lo veo venir pero no tengo tiempo de esquivarlo. Estoy demasiado débil. Demasiado lento. Cierro los ojos sin pensar qué va a pasar y solo noto cómo el cuerpo de Archibald impacta sobre mi abdomen y caigo hacia atrás. Por suerte todo el golpe se lo lleva mi espalda y no mi cabeza. Se escuchan gritos. Un montón de gente nos rodea. Archibald abre la boca como un león. Babea. Levanta su puño derecho para darme en la cara. Yo cierro los ojos. Pero el golpe no llega. No sé qué pasa. Los abro y veo a un fornido guarda de seguridad que sujeta el brazo de Archibald con facilidad.

—¿Se puede saber qué está haciendo? —Le dice el guarda a Archibald levantando la voz. Tiene los brazos y parte del cuello llenos de tatuajes. Debe medir por lo menos un metro noventa. Moreno de piel. Puro músculo.

—Suéltame, no tienes ni idea de quién soy yo. Ese malnacido es el que me ha hecho esto en la cara —grita Archibald mientras el guarda de seguridad le retuerce el brazo y lo echa para atrás.

Yo aprovecho para ponerme en pie y salgo de allí corriendo. Escucho a la gente gritar. Escandalizarse. Tropicizan unos con otros. Pero no entiendo nada de lo que dicen. También escucho otra vez la voz de Archibald y del guarda de seguridad que gritan cosas como «alto», «que no escape», «deténgase». Pero consigo salir del hospital y empiezo a correr literalmente con la lengua fuera. No me paro para mirar atrás hasta que considero que ya estoy los

suficientemente lejos. Estoy totalmente deshidratado. Me ahogo.

Llego hasta un callejón y apoyo las manos sobre mis rodillas. Jadeo.

Entrecierro los ojos. Me siento muy débil. Al menos he conseguido escaparme tanto del hospital como de Archibald. La cuestión ahora es recuperar como sea algo de fuerzas y continuar. Continuar hasta el final.

—¿Quiere un poco de agua, señor? —pregunta una voz que tardo en identificar. Proviene de unos metros más allá, todo está bastante oscuro en el callejón.

Afino un poco la vista y creo reconocer quién es. Es alguien que está en el suelo, sentado con la espalda apoyada contra una pared.

El mismo vagabundo al que le di todo el dinero que robé del cajero.

En una de sus manos tiene una botella de agua, que es la que me está ofreciendo.

Me acercó hasta él y la cojo.

—Gracias.

Y bebo prácticamente hasta terminármela.

CAPÍTULO 7

En el hipermercado

—También tengo algo de comer, ¿quieres? —Me pregunta el vagabundo.

—Vale.

Escarba un poco por el interior de una mochila y saca un sándwich envuelto en un plástico rígido, se parece a la funda de una pistola.

—Ten, es de hace dos días. Se puede comer —dice mientras asiente con la cabeza.

—Muchas gracias.

Cojo el sándwich y no puedo evitar fijarme en sus manos. Rugosas y oscurecidas. Toscas. Las uñas largas. Llenas de cicatrices y de restos de aquello de lo que están impregnadas las calles. Nuestras calles. Pero enseguida pienso que son manos de «persona», y son exactamente iguales a las mías, solo que han visto y tocado otras cosas.

El sándwich está realmente sabroso. Jamón y queso. Lo cierto es que tampoco he probado bocado desde esta mañana y el desgaste y la pérdida de fluidos ha sido inmenso. En estos momentos me hubiese comido casi cualquier cosa.

—¿Quieres algo de beber? —Me pregunta mientras me observa comer.

—Vale.

Saca una pequeña botella de vino tinto que tiene el tapón metido a presión hasta la mitad. No puedo evitar sentir un poco de asco. Pero la cojo y le doy un buen trago tratando de no tocar el vidrio con los labios. He probado cosas peores. Y entro en calor, que es lo importante.

—Gracias.

—De nada, me llamo Conrad —dice tendiéndome una mano. Me sorprendo pensando que no tenía ni idea de que los vagabundos también se estrechasen las manos. Como si fuesen de otra especie. Me doy cuenta de las cosas tan estúpidas que se me pasan por la cabeza. Soy plenamente consciente de ello. Y puedo decir con orgullo, que me avergüenzo.

Le doy la mano y trato de transmitir agradecimiento.

—Yo me llamo Dylan.

Él asiente.

—¿Es grave? —dice mirando hacia el vendaje de mi cabeza.

—No lo creo.

—Tienes un aspecto bastante peor que el que tenías hace unas horas, Dylan, ¿te encuentras bien?

Tardo dos segundos en responder.

—Lo cierto es que no está siendo el mejor de mis días, pero supongo que dadas las circunstancias, sí, me encuentro bien.

Se produce un pequeño silencio. Conrad mira al suelo pensativo, después alza el cuello hacia mí.

—¿Necesitas que te devuelva el dinero que me diste esta mañana?

Escuchar cómo Conrad me tutea me hace pensar que ahora mismo me ve como un igual a él. Y lo cierto es que lejos de molestarme, la sensación me agrada. En estos momentos me siento más cómodo sintiendo el favor de gente como Conrad que de gente como Archibald o Andrew Rand.

—No, Conrad, de ninguna manera, ese dinero es tuyo, y me gustaría que lo guardases y lo empleases en comprar cosas que de verdad necesites, que de verdad te hagan falta. Seguro que hay algo, algo importante que puedas hacer con él.

Él me mira con profundo respeto. Frunce el ceño.

—Gracias, eso haré. Hacía tiempo que no conocía a una persona generosa

de verdad.

Yo pienso si está bromeando o habla en serio. Es la primera vez en la vida que alguien me dice que soy generoso.

—Lo mismo digo.

Se escucha el sonido de la sirena de un coche de policía acercándose. Yo me quedo paralizado. No puedo evitar mirar hacia el extremo del callejón de donde procede el sonido y en apenas tres segundos puedo ver cómo pasa el coche de policía. El agente que va de copiloto está mirando hacia donde estamos Conrad y yo. Me parece ver que se me ha quedado mirando. Puede que solo hayan sido imaginaciones mías, pero a continuación se escucha cómo chillan las pastillas de frenado. La goma se aprieta contra el disco.

Acaban de parar.

—¿Te busca la policía? —pregunta Conrad al ver mi expresión.

—Es posible.

—Corre por el otro extremo, cuando salgas a la avenida giras a la derecha. En el primer paso de peatones la cruzas, luego continuas hasta el parque de la constitución, una vez allí intenta seguir callejeando sin detenerte, es una zona peatonal a la que los policías no les gusta demasiado entrar, si vienen por aquí los entretendré un rato.

—¿Seguro? —pregunto asustado.

—No te alcanzarán, pero no te pares. Continúa.

No sé por qué pero me fío totalmente de él.

Una pareja de policías aparece en el extremo del callejón.

—Eh, usted —Se dirigen a mí mientras uno de ellos levanta una porra en alto.

—Ten, ponte esto, hará que seas menos visible, y corre —Conrad me tiende una vieja gorra color verde militar. Ha tenido una gran idea. Con la cabeza vendada de blanco debo ser visible a por lo menos cien metros de

distancia.

—Gracias, Conrad, nunca olvidaré esto.

—Yo tampoco, gracias a ti.

Salgo corriendo mientras escucho a los dos policías gritando «alto» y «deténgase». Pero yo no miro atrás. Solo sigo las indicaciones que me ha dado Conrad y no dejo de correr durante los próximos cinco minutos.

Me paro cuando creo que ya no me siguen la pista.

Estoy extenuado, menos mal que Conrad me ha dado algo de comer y de beber, porque si no, es posible que en estos momentos todo hubiese terminado.

A lo lejos veo un hipermercado Costco Wholesale y pienso que antes de ir hasta mi próximo destino no me vendría mal coger algunas provisiones y una camisa que no esté manchada de sangre, como la que llevo ahora. Llamo demasiado la atención y no puedo perder más el tiempo huyendo de la policía.

Me ajusto la gorra todo lo que puedo y antes de entrar me miro en el espejo de un coche. Oculto bien cualquier rastro de la venda bajo la gorra. Las heridas de mi cara se han tornado de un todo bastante oscuro, restos de sangre, coagulada, seca.

Me cierro la chaqueta para que no se vean las numerosas manchas de sangre de mi camisa. La chaqueta también está manchada, pero al ser oscura no se nota tanto.

Al entrar me fijo en la zona de las cajas registradoras y también en las zonas de salida sin compra. No localizo ninguna zona de salida sin compra y pienso que solo hay una forma de salir de allí, y es comprando. Sonrío. Política de empresa, así es como lo llaman.

Atravieso la zona de neveras y congelados y siento cómo el frío se pega a mi cuerpo.

El hormigueo alrededor de la zona donde Miguel el enfermero me puso los puntos ha empezado a desaparecer y su lugar ha empezado a ocuparlo

auténtico dolor, ese que tira con fuerza desde cada lado de la comisura de los labios hasta hacerte gritar. También he empezado a notar un dolor en las costillas que se agudiza al respirar y que ha ganado mucho en intensidad en los últimos minutos. Las zonas donde Cameron estrelló su bate se están haciendo de notar. Son como un molesto e insistente recuerdo. Como una mosca en un caluroso día de verano. Necesito más analgésicos. El fentanilo de Miguel ya es historia.

Localizo un pequeño carro que alguien ha dejado suelto en un pasillo y me hago con él con disimulo.

Voy directo a la zona de parafarmacia y antes siquiera de ver dónde se encuentran los analgésicos sale a mi encuentro una joven de unos veinticinco años perfectamente maquillada. Esbelta. El pelo brillante, recogido. Las manos por detrás de la espalda. Huele bien.

—Mi nombre es Katie, ¿en qué puedo ayudarle, señor?

Yo levanto un poco el cuello para poderla mirar a los ojos sin que me tape la visera de la gorra de Conrad y percibo cómo esa sonrisa suya se diluye tímidamente al ver las heridas de mi cara. Su expresión es la de alguien a la que acaban de contarle un chiste que no le ha hecho ninguna gracia. Ahora mismo mi presencia allí es como una fea grosería.

—Necesitaría analgésicos, por favor.

—Claro. ¿Cuál necesita?

Yo me quedo pensando. Nunca se me ha dado demasiado bien el nombre de los fármacos.

—¿Qué es lo más fuerte que tiene?

Esa sonrisa suya desaparece un poco más. Ya casi no queda ni rastro de ella.

—Metamizol.

—Estupendo.

—¿Lo querrá en comprimidos, cápsulas o inyectables?

—Inyectables —Supongo que el efecto será mayor.

—¿Una caja?

—Que sean dos.

Katie se agacha por detrás del mostrador y vuelve a levantarse con un par de llaves en las manos. Abre una vitrina de cristal y arruga un poco los labios mientras busca con la mirada el metamizol inyectable. Labios color granate. Yo observo a mí alrededor y veo que un vigilante de seguridad pasea desinteresadamente justo por el pasillo de enfrente al que yo me encuentro. Me mira de arriba abajo. Yo me calo un poco más la gorra. Él deja caer como si nada una mano sobre la empuñadura de la porra que cuelga de su cinturón. Me pongo nervioso y le meto prisa mentalmente a Katie.

—Si no lo tiene en inyectable deme el que tenga, Katie, no hay ningún problema.

—Sí que lo tengo, el problema es que ahora mismo no sé dónde está —dice ella mientras recorre con la mirada los estantes de la vitrina.

Levanto la vista disimuladamente y veo al guarda acercándose.

—En serio que no me importa, Katie, deme los comprimidos.

—En comprimidos no me quedan, tendría que pedirlos.

Yo suspiro y me froto la cara.

—Por favor, Katie, tengo algo de prisa, deme el primero que vea.

Ella no contesta y sigue removiendo cajas de la vitrina. Finalmente sonrío y saca dos cajas de la parte de atrás.

—Aquí están, menos mal —dice con alivio.

—Sí, menos mal.

—¿Quiere una bolsa?

—Sí, por favor.

Introduce las dos cajas de analgésicos inyectables en una bolsa y me la

ofrece en un estudiado y bonito gesto. Como si fuese la jueza en el juego del pañuelo.

—Aquí tiene, señor, que pase un buen día.

—Igualmente, gracias.

Justo cuando me doy la vuelta para continuar con mi camino me topo de cara con el vigilante de seguridad. En su chapa se lee el nombre de Carl.

Se me queda mirando.

—¿Todo bien, Katie? —pregunta mirando por encima de mi hombro como si yo fuese algo así como ese árbol que no deja ver bien el resto del bosque.

Me sorprende su falta de tacto. Parece que se ha creído con el derecho de insinuar que no soy de fiar y que puede que le haya causado problemas a la dependienta. Lo cierto es que me duele pensar que hasta hace bien poco yo también estaba lleno de horribles prejuicios, parecidos a los de Carl.

—Sí, todo bien, Carl, gracias —dice Katie con su dulce voz.

Carl y yo nos quedamos mirándonos un par de segundos. Él masca chicle con chulería. Yo lo miro desde lejos. Desde el otro lado de la orilla.

Agacho la cabeza y salgo de allí recuperando mi carro. Despacio. No quiero levantar sospechas. Todavía. Aunque me temo que no será fácil quitarme a Carl de encima.

Voy hasta la zona de ropa y busco una camisa discreta. Cómoda. En lugar de eso me llevo un suéter fino color negro. También meto en el carro una chaqueta fina con forro ligero, tipo cortavientos. Gris oscura. Paso por la zona de los pantalones y me digo por qué no. Meto unos en el carro. Finalmente me hago con unas zapatillas de vestir. Cuero marrón. Confortables.

Tema ropa solucionado.

Paso por la zona de alimentación y pienso que me vendría bien algo más de comer. El sándwich de Conrad lo que ha hecho es abrirme más el apetito. Recorro unos cuantos pasillos buscando algo que me pueda comer

cómodamente y me llama la atención la gran cantidad de alimentos que se pueden comprar en Costco. Supongo que exactamente los mismos que en el resto de cadenas de alimentación. Fechas de caducidad, información nutricional, fechas de envasado, lotes en oferta. Luego recuerdo a las personas que son como Conrad el vagabundo y me pregunto qué demonios hacen con todos los alimentos que caducan o están próximos a caducar. Tenía entendido que los donaban, o los tiraban, pero es tal la cantidad de alimentos que están en esa situación que no sé yo si... ¿podría ser que algunos los volvieran a reetiquetar? ¿O directamente los queman para que nadie los pueda reutilizar? Porque son muchos.

De todos modos me alarma la idea de pensar que cuando cae la noche y se cierran todas esas persianas que dan a la calle, aquí dentro se queda encerrada la solución a la enorme tragedia de que miles de personas se mueran diariamente de hambre.

Me digo que ya es tarde, pero que tal vez, en otra vida, hubiese empleado mi tiempo luchando por otras cosas. Eso me deja una espantosa sensación de haber desperdiciado mi vida por completo. Agridulce.

Cargo en el carro un par de sándwiches y una botella de vino de las que se abren con tapón de rosca. Le copio la receta a Conrad. Lo que está bien, mejor no tocarlo.

Voy hasta las cajas.

Le doy un vistazo rápido al posible perfil de las dependientas y dependientes y me pregunto cuál de ellas o de ellos me dará menos problemas ante un posible incidente a la hora de pagar. Que es lo que me temo que va a pasar.

No tengo demasiado tiempo, y la verdad es que a veces la gente engaña, no siempre es lo que parece. Eso lo estoy aprendiendo a pasos de gigante.

Así que me decido por una mujer de mediana edad con el pelo recogido

en una coleta. La mirada triste y los párpados ligeramente caídos. Pasa los productos por el lector de la caja apenas sin mirar a la gente a la cara ni mucho menos al producto. Me digo que se ha quedado estancada. Que ha dejado de avanzar, y lo que no se mueve, tarde o temprano muere.

Ella es mi elección.

Me pongo a la cola y espero mi turno.

Levanto la cabeza para tratar de buscar a Carl el vigilante de seguridad. Miro a izquierda y a derecha pero no lo veo. Me giro y tampoco está detrás de mí. De pronto lo veo aparecer cerca de las puertas de salida. Pasea como si nada. Con un paso cansino y molesto. Es un perro que acecha.

Llega mi turno.

Anna, que así debe llamarse la cajera por el nombre que hay escrito en la chapa de metal que lleva sobre su voluminoso pecho, empieza a pasar mis productos sin mirarme ni una sola vez a la cara.

—¿Desea alguna bolsa, caballero? —pregunta antes de terminar de pasar toda la compra.

—Sí, una grande.

Anna saca una bolsa de debajo de la caja, la abre y me la deja al lado de donde tengo mis productos.

Yo empiezo a llenar la bolsa con toda la calma del mundo. Levanto la vista con disimulo y allá a lo lejos continúo viendo la silueta de Carl paseando junto a la puerta y deseándole los buenos días a la gente que él considera honrada y decente, básicamente los que huelen bien y no tienen heridas en la cara.

—Serán ochenta y cinco con siete, señor —dice Anna mientras yo termino de meter los sándwiches y el vino.

Trago saliva. Las manos me tiemblan mientras saco la cartera del bolsillo interior de mi chaqueta. Tengo los nudillos rojos e inflamados. Extraigo la

tarjeta que esta mañana me denegó el dinero y se la ofrezco con un nudo en la garganta. Imagino qué va a pasar ahora, pero aun así espero como una especie de milagro mientras pienso cuál va a ser la mejor forma de escapar.

—Me la ha rechazado, señor —dice Anna mirándome con preocupación.

—Inténtelo otra vez, por favor.

Anna repite de nuevo la operación.

—Nada. Operación denegada, ¿tiene otra tarjeta, caballero?

Yo abro la cartera. Las manos me han empezado a sudar. Las personas que estaban tras de mí en la cola se impacientan. Me miran como si yo fuese un terrorista o fuese portador de un virus mortal.

Pienso en la tarjeta que se me tragó el cajero y extraigo la única que me queda, la de crédito, aunque no sé por qué pero me temo lo que va a ocurrir, ya que está asociada a la que se perdió en el estómago de aquel cajero.

Anna espera a que el datáfono dictamine sentencia. Yo noto cómo una gota de sudor resbala por mi frente.

Anna resopla. Se agobia. Igual que los que vienen detrás. Les incomoda la situación, no saben dónde mirar. Soy como una disfunción en el sistema que hay que eliminar. Pero a nadie le gusta pulsar el botón de «enviar a».

—Denegada. Lo siento, caballero, ¿no tiene más?

Yo no sé qué decir.

—No.

—Pues entonces me temo que tendrá que dejar la compra —Me mira con tristeza. Veo en ella cierta humanidad. Condolencia.

—Anna, ¿puedo preguntarle una cosa?

No se lo espera. Abre los ojos.

—¿Cuánto cobra? ¿Quinientos, seiscientos tal vez? ¿Cree que le merece la pena?

Noto cómo su respiración se agita. Sus fosas nasales se abren y sus

párpados se retraen. Su pecho se levanta y la chapa que dice Anna brilla como un doblón de oro.

—No sé qué está queriendo decir, caballero.

—Quiero decir que me parece que en el dinero que usted cobra no va incluido arriesgar su vida por evitar que alguien que está muy desesperado se lleve una compra por un valor infinitamente inferior al de los productos que esta noche van a tirar a la basura cuando se cierren las persianas, ¿no le parece?

Veo cómo la gente que está detrás de mí en la cola se da codazos. Algunos, los que están más alejados, empiezan a mirarme sin reparo. Abiertamente y prejuizando. En cambio los que están más cerca continúan con la mirada cerca de los pies. Intuyo que a más distancia, más valiente se vuelve la gente. Así debe haber funcionado toda la santa vida.

Anna baja un poco la mirada. No sé si eso es un «corre» o un «no me haga daño, por favor, señor».

—Cuenta hasta veinte, Anna.

—¿Cómo? —pregunta ella.

—Cuenta hasta veinte y después grita, llama a seguridad o haz lo que tu corazón te diga que hagas, ¿te parece? Yo voy a salir ya. Solo quiero que me regales veinte segundos, por favor, es todo lo que necesito.

Ella vuelve a bajar la mirada y en un gesto casi imperceptible me ha parecido ver que asiente.

Yo cojo mi bolsa y me dirijo hacia la salida sin mirar atrás.

Las piernas apenas me sostienen. Se tambalean.

Veo cada vez más cerca la figura de Carl, que espera junto a la puerta.

Todavía no he escuchado ningún grito, tampoco ningún megáfono llamando a seguridad.

Llego como puedo hasta la puerta de salida y mi corazón es un repiqueteo

constante y molesto. Como ese taladro que enchufa alguien en mitad de la siesta.

Paso junto a Carl y no disimula al mirarme. Ya no tiene la mano apoyada en la porra, ahora la tiene abrazada como si fuese la palanca del cambio de marchas.

—Que pase un buen día, caballero —dice con ironía y sospecha cuando paso junto a él.

No puedo evitar detenerme. Humillado.

—Igualmente —digo mirándolo de reojo y con la velada amenaza de un «ya nos veremos».

Salgo de allí con una gran ansiedad recorriendo todo mi cuerpo y ni paro ni miro hacia atrás ni una sola vez hasta que me encuentro de nuevo en ese barrio del que me habló Conrad, el mismo al que no le gusta mucho entrar a la policía.

Una vez allí, busco una calle oscura y tranquila, me siento en el suelo. Y rompo a llorar con todas mis fuerzas.

Estoy cansado. Muy cansado. Y todavía no he hecho lo más importante.

Apenas un minuto después me digo que ya está bien, que tengo que seguir ya.

CAPÍTULO 8

Viaje al Bronx

Me cambio de ropa en la oscura calle en la que me encuentro sin importarme nada si alguien me ve o no. Al quitarme la camisa observo por primera vez la fea mancha que ha aparecido en uno de mis costados. Cameron debió romperme al menos dos o tres costillas con el bate. Tengo una extensa zona color rojo frambuesa con un montón de puntos color violeta. Está caliente y ligeramente abultada. Duele. Al igual que la brecha de mi cabeza, el golpe en el brazo y los puñetazos en mi cara.

Saco la caja de metamizoles inyectables y descubro que se me olvidó comprar jeringuillas. Solo están las ampollas de cristal. Cuatro en cada caja. Abro una y me hago un pequeño corte en el dedo índice. Me la bebo de un trago y el resto me los guardo en un bolsillo interno de la chaqueta. El sabor es amargo.

Una vez he terminado de medio arreglarme, me como un sándwich y le doy unos cuantos tragos a la botella de vino barato.

El metamizol empieza a hacer efecto. Aunque la sensación de dolor amortiguado no es ni de lejos parecida a la que me produjo el fentanilo de Miguel.

Miro el reloj. Son las tres y media. En estos momentos pienso que no me va a dar tiempo a todo y eso me altera. Todavía tengo que ir a ver a mi hija, a mi hijo, a mis padres y a mi ex mujer. Y la idea era también hacer unas cuantas preguntas para saber exactamente quién fue el que me jodió, el que me metió en toda esta mierda, pero me temo que es posible que a eso ya no me dé tiempo. Me invade una ola de pesimismo.

Odio hacer planes y que al final no pueda llevarlos a cabo por falta de organización, de previsión. El día de hoy está resultando ser como un reflejo de lo que ha sido toda mi vida. Planifico, organizo y cuando me dispongo a ejecutar el plan, me doy cuenta de que o bien he fallado al realizar mis cálculos o bien no soy para nada efectivo ni eficiente, porque no suelo pasar nunca de la primera o la segunda base. El caso es que toda la vida lo he dejado absolutamente todo a medias, y al parecer hoy no va a ser distinto.

Me pongo en marcha.

La próxima parada será ir a ver a mi hijo Connor. Hace mucho tiempo que no lo veo y no sé cómo me voy a despedir de él sin que perciba de algún modo que hoy va a ser la última vez que nos veamos. Tampoco sé ni tan siquiera si querrá recibirme.

Localizo la estación de metro más cercana y entro. Él vive a las afueras de la ciudad con Andrea, su pareja.

El ajetreo de personas yendo y viniendo hace que me maree un poco. Son como un montón de hormigas cuando algo las asusta y se rompe la fila.

Veo los tornos de entrada y las máquinas expendedoras de billetes. Yo me echo mano al pecho para localizar mi cartera pero rápidamente recuerdo que no tengo ni una sola moneda. Lo cierto es que no sé por qué, pase lo que pase, no he considerado ni por un momento deshacerme de la cartera, me parece que ya va siendo hora de, tal y como tuve que hacer con el móvil, deshacerme de ella para siempre. En estos momentos no tiene ningún valor para mí. Tarjetas de identificación con su propia fecha de caducidad que te sitúan en una época y en un lugar durante un tiempo determinado, tal vez incluyan también una «pertenece a». Me digo que no somos mucho más que uno de esos miles de productos que venden en las estanterías de Costco Wholesale y que tarde o temprano alguien tendrá que reciclar. Luego pienso que al menos una de esas tarjetas de identificación me hará falta de algún modo cuando coja el vuelo

que tarde o temprano tendré que coger hoy. Eso si no aparece en las pantallas de los ordenadores de los trabajadores algo así como «persona en busca en captura, llamen inmediatamente a la policía».

Veo a una mujer que va hablando con el manos libres de su teléfono móvil y mi pego a ella. Tacón alto y paso rápido. Puro nervio. Cero por cien materia grasa.

Agacho la cabeza y me cuelo detrás de ella cuando pasa a través del torno. Pero me es imposible no tropezar con ella, que trastabilla y a punto está de caer. Se gira, llena de ira, y me aniquila con la mirada.

—Lo siento. He tropezado sin querer —Le digo.

Ella junta los labios y aprieta las mandíbulas. Me observa durante milésimas de segundo como si yo fuese de una raza o una especie muy inferior, me mira desde arriba. Al final parece decidir que soy tan pequeño que ni tan siquiera merece la pena el decirme algo, se da la vuelta y sigue con su propio camino.

—No era nada, uno de esos idiotas que no sabe ni andar sin tropezar — Escucho cómo dice la mujer con la que acabo de chocar mientras se aleja.

En parte me enfurece y en parte me digo que puede que tenga algo de razón y que en esta vida no haya hecho otra cosa que tropezar una y otra vez.

Espero a que llegue mi tren y cuando lo hace localizo el vagón menos concurrido, aunque por desgracia no sé si existen los vagones poco concurridos en el metro de Nueva York.

Me afano por encontrar un asiento libre, pero me resulta imposible, así que voy de pie, como casi todo el mundo. Enganchado a una barra de acero. Parecemos cabezas de ganado.

El tren tardará aproximadamente una hora desde Queens hasta llegar al Bronx, que es dónde vive mi hijo. Una inmensidad de tiempo que no tendría que perder si hubiese tenido un coche. Me digo que cuando llegué allí tendré

que conseguir como sea algún tipo de vehículo porque no puedo permitirme perder tanto tiempo otra vez.

Al menos dispongo de algo de tiempo extra para pensar en unas cuantas cosas. Planificar, organizar y ejecutar. Pero solo el pensar en organizar y echar cuentas de las pocas horas que me quedan no hace otra cosa que aumentar la opresión que siento en el pecho desde hace tiempo y más concretamente desde esta mañana.

Me pregunto de nuevo a mí mismo por qué solo veinticuatro horas de vida, por qué tan poco tiempo, cómo he llegado a esto. Podrían haberme dado algo más. Tengo claro que era o yo o mi familia y que ante esa tesitura no había nada que negociar. Y también tengo claro que ya no hay marcha atrás. Que mañana a primera hora de la mañana, será mi final. Lo que aún no termina de quedarme claro es quién me empujó hasta esta situación, quien ha pulsado el botón «enviar a». Pensé que mi amigo Ron podría saber algo, tampoco le he preguntado, pero no ha hecho falta, conozco a la perfección su mirada.

La lista de posibles candidatos es pequeña. Lo que hago es pensar solo en aquellos que puedan tener o un motivo económico o uno sentimental o pasional, dado que tal y como se dice y como yo mismo pienso, pueden constituir las razones con la fuerza suficiente para llegar hasta el extremo de acabar con la vida de una persona.

Está Richard LeBlanc, mi ex amigo y ahora el que ocupa mi antiguo puesto en Bread&Sugar, pero en cuanto lo he visto me he dicho que su traición ha sido de otro tipo.

Está Chris Niegel. Él es uno de los grandes candidatos. El mejor colocado en la rampa de salida. Conocí a Chris cuando las cosas se empezaron a torcer con Rachel. Chris era una de esas personas que te arrastran a hacer cosas malas, cosas de las que te arrepientes. La mala influencia. A Rachel nunca le gustó y no tuvo reparos en decírmelo a la cara desde el primer

día.

«Tu amigo Chris no me gusta nada, Dylan, y me gustaría que no salieses más con él».

Chris fue quien me dio a conocer los mejores bares de copas y también las mejores fiestas de la ciudad. Con él empecé a beber más, a salir más y a decir más cosas de las que más tarde arrepentirme. Y por supuesto, empecé a gastar mucho más dinero y a pasar menos tiempo con mi familia.

Supongo que pensé que él era como una válvula de escape. Lo que no imaginaba es que esa válvula me iba a lanzar directo a la estratosfera.

Luego tratamos de hacer algún que otro negocio juntos y al final las cosas acabaron por torcerse. Yo me sentí estafado por él y él estafado por mí. Hasta hace bien poco él seguía amenazándome con que algún día se cobraría lo que supuestamente yo le debía, ya que yo nunca estuve dispuesto a pagarle nada.

Así que Chris puede ser un firme candidato a ser esa persona que no me quiere ningún bien.

Intentaré hablar con él en algún que otro momento del día.

Otra de las opciones que se me han cruzado por la cabeza es John Inx, el novio de mi hija Camila. Por razones obvias. Yo nunca lo tragué y él nunca me tragó. Confrontación y antipatía pura. Natural. Lo cierto es que le hice unas cuantas putadas, pero no sé si lo suficientemente graves como para que él quisiera deshacerse del padre de su futura mujer. Aunque supongo que puede servir de atenuante decir que le hice dichas putadas cuando empecé a saber cómo era, los locales que frecuentaba y cómo trataba a las mujeres con las que se juntaba. A John si espero verlo más tarde y poder tener unas palabras cara a cara. Mirarlo a los ojos y saber quién es él en realidad y qué quiere de mi hija.

También está Rob Baker. Compañero de trabajo de Rachel y amigo de toda la vida. Siempre se vio a las claras que él estaba enamorado de Rachel y

que nunca me soportó. No llevó bien que saliese conmigo, que Rachel no lo dejase conmigo cuando yo empecé a hacer cosas raras. Él era como el confesor de Rachel, su pañuelo, y decir que me odia a muerte se aproxima bastante a como se debe sentir cuando piensa en mí.

La última persona que incluyo en la lista es Laura Winter. Una mujer que sin ir más lejos vi ayer cuando trató de nuevo establecer contacto conmigo, a pesar de las muchas veces que le he dicho que lo nuestro se acabó. Con ella no jugué como con Jennie, no de la misma manera, nunca tuvimos nada en el plano físico, aunque no puedo decir lo mismo del plano sentimental. Fue a través de las redes sociales. Una relación virtual. Yo me di de alta en alguna que otra red social cuando empecé a no soportar mi vida. Cuando empecé a no estar contento con nada de lo que tenía. Con ella podía hablar de cosas que con Rachel no podía, o al menos eso es lo que yo creía. Laura era esa parte salvaje y atrevida que le faltaba a mi mujer. Esa chispa. Descarado. Esa mujer que entiende tus quejas, tu tristeza y tu depresión por vivir la vida que poco a poco te has ido construyendo tú mismo. Que no te riñe ni te amenaza con tirarte de casa cuando bebes y sales más de la cuenta. Podría decirse que ella era esa persona que, cuando te das cuenta de que el cuadro que llevas media vida pintando no te gusta, te anima a empezar uno nuevo.

Pero las cosas no fueron exactamente como yo pensaba. Laura empezó a exigirme más. Más tiempo de conexión. Más intimidades. Más promesas y más compromiso. Más dosis de realidad. Y si no...

Se enfadaba.

Y cuando le dije que había descubierto que la solución a mis problemas con mi mujer, familia y vida en general no era borrarlos y poner en su lugar a otra mujer, se enfadó mucho.

Y armó un buen follón en las redes.

Nunca me ha cabido la mejor duda de que Laura siempre ha permanecido

entre las sombras para de algún u otro modo, acabar conmigo para siempre. Exactamente igual que hizo ayer mismo, más desesperada que nunca por hablar. Algo que yo le negué con rotundidad.

Ya falta poco para llegar.

Casi una hora de pie. Miro a mi alrededor y veo gente cabizbaja y gente que va con la cabeza alta.

Teléfonos móviles. Mochilas a la espalda. Bolsos de piel. Maletines. Tabletillas. Ordenadores portátiles. Libros electrónicos. Relojes inteligentes. Bolsas de la compra. Todos se aferran a sus pertenencias como si en ellas estuviese contenida su propia alma.

En cuanto me relajo un poco y congelo momentáneamente todos esos pensamientos que absorben toda mi atención, percibo esa extraña sensación de que alguien te está observando. Miro a mi derecha y a lo lejos, a un par de vagones más allá, veo a un hombre de piel negra que está leyendo un periódico mientras intercala miradas constantes hacia donde yo estoy, hacia mí, concretamente. Él sí ha encontrado un asiento libre.

Me digo que puede que sean imaginaciones mías, que ese hombre no está vigilándome ni mirándome a mí de entre tanta gente. Miro al suelo, hacia mi izquierda, a la señora de etnia gitana que tengo delante y que se balancea como si estuviese en trance, y después vuelvo a mirar hacia mi derecha, hacia el hombre negro. Ha guardado el periódico y ahora ya no intercala miradas, ahora toda su atención es para mí. Me mira directamente a los ojos. No lo reconozco. Aunque su cara me suena de algo. Sus facciones se endurecen. El rictus de sus labios se retuerce. Arruga un poco la frente. Él sí parece saber quién soy yo y que eso le haya puesto de muy mal humor. De pronto se levanta y se dirige hacia mí. Esto no me lo esperaba. No me gusta cómo me mira ni cómo se mueve. Hostilidad. Aparta a las personas que se interponen en su camino con dureza, como si fuesen las ramas de un árbol en mitad de la selva.

No me apetece saber ni quién es ni qué quiere, me da muy malas vibraciones. Me levanto y me pongo a andar hacia la otra dirección, hacia mi izquierda. Es difícil caminar por el interior de un vagón de metro cuando está tan lleno de gente. Tropezco y aparto a la gente a mi paso pidiendo continuamente perdón.

—Eh, mira por dónde vas —dice un joven con cara de mal genio.

—Perdón.

Continúo apartando gente. Les cuesta moverse. Algunos incluso parece que se aferren más a donde están y se resistan a dejarme pasar. Es como si no quisiesen perder ni un centímetro de su posición en el espacio tiempo. La preservación del territorio, supongo.

Miro hacia atrás y el hombre negro continúa directo hacia mí.

No sé qué voy a hacer cuando llegue al último vagón.

Aunque sí veo lo que está ocurriendo unos metros más allá. El revisor está pidiéndoles a los pasajeros que le enseñen su billete. Y yo no tengo billete.

El metro coge una curva y todos nos quedamos quietos unos segundos, aferrados a los asideros de metal.

Miro hacia atrás y el hombre negro está cada vez más cerca.

Yo voy directo hacia el revisor, que ya ha reparado en mi presencia, en mi apresurado paso a través de la maraña de gente. Parece estar esperándome para pedirme el billete. Debe pensar que yo soy el que le va a animar la mañana.

Escucho la voz sintética que anuncia la próxima parada, mi parada. No sé cuánto tiempo falta. Segundos, imagino.

Continúo avanzando y llego hasta donde está el revisor. Intento pasar de largo pero él se apresura a comprobar el billete que tiene en las manos y se gira hacia mí justo antes de que pase.

—Caballero, puede mostrarme su billete, ¿por favor? —dice con sobriedad.

—Un momento —digo mientras me echo mano a los bolsillos del pantalón y a los de la chaqueta. Trato de hacer tiempo.

—Caballero, ¿ha comprado usted un billete? —pregunta arqueando las cejas. Sabe que no.

—Lo he comprado, pero no lo encuentro, lo siento —digo mientras me giro y veo al hombre negro casi llegando a donde yo estoy.

Tengo que evitar que llegue hasta mí.

—Lo siento, me bajaré en la próxima parada —Le digo al revisor con la intención de que me deje ir.

Él sonríe con sarcasmo mientras saca un pequeño talonario.

—No es tan sencillo, caballero. Usted no puede salir si no es con un billete y yo no puedo dejarle ir si no es con una multa. ¿Lo entiende? —Arquea de nuevo las cejas como si estuviese hablando con un idiota.

—Lo siento, pero tengo que marcharme ya —Es lo primero que se me ocurre.

Necesito avanzar hasta el último vagón y rezar para que lleguemos antes a la parada del Bronx y me pueda bajar antes de que me alcance el hombre negro.

Pero cuando me dispongo a caminar el revisor me sujeta por un brazo. Y aprieta fuerte.

—Lo siento, caballero, le digo que no puede irse. Muéstreme su identificación si es tan amable —Me mira directamente a los ojos y puedo imaginarme lo que está pensando. No le gusto, debe pensar que soy como un parásito intestinal al que no se puede obviar, se ha de eliminar.

El hombre negro se acerca aún más.

La voz sintética anuncia que el tren con destino al Bronx está a punto de

llegar.

No pienso, actúo haciendo uso de mi única opción. Le doy un fuerte empujón al revisor y no cae al suelo porque la gente que hay detrás lo sujeta. Pero lo he desplazado un metro y medio y he conseguido que me suelte. En sus ojos percibo sorpresa. Se empieza a escuchar el griterío de la gente. Siempre lo hacen cuando hay pelea.

Me pongo en marcha para salir de allí y escucho cómo el revisor me grita. Rabia. Antes de poder girarme noto cómo me empujan por la espalda. Me voy directo contra un hombre de aproximadamente mi edad y nos vamos los dos al suelo desplazando a un montón de gente más. Yo he quedado encima de él, que se asusta y grita. Su cara a centímetros de la mía.

Unas manos sobre mi espalda. Tiran con fuerza de mi chaqueta para levantarme. Son como el brazo mecánico de una grúa. Me ponen en pie con una fuerza asombrosa. Veo de nuevo cómo se aleja el rostro del hombre junto al que acababa de caer.

De nuevo el revisor, que ahora lo veo más como esa facción de la sociedad que no quiere que nadie se salga del cercado, por mucho que sepan que el cercado no es más que una mentira, un engaño.

Se pone en guardia y me reta a pelear. La cara roja y las venas hinchadas. No entiendo nada. Su reacción es desproporcionada, aunque también es cierto que no lo conozco de nada y a lo mejor es su reacción natural. Por detrás de él veo al hombre negro, furioso, trata de apartar a dos señoras que no quieren perderse nada de lo que suceda. El tren avanza. Algunas personas, las más cercanas, tratan de apartarse para hacernos hueco, un ring de combate improvisado. Mentalmente hacen puestas. Por sus caras puedo imaginarme que desean que yo pierda. Soy el que quiere salirse del cercado, su cercado. Y eso no les gusta. O salimos todos o ninguno, deben pensar.

Tengo que escapar como sea.

Veó la palanca roja del freno de emergencias y tiro de ella con todas mis fuerzas. Siempre he querido tirar con fuerza de ella.

Me decepciona.

Yo esperaba un frenazo en seco. Pero no.

El tren no se detiene, aunque sí se quedan todos quietos al escuchar la estruendosa bocina que empieza a sonar. En realidad no es un freno, es una alarma. Pulso un par de veces más y el sonido vuelve a dejarnos a todos medio sordos. Ahora sí, el tren se empieza a detener.

El repentino cambio en la velocidad del convoy hace que algunas personas pierdan el equilibrio. Un hombre con sombrero y bastón se va encima del revisor, que se desestabiliza.

El tren se detiene por completo y las puertas se abren. Desconcierto. De pronto todos quieren salir y eso hace que se empujen entre ellos y que todo se vuelva más caótico.

Observo que ya estamos en el andén de la estación del Bronx.

Salgo por una puerta pero alguien me zancadillea a los dos metros. Maldigo. Caigo de bruces y escucho cómo las ampollas de metamizol se rompen en el interior de mi chaqueta, a la altura de mi pecho.

Me doy la vuelta y veo de nuevo al revisor que se agacha para volver a levantarme. No está dispuesto a dejarme ir. Suelto una patada con fuerza que va directa hasta sus testículos. Su cuerpo se inclina hacia delante y un impulso primitivo hacen que me levante con rapidez y lo coja por el cuello y la cabeza, lo empujo con fuerza contra una papelera. Él está algo aturdido y no puede evitar estrellarse contra ella y caer al suelo abrazado al cubo de basura.

Veó cómo patalea para intentar levantarse. Pero se resbala continuamente. Debe estar todavía más enfadado. Salgo de allí corriendo. Atravieso los túneles guiándome por la dirección que sigue la mayoría de personas.

Subo unas cuantas escaleras.

Choco contra varias personas. Algunas me gritan y otras tratan de devolverme el empujón, pero yo no me detengo.

Me siento acorralado. Como en una madriguera con una única salida.

Veo los tornos giratorios y justo cuando estoy a punto de saltar, noto cómo alguien me agarra con fuerza de mi brazo derecho.

El hombre negro.

Me mira muy serio.

Un segundo de silencio.

Respira con fuerza.

—Solo quería recordarte que no intentes nada raro, mañana a las ocho de la mañana tendrás que presentarte. Lo tienes claro, ¿verdad? Solo veinticuatro horas, eso fue lo que te concedieron y te aseguro que es bastante más de lo que le dan a la mayoría. Pero ten en cuenta que si te pasas de la raya, esas veinticuatro horas se podrían acortar, ¿lo tienes claro? —Vuelve a repetir.

Su mirada es intensa. Sus ojos, oscuros como la noche. Miedo. No sabía que las veinticuatro horas podrían menguar, ser menos. Pero no es momento ni lugar para discutir los términos y condiciones del contrato.

—Sí, lo tengo claro.

—El Bronx está bien, no es mal barrio si sabes por dónde moverte, pero no intentes irte mucho más allá. Recuerda que te estamos vigilando y que antes de las ocho de la mañana tendrás que regresar y entregarte. No te alejes mucho, porque podrían pasar cosas malas.

Me suelta y yo veo cómo a unos diez metros, el revisor acompañado de dos vigilantes de seguridad me acaban de localizar. Aceleran el paso. Corren como si fuesen perros de presa bien entrenados. No sé qué quieren realmente, tal vez devolverme todos los golpes que la vida les ha dado. La gente siempre anda buscando a alguien con quien vaciar sus miedos y sus frustraciones. Y hoy yo soy ese alguien.

Salgo corriendo y en cuanto llego a la superficie respiro con todas mis fuerzas y empiezo a callejear hasta que las piernas me fallan. Me digo que en el metro se respira un ambiente insano. Todos esos túneles enterrados bajo nuestras calles son como los intestinos de nuestra podrida civilización. Por donde circula la mierda.

Pienso en las palabras del hombre negro y en su extraña presencia. No tenía ni idea de que me vigilaran tan de cerca.

Vací los cristales de las cápsulas de metamizol de mi chaqueta y me quedo observando la mancha de humedad que han dejado en la zona del pecho.

Me enciendo un cigarro mientras trato de recuperar el aire.

Me duele todo.

Y ya son casi las cinco de la tarde.

CAPÍTULO 9

Todos miran, pero nadie hace nada

Apenas recuerdo cuándo fue la última vez que estuve en el Bronx, creo que fue hace un año o año y medio aproximadamente, cuando mi hijo se mudó aquí con Andrea. Le dije que no me gustaba el barrio, pero él no me hizo caso. Tal vez si le hubiese dicho que sí me gustaba hubiese hecho lo contrario.

Pregunto un par de veces por su dirección y las indicaciones que me dan son muy vagas, aunque al menos sí saben decirme más o menos hacia donde caminar.

Atravieso unas cuantas calles y me da la impresión de estar metiéndome cada vez más en la boca del lobo. En esa fea y peligrosa zona del Bronx. Todo se oscurece y el trasiego de gente se vuelve más raro. Más sospechoso. Estoy empezando a pensar que las indicaciones que me han dado no eran más que una trampa.

Hay gente en los portales que me miran al pasar. No hacen nada aparte de observar, fumar, beber y escuchar música Rap. Yo agacho la cabeza y me ajusto un poco la gorra de Conrad. Una niña de unos siete años pasa junto a mí en una vieja bici con flecos rosas a ambos lados del manillar. Me pregunta si tengo algo de dinero para darle.

Me echo las manos a los bolsillos pero no tengo nada, ni una sola moneda. Todavía no me he acostumbrado a estar siempre sin blanca.

La niña tiene la cara sucia y hambre en la mirada.

—Lo siento, no tengo nada.

—Por favor, tengo hambre —Insiste.

—Lo siento, de verdad, no tengo nada.

La niña se enfada y se pone a llorar cruzando los brazos a la altura de su cara. Veo que tiene un pequeño tatuaje en su antebrazo derecho con una sola letra, la uve doble. Ni idea de lo que significa pero intuyo que nada bueno.

Yo dudo entre si consolarla o seguir caminando. Está empezando a llamar la atención. Veo que se asoman un par de personas por unas ventanas. Miran a la niña y me miran a mí. Una mujer de raza negra abre la puerta de una casa cercana, me mira con seriedad y la vuelve a cerrar con fuerza. Escucho cómo llama a gritos a alguien.

Decido salir de allí a toda prisa antes de que la cosa se ponga peligrosa. No me apetece averiguar en estos momentos quién es el padre o la madre de la niña. Ni qué significa la uve doble de su antebrazo.

Tuerzo por un par de calles y me desoriento ligeramente.

Veo a un anciano y le pregunto por la dirección de mi hijo. Lleva un gorro rojo y está apoyado en un ventanal.

Tiene los ojos apagados.

Huele mal.

Al menos sí parece que él sí sabe dónde está y me indica cómo llegar.

Apenas a un par de calles de la casa de mi hijo, veo algo que me hace parar. Algo que por lo visto está pasando desapercibido para la mayoría.

En un pequeño callejón lleno de humedades y restos de basura, veo a un chico de unos dieciséis o diecisiete años metiéndole mano a una chica que debe de tener su misma edad o tal vez un poco menos.

Ella grita que la suelte, que le está haciendo daño.

Él tiene metida una mano por el interior de su pantalón y con la otra aprieta su cuello. Intenta besarla mientras con la mano que tiene metida en su pantalón, a la altura de sus partes íntimas, empieza a hacer movimientos bruscos arriba y abajo. Y no para de decirle cállate, cállate. Y ella grita cada vez con más fuerza.

Veó que pasa gente cerca de mí y que no se detienen en absoluto. Es como si yo fuese el único que está presenciando un terrible abuso, una violación.

—Que te calles, he dicho —dice el chico levantando más la voz y dándole a la chica un fuerte tortazo que hace que se le gire la cara por completo. Ella suelta un grito ahogado y a continuación empieza a gimotear.

No puedo evitar acercarme. El chico acaba de romperle de un tirón la camiseta y la ha dejado con el sujetador a la vista. No es más que una niña. La otra mano todavía la tiene metida en el interior de su pantalón y aprieta con mucha fuerza. Ella llora en silencio.

—Suéltala ahora mismo —Le digo cuando estoy a tan solo un metro de él. Se gira perplejo y frunce el ceño. Tiene una enorme cicatriz en el contorno de uno de sus ojos. La cara llena de poros.

—¿Tú quién coño eres? Lárgate de aquí y no te metas en mis asuntos, viejo, si no quieres que te pegue un tiro.

La chica ha intentado zafarse aprovechando mi llegada, pero el chico la abofetea con más fuerza y le parte el labio. Sangra. A ella se le escapa otro gemido. El chico le da un nuevo bofetón y el ruido retumba en las paredes del callejón.

Miro a mi alrededor y trato de localizar algo con lo que poder golpear. El ponzoñoso callejón en el que me encuentro está lleno de desperdicios, restos de comida y charcos de aguas residuales.

Sonríó al ver la parte final de un tubo de escape entre dos bolsas negras de basura. Lo cojo con fuerza.

—Eh, valiente, ¿por qué no te atreves conmigo? —digo con el tubo de escape sujeto con las dos manos como si fuese un bate de béisbol.

El chico se gira y en cuánto es consciente de lo que tengo en las manos y de lo cerca que estamos, suelta a la chica y se echa una mano a la espalda. Es rápido. Pero antes de saber qué es lo que va a sacar lo golpeo con fuerza en la

cara. Aunque mi propio miedo hace que el impacto se haya retenido un poco al final.

Él se queda aturdido durante una fracción de segundo. A la altura de su pómulo se puede ver la fea herida que le he hecho. Empieza a sangrar. La chica se lleva las manos a la boca.

Voy a soltar un segundo golpe pero él lo para con su brazo izquierdo, aprieta los dientes y se echa de nuevo la mano derecha a la espalda. Saca una pistola. Me asusto. La chica grita al ver cómo brilla la superficie cromada. Las piernas me empiezan a temblar de forma escandalosa.

Vuelvo a cargar el tubo de escape y el chico aprieta el gatillo sin dudar, apuntando a mi pecho. Pero ha olvidado quitar el seguro, y yo percibo que aquello es una especie de milagro. Nunca antes había sentido que mi corazón latiese con tanta fuerza.

Dejo caer el tubo de escape sobre su cabeza y le abro una buena brecha. Se tambalea. La chica no para de gritar. Yo aprovecho su aturdimiento para darle de nuevo en la cara, el chico cae de rodillas, ahora sí parece estar en mal estado, pero aun así no suelta la pistola. Yo cargo de nuevo el brazo, pero algo me detiene.

—¡No! —grita la chica llorando—. ¡Vas a matarlo!

Yo la miro y apenas medio segundo después se escucha un disparo.

Mierda.

Me ha dado.

Bajo el tubo con fuerza en un acto reflejo y lo estrello de nuevo contra el centro de su cabeza. Ahora sí cae hacia atrás, pero todavía se mueve. Le doy uno, dos golpes más. Ahora sí parece estar inconsciente. Empieza a convulsionar. Y la sangre no para de manar. Lo cierto es que a pesar de lo que estaba haciendo y de que me ha disparado hasta en dos ocasiones, me asusto y siento miedo por lo que le pueda pasar. No soy ningún asesino. No soy yo que

quiere apretar el botón «enviar a».

La chica se ha quedado muda durante unos segundos, pero enseguida empieza de nuevo a gritar al ver el enorme charco que se está formando alrededor de la cabeza del chico que la estaba violando.

Tiro el tubo a un lado y me miro el abdomen. Me ha dado en un lateral. El fino suéter se empieza a llenar de sangre. Mi primera impresión es que no parece grave.

Empiezo a escuchar las sirenas de los coches de policía acercándose. Alguien debe de haber llamado al escuchar el disparo.

Yo me asusto. La chica está completamente paralizada. Creo que acabo de matar a una persona.

Las manos me tiemblan y el pulso se acelera.

Me agacho y cojo la pistola del chico. No sé por qué pero creo que a partir de ahora estaré mejor con un arma encima. Me la guardo detrás del pantalón y me acerco a la chica.

—Eh, ¿te encuentras bien? —pregunto entre jadeos.

Lleva los ojos perfilados y los labios mal pintados. Trata de parecer una mujer mayor pero la piel de su cara y la luz de sus ojos son solo los de una niña. Los de una niña asustada descubriendo el feo mundo en el que vive.

No responde.

—Mira, yo acabo de meterme en un buen lío, ese de ahí puede que no se levante más, de todas formas no era muy buena gente, como tú misma acabas de comprobar. Voy a tener que irme ya. Tú haz lo que quieras, pero te recomendaría que hicieses lo mismo si no quieres problemas. Si la gente del chico se entera de que ha muerto a manos de alguien que te estaba defendiendo, puede que quieran hacerte responsable a ti también.

Ella abre mucho los ojos. Aterrada.

—Eh —Le digo sujetando su cara por la barbilla—. Ya tendrás tiempo de

llorar y de lamentarte, pero ahora es mejor que salgas de aquí ya y que si puede ser, trates de evitar a partir de ahora a personas como esa que está ahí tirada en el suelo. ¿Me entiendes?

Ella asiente secándose las lágrimas.

—Pues ahora corre.

Yo salgo de allí corriendo y veo que la chica sale tras de mí.

Apenas un par de manzanas después yo le digo que es mejor que nos separemos. Ella no responde, está en shock. Pero parece entender que no hay otra opción.

Cruzo un par de calles y llego a la casa de mi hijo.

El sonido de las sirenas policiales, cada vez en mayor número, continúan escuchándose a lo lejos.

CAPÍTULO 10

Andrea

Me abre la puerta Andrea, la pareja de mi hijo Connor. Me quedo totalmente sorprendido al verla con un bebé entre los brazos. Mi corazón acaba de dar un frenazo. Derrapa.

—¿Dylan? —pregunta Andrea.

—Hola Andrea, ¿es ese...?

—Sí, este de aquí es tu nieto —dice ella con acritud mientras lo mece un poco— ¿Qué quieres?

A mí se me empaña la mirada. No tenía ni idea. No sabía ni que mi nuera estuviese embarazada. Tampoco que quisiesen ser padres tan jóvenes. No entiendo cómo mi hijo ni siquiera me ha dicho que ha sido padre. ¿Tan poco significativo ya para él?

—¿Puedo pasar?

Andrea se balancea rítmicamente sobre sus caderas. Trata de dormir al bebé, algo inquieto. En su cara se dibuja una mezcla entre la preocupación y la contrariedad.

—Andrea, ¿ocurre algo? ¿Está Connor en casa?

Ella hace una mueca con los labios y del fondo de sus párpados emergen un par de lágrimas.

—Pasa.

Cierro la puerta tras de mí.

Metó una mano en mi costado y palpo inconscientemente la herida de bala. Más que doler, escuece.

Es una vivienda humilde. Llena de trastos por todos lados. Mal ventilada.

Sigo a Andrea hasta el salón, que se sienta en una mecedora. El bebé parece que se tranquiliza un poco.

—¿Podría utilizar el baño un momento? —pregunto con el fin de revisar mi herida sin llamar la atención.

—Sí, en el pasillo, la primera a la derecha —Ella responde sin mirarme mientras trata de meterle el chupete en la boca a su hijo.

—Gracias.

Entro al baño y me aseguro de cerrar el pestillo. Me abro la chaqueta mientras ruego internamente para no encontrarme con nada raro ahí abajo. Ninguna víscera colgando ni ningún agujero del tamaño de una moneda.

Suspiro aliviado al descubrir que la bala solo me ha rozado. Incluso sonrío. Pienso que justo cuando estoy a punto de morir es cuando empiezo a tener buena suerte. Aun así la bala ha dejado a su paso un surco de casi un dedo de profundidad. De hecho sangra bastante. Pero no hay vísceras dañadas ni balas que extraer. Solo me falta un trozo de piel.

Veo que tras el espejo del cuarto de baño se esconde un pequeño botiquín. Saco una botella de alcohol y un paquete de algodón. Arranco un buen pedazo y me aseguro de dejarlo bien empapado. Sin pensarlo ni un segundo lo pongo sobre mi herida y casi instantáneamente, el intenso dolor me arranca un fuerte grito que no tengo tiempo de evitar.

—¿Va todo bien por ahí, Dylan? —pregunta Andrea desde el pequeño salón.

Yo suspiro mientras siento cómo el dolor empieza a mitigar. Gotas de sudor. Bajón de tensión.

—Sí, todo bien, enseguida salgo, Andrea —respondo tratando de transmitir tranquilidad. Mi rostro se ha puesto color arena del desierto.

Vuelvo a limpiar la herida y esta vez consigo no soltar ningún grito, pero aprieto tan fuerte los dientes que me hago daño en uno de ellos. Me acabo de

partir una corona o algo así.

Para acabar, hago una buena pelota de algodón y me la pego sobre la herida, la adhiero a mi piel con un montón de esparadrapo. Me lavo bien la cara y las manos y recojo cualquier resto de sangre. Todo a la taza del váter. Tiro de la cadena y salgo mostrando mi mejor cara. La gorra todavía puesta. La cara todavía húmeda y el congestionado ambiente del pasillo refrescando mis facciones.

Andrea aún no ha conseguido dormir al bebé, pero poco le falta. Supongo que mi grito en el baño no ha ayudado.

—¿Cuánto tiempo tiene? —pregunto mirando a mi nieto. Me recuerda muchísimo a mi padre, sobre todo en la forma de la barbilla. Cuadrada. Me pregunto si él tampoco sabrá que ha sido bisabuelo o yo soy el único de la familia al que han decidido no darle la noticia.

—Acaba de hacer cuatro meses —dice Andrea mirando a su hijo a los ojos.

Se produce un silencio molesto. De pronto reparo en que no he visto a Connor por ningún sitio. Tal vez esté trabajando.

—¿Dónde está mi hijo, Andrea? ¿Dónde está Connor?

Ella levanta una mirada llena de pavor y veo cómo le empiezan a temblar los labios. A punto de romper el llanto.

Me estremezco.

—Por favor, Andrea, me estás preocupando, ¿le ha pasado algo a Connor?

Ella me vuelve a mirar y su boca dibuja un arco hacia abajo. Asiente con la cabeza. Las lágrimas brotan de sus ojos en medio de un aterrador silencio.

—¿Qué es lo que ha ocurrido, Andrea? Por favor, ¿dónde está Connor ahora?

Me está poniendo muy nervioso. Su silencio.

Ella se levanta y deja al bebé en la cuna, parece que se ha dormido. Se lleva una mano al pecho y se hace aire con la mano. A continuación se enciende un cigarro y me tiende el paquete. Veo que es tabaco de contrabando tratando de imitar una conocida marca. Me enciendo uno. Sabe a rayos.

—Anoche —dice por fin tras calmar un poco sus nervios—. Vinieron a buscarlo los hermanos Rugieri, de la avenida Westchester. Les debíamos bastante dinero y anoche se presentaron aquí y se llevaron a Connor, dijeron que me lo devolverían en unas horas, que solo querían hablar... pero todavía no he tenido noticias tuyas —Andrea rompe finalmente a llorar y yo la recojo entre mis brazos. Tiembla.

—Escúchame un momento, Andrea, ¿has llamado a la policía? ¿Has tratado de llamarlo a él o a otra persona?

Ella mueve el cuello a izquierda y a derecha. Está emocionalmente deshecha. Yo siento una ansiedad en el pecho como nunca antes había sentido.

—¿Tienes teléfono móvil, Andrea? —En estos momentos siento una rabia y una furia tan intensas que nublan completamente mi juicio.

—Sí.

—Préstamelo un momento, por favor.

Lo tiene encima de la mesa. Antes de dármelo comprueba si tiene notificaciones. Instinto.

—¿Qué vas a hacer? —dice preocupada—. Connor tiene el teléfono apagado desde anoche, y si envías a la policía a casa de los Rugieri... lo más probable es que no se lo tomen muy bien, aparte de que ni siquiera los dejarán entrar.

Ella lo ve todo negro, sin solución aparte de llorar y esperar, y lo cierto es que en parte tiene razón.

—¿Los conoces? A los Rugieri, quiero decir.

Andrea mueve el cuello arriba y abajo. Consciente del lío tan grande en

el que se han metido.

—¿Son muy peligrosos? ¿Se puede hablar con ellos?

Ella mueve el cuello a izquierda y a derecha y rompe de nuevo a llorar. Me está poniendo muy nervioso.

Busco el número de mi hijo en la agenda telefónica de Andrea y efectivamente, no da tono. Está apagado. Pienso.

—Dios mío, Andrea, ¿pero se puede saber por qué les pedisteis dinero a esa gente? ¿A cuánto asciende?

Ella llora con fuerza y mira para ver si ha despertado a su bebé. Por suerte todavía duerme y no se ha unido a la fiesta.

—Andrea, por el amor de dios, deja de llorar por un momento, ¿a cuánto asciende? —No puedo evitar zarandearla por los hombros para que se centre y deje de llorar por un instante. Ella me mira asustada.

—Tres mil...

Yo navego unos instantes por el interior del mar de lágrimas que inunda sus ojos.

Tres mil miserables dólares puede haber sido el precio de la vida de mi hijo. Tres mil dólares. Siento cómo hierve mi sangre.

—¿Sabrías decirme donde viven los Rugieri?

Va a volver a llorar pero antes de que se derrumbe yo la zarandeo de nuevo por los hombros. No quiero hacerle daño, pero me está sacando de mis casillas.

—Andrea, su dirección —digo elevando la voz.

—Viven en el setenta y siete de la avenida Westchester, pero ¿qué vas a hacer, Dylan? Son muy peligrosos, nadie puede entrar allí, nadie entra allí —solloza.

Yo suspiro y me toco la pistola que tengo escondida en la espalda. Imposible pensar, no importa lo peligrosos que sean ni cuantos sean, se trata

de la vida de mi hijo.

—Ahora escúchame con atención, Andrea. Quiero que cojas tus cosas más importantes y las de mi hijo y que te vayas directamente a mi piso de Queens, y quiero que lo hagas cuanto antes, ¿de acuerdo?

—¿Qué vas a hacer? —pregunta asustada.

—Voy a ir a por Connor, y quiero que tú y el bebé estéis lo más alejados de aquí que os sea posible. Te prometo que él se reunirá contigo esta noche, ¿de acuerdo?

Andrea asiente y me abraza asustada.

—Lo siento... —dice entre gimoteos.

—No pasa nada, tú ahora cuida bien de tu hijo y márchate cuanto antes.

Le dejo anotada la dirección de mi piso de Queens y ella vuelve a decir lo siento un par de veces más. Yo le digo que no se preocupe, pero que salga de allí ya y no vuelva más por el barrio.

CAPÍTULO 11

Los hermanos Rugieri

Llego hasta la avenida Westchester casi a la carrera. Jadeo. Es mucho más larga y ancha de lo que me esperaba. El tráfico es lento. Los coches se mueven con disimulo. Miran hacia ambos lados. Despacio. Van como buscando. Humo. No puedo evitar toser unas cuantas veces y me digo que esta ciudad está completamente intoxicada. El aire muerto.

Se me retuercen los intestinos al ver los rostros y las expresiones de las personas con las que me cruzo antes de llegar. Hostilidad. No concibo en qué momento ni por qué el mundo se volvió así. Violento.

Veo el número setenta y siete. Está como empotrado entre el setenta y ocho y el setenta y nueve. Ridículamente estrecho. Cinco alturas. Un pequeño jardín delimitado por una verja de medio metro de altura que no tiene puerta. Óxido por todas partes. El esqueleto de una bici sin ruedas. Es un edificio con los ladrillos color naranja butano. La fachada llena de manchas de humedad. Subo los ocho escalones que hay hasta la puerta y antes de llamar a la veo a alguien observándome en el yermo jardín de la casa de al lado. Un hombre de unos treinta años. Camiseta blanca de tirantes. Me llega un olor a marihuana o a alguna sustancia que se le parece mucho. Me saluda con el cuello mientras tuerce una sonrisa burlona. Yo le correspondo con el mismo gesto y él se pone serio. No entiendo su idioma ni su jerga ni su extraño código. Tampoco me importa. Todo está podrido en este lugar del mundo.

Me dispongo a llamar a la puerta pero justo cuando voy a golpearla con los nudillos veo que está ligeramente entreabierta. Imagino que los hermanos Rugieri deben ser tan respetados que ni tan siquiera temen a que alguien ose

entrar en su morada sin tener cita previa.

Recorro el sucio y pegajoso pasillo de la primera planta con el corazón totalmente encogido. Afino tanto mi oído que me molesta escuchar hasta mi propia respiración.

Suspiro.

Se escucha una radio de fondo y ruido de cacerolas golpeándose unas con otras.

Me echo la mano a la espalda y compruebo otra vez que llevo encima la pistola que le robé al chico que probablemente maté en aquel callejón. Eso me hace pensar en si no me habré pasado ya de la raya como me dijo el hombre negro que me interceptó en el metro y mis veinticuatro horas ya estén a punto de finalizar.

Paso junto a la cocina y veo a una mujer de piel negra con un gran sobrepeso fregando los platos. No me ve, está de espaldas. Canturrea mientras mueve el culo adelante y atrás. Paso de largo tratando de no hacer ningún ruido. El alto volumen de la radio ayuda.

Las siguientes habitaciones están vacías.

Escucho un fuerte crack y me giro todo lo rápido que puedo sacando la pistola de mi espalda y apuntando al objetivo. Me sorprende a mí mismo. Mi dedo índice temblando sobre el gatillo.

Hay un bebé de poco menos de un año en medio del pasillo. Mi garganta se acaba de estrechar un poco más. He estado a punto de disparar. Acaba de partir por la mitad un juguete de plástico. Uno de esos gusanos verdes con una gran sonrisa al final. El bebé todavía gatea. Me mira con cara de asombro. El mono que lleva está tan sucio que duele verlo en ese estado. Me disculpo ante él por ser partícipe de este horrible mundo en el que acaba de aterrizar. Siento una fuerte opresión en el pecho. Le pido que guarde silencio poniendo mi dedo índice sobre mis labios y él me sonrío. Inocencia. Se cree que esto no es más

que un juego.

Sigo recto y localizo las escaleras que dan al piso de arriba.

Subo con sumo sigilo procurando fijarme bien dónde pongo cada pie.

Continúo empuñando la pistola.

Se empiezan a escuchar las voces de un televisor que proviene de alguna habitación cercana, me recuerdan a las de los dibujos animados.

Contengo como puedo la respiración y cuento mentalmente hasta tres.

Tres.

Me asomo muy despacio y veo que hay un hombre de unos cuarenta años adormilado en el sofá. Tiene una escopeta recortada sobre el regazo y un montón de latas de cerveza vacías a su alrededor. Su barriga sube y baja. Le cae la baba. Se rasca. La habitación entera apesta a humo. A cerrado. Me recuerda a cuando te quedas en blanco, sin ideas.

En otra de las habitaciones veo algo que hace que me estremezca. Hay una mujer de unos quince o dieciséis años encadenada a una cama. Boca arriba, está medio catatónica. Su cuerpo da tímidas sacudidas. La cara llena de babas y en uno de sus brazos un montón de feas marcas marrones. Picaduras de aguja. Está completamente drogada. Me llevo un brazo a la cara cuando me empieza a llegar un intenso olor a pestilencia.

No sé qué tipo de gente vive aquí ni a qué se dedica, pero pienso que este lugar es algo así como el sitio donde nuestra sociedad viene a vomitar. Es como el depósito de aguas fecales de nuestra sociedad. Aquí no hay lugar para la bondad.

Paso de largo y escucho cómo cruje algo bajo mis pies. Aprieto los dientes con fuerza esperando que yo sea el único que lo haya oído.

Pero no.

—¿Esteban? ¿Eres tú? —Alguien pregunta desde la siguiente habitación, apenas a un par de metros de donde yo estoy.

No sé si continuar avanzando o ir marcha atrás. Me siento atrapado.

—Esteban, maldita sea, ¿eres tú? Como sea otra de tus bromas te vas a enterar, asquerosa bola de grasa —aumenta el volumen de su voz. Arranca y escupe.

Decido arriesgarme y seguir adelante. Le quito el seguro a la pistola. Camino despacio.

Llego hasta la puerta de donde procede la voz de la única persona que hasta ahora parece estar algo en alerta, y de nuevo pienso en si pasar o no pasar. Pienso que no me queda otra que arriesgar, he venido a por mi hijo y a estas alturas ya no hay marcha atrás. Me he metido yo solo en la boca del lobo y dudo mucho que pueda salir de aquí con un par de buenas palabras y un apretón de manos. Nada de eso va a pasar.

Cuando paso junto a la puerta veo a alguien que está de espaldas. Está terminando de cargar una recortada. Camiseta de tirantes holgada tipo NBA. Los brazos llenos de tatuajes. Feas cicatrices engrosadas, mal curadas. De pronto veo que carga la escopeta tirando hacia atrás la corredera y se dispone a darse la vuelta, yo me aparto de su campo de visión y me quedo paralizado durante un segundo. No sé si me ha visto. Me quedo pegado a la pared. Como la silueta de un mosquito aplastado contra el cristal. Y trato de no moverme ni un milímetro. La sangre se me congela en las arterias.

—¿Esteban? ¿Eres tú?

Está a punto de salir y yo rezo para que se asome hacia el otro lado del pasillo, el lado en el que duerme Esteban.

Levanto mi brazo derecho hasta una altura que calculo debe ser la de su cabeza.

Finalmente se asoma y bendigo mi suerte porque lo hace mirando hacia el lado contrario al que yo estoy.

Se acabó el tiempo de andar escondiéndose.

—Si te mueves te mato —Le digo apretando el cañón de la pistola en la parte de atrás de su cabeza.

Él se queda totalmente paralizado. Levanta los brazos despacio. Me llega un olor rancio que proviene de sus sobacos. Trato de respirar por la boca.

—Levántalos más —Le digo.

Él obedece y trata de girarse.

—No te gires —aprieto aún más el cañón contra su cabeza.

—¿Quién eres? ¿Qué quieres? ¿Sabes dónde estás? —Su voz se endurece. Es tosca y rugosa. Orgullosa.

La pistola se me resbala en la mano. Nunca he disparado un arma.

—He venido a buscar a los hermanos Rugieri. ¿Dónde están? —trato de parecer contundente.

Él se ríe y su espalda se encorva un poco hacia atrás.

—¿De qué te ríes? —me enfado.

—¿Pero se puede saber de qué mundo vienes? —continúa con una risa burlona—. Los hermanos Rugieri somos todos, imbécil.

Yo me quedo un momento en blanco, no es la primera vez que me pasa hoy. Siento un fuerte pinchazo en la cabeza como si me la estuviesen atravesando de lado a lado, y luego como una sacudida que va desde mi cabeza hasta casi mis pies. Como si acabase de partirme un rayo.

—Anoche os llevasteis a una persona de su casa porque os debía dinero, se llama Connor, ¿dónde está?

Él se encoje de hombros y eleva las palmas de las manos hacia arriba.

Yo contengo el aire.

Algo me dice que voy a acabar disparando si no consigo que hable rápido. En cualquier momento puede llegar alguien y que todo se convierta en un baño de sangre.

—Mira, hijo, no tienes ni idea del día que llevo ni mucho menos de lo

que todavía me queda, pero te juro por mi vida que si no me respondes antes de tres segundos te abro un agujero en la cabeza del tamaño de tu jodido cerebro —Mi voz se endurece y aprieto más el cañón contra su cráneo. Lo que acabo de decir lo he dicho totalmente en serio.

No dice nada. Imagino que está pensando en si darse la vuelta y quitarme el arma o decirme algo de lo que quiero saber. Supongo que está valorando sus posibilidades, midiendo mi potencial riesgo.

—Lo siento, pero ya han pasado los tres segundos, adiós. —digo realmente dispuesto a disparar. No quiero que piense.

—Vale vale vale, tranquilo, sé dónde está tu chico.

—¿Dónde?

—Ese es el problema. Está arriba —dice señalando el techo con los dedos índices de ambas manos. Yo siento que me va a dar un infarto.

—¿Cuántos hay arriba?

Se vuelve a encoger de hombros.

—Cuántos —Esta vez no aprieto, esta vez lo golpeo.

—¡Joder! ¡Me has hecho daño!

—Cuántos.

—No lo sé, coño, ¿quién crees que soy, el portero del edificio?

—Vamos, delante de mí.

—¿Qué?

—Que camines, joder, vamos a ver cuántos mierdas como tú hay arriba —Me embrutezco.

Él no dice nada. Eso le ha molestado.

—Está bien, como tú quieras —dice con solemnidad.

Empieza a caminar con los brazos en alto y yo me pego a él.

—Espera —Le digo.

—¿Qué pasa ahora?

Le quito la recortada y la sujeto con mi mano izquierda.

—Continúa.

Llegamos al final del pasillo. Me tiembla todo. Salimos a la escalera por la que yo he subido y empieza a pisar los escalones haciendo mucho ruido.

—Si vuelves a hacer es ruido al andar te juro que te abro un boquete en la espalda, joder, no me tomes por un idiota —Me altero.

Él se queda quieto un instante y sigue subiendo.

Llegamos al siguiente piso, el segundo sin contar la planta baja.

Se queda quieto. Todo parece en silencio. A excepción de un ligero movimiento en una habitación que hay un poco más allá.

—¿En cuál está?

Él estira un poco el brazo señalando la tercera habitación a la derecha. El pasillo es largo. Es un edificio extraño. Muchas habitaciones a ambos lados. Debió ser como una pensión o un hostel de una estrella.

—Llévame hasta ahí.

Caminamos hasta la puerta y él se queda parado.

De pronto sale una chica de la habitación de enfrente a la que presuntamente se encuentra mi hijo. Va completamente desnuda a excepción de unos guantes de látex blanco y una mascarilla respiratoria. Imagino que en esa habitación deben estar cocinando o preparando algún tipo de droga.

La chica, que no debe tener más de veinte años, se ha quedado completamente paralizada, igual que yo. El chico le hace un gesto con la cabeza y ella vuelve a entrar en la habitación de la que ha salido. Me asusto, no sé si ahora va a salir con una metralleta o estará haciendo una llamada.

Tengo que salir de allí con mi hijo ya.

—¿Qué ocurre, te has quedado paralizado? Vamos, entra —Le digo.

Él entra despacio en la habitación junto a la que nos habíamos quedado parados y yo voy tras él.

La sangre se me congela al ver a mi hijo Connor metido en una bañera. Está atado de pies y manos. La cara llena de sangre. Los ojos entrecerrados. Semiinconsciente.

—No íbamos a hacerle nada, solo era un escarmiento, debe mucha pasta...
—dice el chico de la camiseta de la NBA tratando de justificarse.

No digo nada. Tardo algo en reaccionar. Me cuesta trabajo asimilar que el que está ahí tirado totalmente ensangrentado y ultrajado es mi hijo Connor. No sé por qué pero me viene a la memoria el día que Rachel y yo salimos de la consulta médica tras hacernos la primera ecografía. La ilusión con la que planeamos nuestra vida, con la que proyectamos el futuro que habíamos planificado para él, para nuestro hijo. Todo iba a ser maravilloso, ilusión y felicidad. No puedo evitar que se me escape una lágrima.

—¿Qué pasa? ¿No era este al que buscabas? —dice el chico girándose con una sonrisa burlona en la boca.

A mí ya hace rato que se me ha roto el alma.

—Arrodíllate en el suelo —Mis palabras se tambalean de camino a sus orejas.

—¿Qué?

—Que te tumbes en el jodido suelo. Ya.

Él se queda petrificado. Por primera vez veo que está asustado.

—No tienes ni puta idea del lío en el que te has metido, imbécil.

—Al suelo.

No dice nada más y se tumba.

Yo dudo un par de segundos en decidir qué hacer. Pero en cuanto veo de nuevo a mi hijo lo tengo claro. No decido yo, lo hace mi instinto más primitivo.

Empuño bien fuerte la escopeta y golpeo al chico con fuerza en la cabeza. Suelta un grito ahogado y lo golpeo de nuevo con fuerza. Un golpe seco que

hace que su frente rebote contra el suelo. Ahora sí, pierde el conocimiento.

Me acerco hasta mi hijo con los ojos llenos de lágrimas. Está vivo, que es lo que importa. Por un momento me siento cansado, que ya no puedo más.

Desato sus manos y piernas y trato de espabilarlo un poco. Tiene la cara amoratada y los ojos hinchados, pero parece que me reconoce y que está recobrando algo de fuerzas. Veo una botella de agua y se la echo por encima de la cabeza. Lo reactiva.

Paso uno de sus brazos por detrás de mi cabeza y antes de salir de allí se me ocurre algo. Miro en los bolsillos del chico que está en el suelo y encuentro lo que buscaba. Las llaves de un coche y una cartera con unos cuantos billetes. Saco el dinero y me lo meto en un bolsillo junto con las llaves.

La salida del edificio de los Rugieri es menos tensa de lo esperada. Milagrosamente no nos encontramos con nadie por el camino y conseguimos salir de allí sin tiros.

Al llegar a la calle veo al chico de la camiseta blanca de tirantes que fumaba marihuana que me miraba medio hipnotizado. Parece que no puede creer del todo lo que está viendo. No puede creer que yo haya salido de allí ileso.

Aprieto el botón de apertura del mando de las llaves y se encienden las luces de un viejo Ford Mustang que hay aparcado a unos cuantos metros de distancia. Sonrío.

Subo a Connor en el asiento de copiloto y antes de pararme a mirar si hay alguien más por allí que ha estado al tanto de todo lo que ha pasado, salgo disparado hacia mi antiguo piso de Queens.

Son las siete y media de la tarde.

Pero acabo de salvarle la vida a mi hijo y a pesar del poco tiempo que me queda, por primera vez en todo el día, empiezo a ser optimista.

CAPÍTULO 12

Mi hijo Connor

Llegamos a Queens en tiempo récord. Subo a Connor hasta mi piso y doy gracias a que Andrea también acaba de llegar con el bebé y están a salvo. Suelto un enorme suspiro de alivio. Por lo visto ha ido con su propio coche. Le digo que también tendrá que deshacerse de él porque los Rugieri podrían volver.

Evaluamos el estado de Connor y aparte de las múltiples contusiones y heridas superficiales, no parece tener nada grave. Le damos algo de comer y algo de beber y desinfectamos y limpiamos bien sus heridas. En principio bastará con unos analgésicos y unos antiinflamatorios, tal vez también algún que otro antibiótico estaría bien, algo de lo que en mi particular botiquín hay para dar y vender. Aprovecho para hacerme un café doble mientras él termina de recuperarse un poco. Trato de calmar mis nervios antes de activarme de nuevo. De encarar la recta final del día. Mi último día. Me enciendo un cigarro y le ofrezco otro a Andrea, que lo acepta. Nunca se me dieron bien los plazos de entrega ni las fechas límite. De nuevo mi problema con la organización, la planificación y la ejecución.

Me deshago de la gorra que me regaló Conrad el vagabundo y me quito la venda de la cabeza. La tengo empapada en sudor. Miro de cerca la brecha y la consistente costura que me hizo Miguel el enfermero me recuerda a las que le hacen al pavo relleno del día de acción de gracias. Aparentemente no sangra, pero la piel a su alrededor ha adquirido un feo color gris ceniza. Me la tapo un poco con el pelo y salgo del baño.

Una vez compruebo que Connor ya está bastante estabilizado y que se

encuentra relativamente bien, me hago la misma pregunta que llevo haciéndome durante al menos los últimos diez años. ¿Cuándo y por qué empezamos a distanciarnos? ¿Cómo puede alguien dejar de ver y de hablar a uno de los seres que más quiere? ¿Con todos los seres que más quiere?

Me angustia no conocer la respuesta. Me angustia haber desperdiciado mi vida y haber sido una mala influencia para los que me querían. Un eterno dolor de cabeza. Como esa jaqueca sin una causa determinada que hace que todo a tu alrededor sea una enorme molestia.

Lo más triste es que de aquí a unas pocas horas dejaré de existir, me iré para siempre de este mundo con la amarga sensación de no haber hecho las cosas bien ni haber tenido el valor de decirle a la gente que quiero lo que realmente siento. Es triste, pero mi cobardía no tiene límites. Soy como esa gran desilusión que todo el mundo comparte, en la que todos están de acuerdo.

Me digo si debería preguntarle a mi hijo por qué acabó pidiéndole dinero a esa gente, pero creo que no es el momento de aleccionar a nadie. Sus razones tendría. Supongo que ya debe estar arrepintiéndose y haber aprendido bien la lección.

—Me ha alegrado saber que has sido padre, Connor, es un niño precioso —Le digo tratando de acercarme.

Él asiente en silencio. Todavía tiene los ojos bastante hinchados. Un labio partido y varios cortes en la cara y en los brazos. Imagino que aún es pronto para quitarse de la cabeza todo lo que tiene que haber vivido en las últimas horas. Eso cuesta.

—¿Ha sido algo planeado o ha sido...? Lo de ser padres tan jóvenes quería decir —Me arrepiento al instante de lo que acabo de decir. Con qué derecho me creo para querer saber algo así.

Connor arruga un poco la frente y me mira con algo de desprecio. Tal vez incompreensión.

—¿Importa algo si está o no planificado? Según pude saber vosotros lo planificasteis todo muy bien y mira cómo acabo, así que...

Lo cierto es que tiene razón. Me pregunto de qué sirven los planes si no se hace nada por cumplirlos, si no se cree en ellos.

—Lo siento, Connor, no pretendía meterme en tu vida.

—Oh, no me había dado cuenta de que tú nunca has querido meterte en mi vida.

Eso hace que sienta un fuerte pinchazo en el pecho.

Él tira el aire con pesadez. Está tan incómodo o más que yo.

No sé qué decir ni cómo pedirle perdón por todo lo que no hice, por todo lo que no le di. Me digo que es como una horrible maldición ser plenamente consciente de lo mal que lo has hecho si no puedes volver atrás para cambiarlo, para borrar el pasado.

—Podéis quedaros aquí el tiempo que necesitéis, de hecho yo ya... —voy a decir que ya no necesito el piso porque en unas horas estaré muerto, pero no sé por qué prefiero callármelo, o a lo mejor en el fondo sí lo sé y es precisamente por eso por lo que me lo callo—. Eso, podéis quedaros aquí todo el tiempo que os haga falta, yo ya no vivo aquí, así que no os molestaré. Por mí como si os quedáis para siempre —Siempre y cuando a tu hermana le parezca bien, me digo para mí mismo.

Connor me mira por primera vez a los ojos al escuchar eso último.

—¿Te marchas? —pregunta.

Yo elevo un poco los hombros y asiento.

Él agacha la cabeza con tristeza.

—¿Muy lejos?

Yo no sé qué responder a eso. Pienso en decirle cuánto de lejos le parece un “para siempre”. Siento un gran dolor en el lagrimal de los ojos.

—Muy lejos —digo sin saber qué más decir.

Él se hunde un poco más en el sofá en el que descansa.

Andrea observa el cariz que está tomando la conversación y decide dejarnos espacio, eso a mí me produce cierta sensación de ansiedad. ¿Significa eso que tenemos que continuar hablando? ¿Que tenemos que ser aún más sinceros?

Se lleva al bebé a una habitación y dice que estarán descansando un rato. Cuando pasa junto a mí pone una mano sobre mi hombro. Delicadeza. Nunca tuvimos una buena relación. No me gustó. Pero ahora lo veo todo de otro color. Y lo cierto es que no puedo decir por qué no me gustó. No tengo razones. Pero así era yo. Irracional.

—Gracias por todo lo que has hecho hoy, Dylan, no sé qué sería de nosotros si tu no hubieses... aparecido —dice Andrea antes de perderse por la doble puerta del salón.

—De nada, Andrea, tú también has sido muy fuerte y muy valiente.

Connor mira a la lejanía y de pronto me asola de nuevo esa sensación de fatalidad, de paso del tiempo.

Estamos solos él y yo.

Me angustio.

Dicen que cuando tienes un hijo el tiempo pasa a otra velocidad, más rápido. Pero yo no sé si en realidad es eso lo que pasa o es que en cuanto pasas el testigo, el reloj de la cuenta atrás es cuando empieza a funcionar.

No sé afrontar las cosas. Nunca estuve a la altura de lo que se supone que debería hacer, de lo que se suponía que debía ser. Ni tan siquiera he sido capaz de estar a la altura como fracasado. Hasta en eso he sido malo.

Siempre odié quemar etapas, hacerme mayor, tener que abandonar viejas costumbres. Supongo que nunca se me dio bien desprenderme de aquello que siempre creí que me definía, que me caracterizaba. Pero estoy empezando a pensar que en el fondo, eso de aferrarme con tanta fuerza a algo, tan solo lo

hacía por ese terrible miedo a hundirme para siempre. Aunque el problema es que a veces uno aprende demasiado tarde que hay que mirar muy bien dónde te has agarrado, porque lo malo de aferrarse a cosas que se hunden, como hice yo, es que terminas hundiéndote tú con ellas. Con lo que, podría decirse que fue peor el remedio que la enfermedad.

—Quisiera decirte algo, Connor —Mis palabras suenan más trascendentes de lo que me gustaría. Supongo que es porque no he dicho nada más trascendente en mí vida y ese tipo de cosas no se pueden camuflar ni maquillar. Naturalidad.

—Pues dilo —responde él. No me lo va a poner fácil.

Lleno los pulmones de aire.

—Sé que no he sido un buen padre.

—No, no lo has sido —Connor responde sin mirarme, pero al menos tiene el valor de ser sincero. Sus palabras me golpean.

—También sé que nunca he estado cuando me has necesitado, hijo, en realidad no estuve en casi ningún momento de tu vida, y era precisamente de eso de lo que quería hablarte.

—¿Y qué quieres ahora? ¿Qué quieres que te diga? ¿Que no pasa nada? ¿Que ni a mí ni a mamá ni a Camila nos importó? ¿Que tienes mi perdón?

Ahora vuelve a mirarme a la cara. Es valiente. No como yo. Puedo ver cómo le tiemblan los párpados, pero aguanta.

—Yo solo... solo quería despedirme de ti y pedirte disculpas, hijo, pedirte perdón. Decirte lo mucho que lo siento y lo mucho que me arrepiento por no haber estado a vuestro lado, por haberme perdido vuestra vida —Se me empaña un poco la voz. Los párpados de Connor todavía tiemblan—. Voy a tener que marcharme y no quisiera... no quisiera irme sin decirte lo mucho que te quiero, hijo, aunque no te lo creas, he pensado en ti cada uno de los días de mi vida y te aseguro que si pudiese hacer marcha atrás lo haría todo de otra

manera. Solo quería que lo supieses, que soy plenamente consciente de que he sido un padre horrible, y que si te sirve algo, estoy profundamente arrepentido.

Veo que Connor empieza a llorar. Se gira para mirar hacia la ventana. No quiere que lo vea. Siente vergüenza porque tal vez piense que así es como debe actuar un hombre, encerrando sus sentimientos en la nevera. Lo mismo que me enseñó mi padre se lo enseñé yo a él y tal vez él se lo enseñe a su hijo. Tal vez.

Me levanto. Tengo que marcharme ya. A pesar de que apenas me quedan fuerzas para continuar.

Me atrevo a poner una mano sobre su cabeza y acaricio un poco su pelo, como cuando era pequeño. Noto cómo tiembla su cuerpo. Cierro los ojos y vuelvo por un momento al pasado, al día en el que Rachel dio a luz. A Connor primero y a Camila después. Y sonrío recordando los buenos y bellos tiempos. El tiempo de la felicidad.

—Vas a ser un gran hombre, Connor, y un gran padre, mucho mejor que yo —Le digo antes de darme la vuelta para marcharme. Son casi las ocho de la tarde.

—¿Y ya está? —dice Connor de pronto antes de que salga del salón.

—¿Ya está? —pregunto yo sin saber muy bien a qué se refiere, aunque en realidad creo que sí lo sé. Quiere cerrar este capítulo, no dejarlo a medias o inacabado, algo que yo sí he hecho con todo lo que he empezado durante toda mi vida.

—¿Te presentas en mi casa después de tantísimo tiempo sin saber si estabas vivo o muerto, me dices todo esto y ahora te vuelves a largar así sin más? ¿A ti te parece eso normal?

Se me hace un insoportable nudo en la garganta. Claro que no me parece normal, Connor.

—Te prometo que esta vez no ha sido mi elección, hijo, esta vez me tengo

que marchar por otra razón, y créeme, no hay nada que me duela más. Dejaros a ti, a Camila y a... a mamá —digo mamá pensando tanto en Rachel como en mi madre, y me resulta extraño. Ahora que lo pienso, siempre se parecieron bastante.

Connor aprieta los ojos con fuerza. Debe de tener un agujero emocional tan grande como el que yo tuve, quizá más. Como el que yo aún tengo, de hecho.

—¿Por qué, padre? ¿Por qué desapareciste? ¿Por qué nunca estuviste? Si pensabas en mí y en Camila y en mamá, ¿por qué nunca nos lo demostraste?

No puedo evitar que se me acumule el llanto en la garganta, en los ojos.

—Lo cierto es que no sé muy bien qué responder a eso, hijo, esa es la verdad, pero supongo que en el fondo fue porque siempre tuve miedo.

—¿Miedo?

Yo me encojo de hombros. Aunque eso no significa que lo que he dicho lo haya dicho por decir algo.

—Es difícil de explicar, y en realidad nunca fue algo que tuviese presente, al menos no conscientemente, pero ahora, cuando lo pienso, cuando vuelvo la vista atrás, creo que siempre tuve miedo de no estar a la altura. Miedo a no saber cómo debía ser un buen padre, qué debía decir ni cómo comportarme. Miedo a fracasar, a decepcionaros, a no ser esa persona que esperabais que fuera. Y no sé cómo pero eso siempre me paralizó, de algún modo que nunca terminé de entender, siempre me atenazó y me impidió hacer todo aquello que realmente quería hacer, que deseaba hacer. Sé que es difícil de entender y que suena raro, pero es la única verdad que te puedo ofrecer. Supongo que los seres humanos cuando no sabemos cómo enfrentarnos al miedo buscamos la manera de refugiarnos, de escondernos de él —Paso mis dedos por el lagrimal y trato de ser sincero tanto con mi hijo como conmigo mismo. Pero me cuesta trabajo soportar el peso de mis propias palabras. Le

acabo de decir a mi hijo que soy un completo cobarde que ha tirado toda su vida a la basura por miedo a enfrentarse a ella.

Connor mueve la cabeza a izquierda y a derecha. Está decepcionado, tal vez se esperaba algo mejor, pero la realidad es que esto es lo mejor que hay, lo mejor que tengo para ofrecer. Mi triste verdad. Y yo no puedo evitar sonreír con un nauseabundo cinismo y decirme que era esto precisamente lo que tanto miedo me daba. Precisamente esto, ver la decepción y la vergüenza en los ojos de mi propia familia, de mi propio hijo. Un irracional miedo a no tener la entereza necesaria para soportar la realidad.

—No hacía falta que estuvieses a ninguna altura, padre, ni tampoco hacía falta que dijese o que hicieses algo en concreto, tan solo tenías que estar, nada más. Con eso hubiese bastado.

—Lo sé... ahora lo sé, créeme, y no pasa ni un solo día sin que me arrepiente de ello.

El bebé acaba de romper a llorar y yo lo recibo como un flotador en alta mar.

Los dos giramos inconscientemente la cabeza hacia el lugar de donde proviene ese adorable y poderoso llanto. Es un llanto alegre, lleno de vida y esperanza.

Creo que las cosas pasan por una razón, por una buena razón. Ese llanto del bebé es la señal, el punto de inflexión. Tengo que marcharme ya. No puedo evitar sonreír y sentirme orgulloso de mi hijo Connor. Creo que hay muy pocas sensaciones comparables a esa. No las hay.

—Vas a ser un gran padre, Connor. Ya nos veremos —digo dándome la vuelta para marcharme ya.

—Padre... espera —Me giro y veo a Connor que se ha puesto en pie.

—Dime, hijo.

Él piensa un momento cómo decirlo. Agacha un poco la cabeza y parece

buscar en su interior.

—El miedo ese del que me has hablado...

—¿Sí?

—¿Cómo conseguiste vencerlo?

Yo me hago esa misma pregunta. Él no sabe que aunque yo tenga bastantes más años, todavía sigo aprendiendo, en el camino, probablemente tan perdido o más que él. Aunque algunas cosas sí he aprendido.

—Nunca lo vencí.

—¿Y entonces?

Se me escapa una sonrisa llena de nostalgia, auténtica. Pienso que la vida no es más que un chiste al que hay que saber encontrarle la gracia.

—Es solo que... me ha costado lo mío pero al final he aprendido que lo único de lo que hay que tener miedo es de no tener el valor suficiente para luchar por aquello en lo que crees, por aquello que realmente quieres, ese es el único miedo, el que te hace ser un cobarde y no presentar batalla. Y también he aprendido que no hacer nada, esconderse, no soluciona las cosas, solo las empeora.

Connor se acerca un poco más a mí y por primera vez en toda mi vida me mira como lo que soy, su padre.

Nos damos un fuerte abrazo y nos despedimos con un ya nos veremos.

Salgo de allí con el corazón deshecho. Me jode que haya tenido que esperar hasta el último día de mi vida para arreglar las cosas con mi hijo, con mi familia. Y lo más triste de todo es que no era ni tan difícil ni tan traumático como parecía, como la imagen que se había formado en mi cabeza.

Pero pienso que es mejor tarde que nunca y que todavía me quedan bastantes cosas por hacer como para seguir perdiendo más el tiempo en lamentarme por lo que no hice. Supongo que ya tendré tiempo de eso cuando haya muerto.

CAPÍTULO 13

Camila

Me acomodo en el asiento del Mustang que me llevé prestado de uno de los hermanos Rugieri y antes de arrancar pienso mentalmente en esos pequeños flecos legales que traerán consigo mi muerte.

Ya son las ocho de la tarde. Me quedan exactamente doce horas para el toque de queda. Pronto no seré más que un saco de abono para el planeta tierra. Ochenta kilos de fertilizante con los que sembrar la tierra del mañana.

Por un lado está mi piso. Me alegra recordar que está totalmente pagado y que no supondrá ninguna carga económica, al menos no inmediatamente. Por otra parte está el pequeño depósito que abrí cuando Rachel y yo nos separamos y que poco a poco fue creciendo hasta alcanzar una cifra importante. En teoría era mi jubilación y ese fondo del cual tirar si alguno de mis dos hijos llegaba a tener una necesidad. Como mi jubilación ha llegado antes de hora y no supondrá ningún gasto será todo para mis dos hijos. Bien. Eso me tranquiliza, que no pasen apuros económicos durante un tiempo. Y en último lugar está mi seguro de vida. Un seguro que espero que no tengan problemas para cobrar dadas las circunstancias de mi muerte, eso sería terrible. En el caso de que no pase nada raro cuando metan sus zarpas los de la compañía, que sin lugar a dudas las meterán, será Rachel quien hará el reparto, o eso espero. Me encantaría ver la cara que pondrá cuando le digan que ella sigue siendo la beneficiaria, que nunca la cambié. Lo cierto es que hasta a mí me extraña mi propio comportamiento a veces, pero supongo que en este caso lo hice porque en el fondo nunca la dejé de querer y siempre pensé que si a mí me pasaba algo estaría bien que ella recibiese una pequeña alegría

de mi parte por una vez en la vida. Debo suponer que esa fue la mejor forma que se me ocurrió para decir «lo siento, Rachel, no he sido ni lo que esperabas ni lo que prometí ser». Una especie de carta póstuma de despedida de alguien que se ha pasado la mayor parte de su vida siendo un capullo integral. Viviendo una vida que no era la suya.

Saber que mi muerte servirá para algo a nivel económico para aquellas personas que se quedan me hace sentir bien.

En cuanto arranco para poner rumbo a casa de mi hija Camila, veo algo que hace que me queda totalmente paralizado durante unos segundos.

Mi ex amigo y uno de los máximos sospechosos y posibles responsables de mi prematura muerte, Chris Niegel, acaba de pasar por delante de mis narices como un rayo. Iba en su viejo coche, el cual está totalmente lleno de abolladuras, más de las que tiene habitualmente, pero lo más curioso es que tras él no parecía ir nadie. Es como si estuviese siendo perseguido por un fantasma. Tenía la cara echa un mapa, parecida a la mía tras el accidente de tráfico de esta mañana. No sé en qué lío se habrá metido, pero en estos momentos tampoco tengo ni tiempo ni ganas de averiguarlo. Solo espero que con algo de suerte, esta noche consiga hablar con él y eso me ayude a descubrir quién está detrás de lo que me han hecho.

Vuelvo a mirar el reloj. Son las ocho y cuarto. Estoy empezando a pensar otra vez en que no me he organizado como debía. Tal vez no debí ni ir al banco, ni a mi trabajo, ni tampoco ir a casa de mi gran amigo Ron. Ahora veo todo eso como algo secundario. No debí dejar a mi familia ni al responsable de lo que me pasará de aquí unas horas para el final. De nuevo este último día está siendo como un gran reflejo de lo que ha sido mi vida, una representación en miniatura, como una de esas fantásticas maquetas con las que presentan la nueva urbanización de lujo que se llamará Paradise Fields, Golden Days o algún que otro nombre así. Uno con gancho. Que atrape. Que haga soñar a las

personas con vivir una maravillosa vida que nunca llegará porque la única razón de ser del sistema es que nunca dejes de soñar, ni mucho menos de trabajar y de luchar por ese impostor y prefabricado sueño. Inalcanzable ilusión para hacer de este mundo una eterna sala de espera.

Aunque hay algo que sí he aprendido hoy, y es que lamentarse solo servirá para que todo empeore. Lo único que me queda es actuar. Parece una estupidez pero la única forma de vivir la vida es disfrutando y bendiciendo cada uno de sus segundos.

De camino a la casa de mi hija Camila empiezo a pensar en ella y en su conflictiva relación con John Inx. Nunca me gustó, pero en este caso sí había una razón, no como en el caso de Andrea, la pareja de mi hijo Connor. Me pongo más nervioso con cada metro de calzada que dejan atrás las ruedas del Mustang, y me digo que tal vez así es como debe sentirse un padre de verdad. Dándolo todo por lo único que importa. Yo confío en ella, en su inteligencia y en su buen juicio a la hora de actuar, en quien no confío es en la gentuza como su novio.

John Inx es ese perfil de hombre que siempre quiere destacar por encima de los demás. Ese que no solo se cree mejor que los demás, sino que piensa firmemente que tener una pareja, una mujer, es tener algo que le pertenece, de su propiedad. Solo el pensar en él hace que me enfurezca, que mi boca se seque y los músculos que tengo alrededor de las muñecas se tensen. Su recuerdo es como ese latigazo en la zona lumbar que te enerva. No me gustaba cómo miraba a mi hija, la chulería con la que ponía la mano en su cintura o cómo palmeaba su culo cuando creía que nadie lo veía. Como si fuese ganado. Tampoco me gustaba cómo miraba a mi ex mujer, a Rachel, insultante descarado, con esa molesta tensión sexual del que cree que puede tener a cualquier mujer que él desee. Y tampoco me gustaba cómo me miraba a mí o a mi hijo Connor.

Como si fuésemos «colegas» y él el ser más jodidamente especial con el que salir de copas y de fiesta.

Aunque el verdadero problema de todo el asunto es que como yo nunca fui un ejemplo de nada y acabé frecuentando lugares tan indecentes y poco recomendables como lo era John Inx, oí hablar de él las suficientes veces como para tener una idea clara de quién era la persona de la que estaba enamorada mi hija. Básicamente lo conocían en todas partes y la opinión que tenían sobre él solía ser siempre la misma. Otro de esos jovencitos que se cree el ombligo del mundo y que nada ni nadie le puede toser, ni tan siquiera todas esas mujeres a las que trata con tan poco respeto cada maldita noche que sale a emborracharse. El problema es que mi hija nunca me quiso escuchar. Y en cierta manera tenía razón, su decisión era de respetar, ¿por qué iba a obedecer a un padre que ni tan siquiera se había molestado en ir a sus fiestas de cumpleaños o a sus festivales de música y que se comportaba exactamente de la misma forma de la que acusaba a Jonh? Es probable que ella incluso escogiese esa pareja, John Inx, por mi culpa. Un perfil muy parecido a lo que yo era. Dicen que algunas mujeres tienen una extraña tendencia a buscar un perfil de hombre como pareja similar al que representa su padre, como una especie de prolongación de su figura, y que los hombres hacen lo propio pero escogiendo un perfil similar a la figura de su madre. Tal vez eso no sea así siempre. Aunque en el caso de mi hija, y en el mío también, es posible que sí se haya dado el caso.

Camila vive en Brooklyn, una de las zonas más bonitas de todo Nueva York. Aparco a una manzana de distancia y voy dando un paseo. El sol ya se está escondiendo y me digo que este es mi último anochecer. Ese pensamiento hace que me estremezca. Hoy me enfrento a todas las despedidas juntas, con lo poco que me gustan.

Todas las heridas, todo el dolor físico acumulado durante el día está

dejando paso a un dolor de otro tipo. Emocional. Esa fractura psíquica que arrastro desde toda la vida parece estar abriéndose de par en par, como los pétalos de una flor en primavera. Y siento, por primera vez en todo el día un increíble miedo a qué narices habrá más allá, al otro lado de la línea. Qué demonios ocurrirá en el momento en que se me pare el reloj. Me digo que no tendría que pensar ahora en eso, que no es el momento, por supuesto que no, porque si lo hago el miedo del que le acabo de hablar a Connor volverá y como siempre, me atenazará e impedirá que haga que lo que quiero hacer, lo que debo hacer.

Casi sin pensar y en medio de un triste lamento interno, me meto en el primer bar que veo y suspiro aliviado al ver un asiento libre en la barra.

Las peores decisiones de mi vida son las que he tomado sin pensar, igual que lo acabo de hacer ahora.

Pido un tanque de cerveza y me bebo la mitad de un trago, casi sin respirar. Me encuentro mejor y cierro los ojos tratando de percibir esa sensación de no pensar, de ver la realidad de una forma diferente. Me acabo la cerveza de otro trago y antes de pedir la siguiente ronda vuelvo a cerrar los ojos. Necesito comprobar que esa sensación de tener la mente medio en blanco y los pensamientos y los recuerdos semi congelados continúa llegando. Y lo hace. Todo empieza a pararse poco a poco, como las últimas vueltas que da la hélice de un helicóptero. Mi sonrisa se dibuja como debe haberlo hecho cada uno de los puñeteros días en los que bebía. Una sonrisa estúpida y cobarde.

Pero de pronto algo ocurre.

Me giro hacia la barra y veo que el camarero ha apoyado sus dos brazos sobre la pegajosa superficie de madera. Está subiendo el volumen del televisor. Todos se giran para escuchar las últimas noticias.

Una mujer se levanta de su silla arrastrando sin ningún miramiento sus

patas por el suelo. Se acaba de echar a llorar y se dispone a salir del local tapándose la cara con las dos manos, el que debe ser su novio sale detrás de ella y la alcanza antes de que salga. Yo no sé por qué pero me quedo observándolos. Él le dice que todo pasará, que el tiempo hará que las cosas mejoren y que este tipo de cosas pasan, que no es culpa suya, que recuerde la vida que está creciendo en su vientre, esa es la que de verdad importa. Me digo que debe estar embarazada de tan solo un par de meses, porque apenas se le nota nada. Él le dice que concentre sus pensamientos en el milagro de la vida, en lo que está por venir y no en las terribles desgracias que a veces pasan, como la que ha pasado.

Salen del local y no tengo tiempo de escuchar cómo continúa esa conversación.

Tampoco he tenido tiempo de escuchar esa noticia que ha llamado la atención de todo el local. El camarero ya está bajándole de nuevo la voz al televisor. Tan solo he alcanzado a oír la frase «todavía no han encontrado al conductor». Me digo que desgraciadamente ya he oído esa frase demasiadas veces en esta vida. Y en ninguna de ellas estuvo acompañada de buenas noticias.

Me giro de nuevo hacia la barra y veo que el camarero me está mirando. Debe haber reparado en lo feo de mi aspecto.

—¿Quería algo más? —pregunta entornando un poco los ojos. Parece una tortuga centenaria. Debe pensar que los tipos con la cara como yo la tengo son los que acaba destrozando locales con peleas a las tantas de la madrugada.

Pienso durante un par de segundos en si quiero algo más. Esa sensación de no sentir nada, de colchón amortiguador, todavía no ha llegado. Y antes de preguntarme si es eso lo que quiero, respondo adelantándome a mis propios pensamientos.

—Sí —Le digo.

—¿Otro tanque?

—Sí.

—Enseguida.

Lleno mi caja torácica de aire y noto un fuerte pinchazo en el costado. El lugar en el que Cameron estrelló su bate esta mañana. A continuación empieza a escocerme otra vez la herida de bala, la del chico en aquel callejón del Bronx. Una extraña ansiedad empieza a crecer en mi interior.

—Aquí tiene —dice el camarero dejando el tanque frente a mí. La espuma empieza a rebosar y las burbujas empiezan a caer lentamente. Parece una lluvia de estrellas. Yo la abrazo con fuerza y justo cuando voy a llevármela a la boca siento de nuevo uno de esos fuertes pinchazos en la cabeza. De nuevo una sacudida de pies a cabeza. Como cuando alguien espolsa las sábanas.

Me digo que esa cerveza es una de esas cosas a las que uno se aferra que terminan por hundirse hundiéndote a ti con ellas.

La ansiedad crece.

El camarero parece mirarme de reojo.

Los puntos que tan bien me dio Miguel en aquella ambulancia parecen querer abrirse. Como las juntas de dilatación de un edificio en el primero de sus veranos.

—¿Qué le debo? —le pregunto al camarero.

—¿No se va a beber esa cerveza?

De nuevo me quedo mirándola y me pregunto si no sería mejor llegar hasta las ocho de la mañana entre ronda y ronda.

—No, creo que ya he tenido suficiente.

Pago las dos rondas con el dinero del chico de los Rugieri y al salir del local siento cómo se me escapa de nuevo una lágrima. He estado a milímetros de perder de nuevo esa eterna y estúpida batalla contra mi cobardía. Y eso me

produce una sensación de vértigo tan grande como la que debe sentirse en lo más alto del techo del mundo.

Trato de olvidar ese pequeño desliz y me atuso un poco el pelo antes de llamar a casa de mi hija.

Tarda en abrir, pero al final lo hace sin ni tan siquiera preguntar.

Me extraña esa conducta.

Subo hasta el cuarto piso y me encuentro la puerta entornada, semi abierta. Doy unos golpecitos y al no obtener respuesta, entro.

—¿Hola? —pregunto porque no me apetece asustar a nadie.

Sigo avanzando y cuando llego a lo que debe ser la cocina veo a mi hija Camila saliendo por la puerta con unos cascos de música puestos. Se queda totalmente paralizada al verme, como si acabase de ver un fantasma. No se lo esperaba.

Tiene un ojo completamente morado y el rostro pálido.

—¿Papá? ¿Qué haces tú aquí?

Durante una fracción de segundo me quedo en blanco. La veo más delgada. Y me digo si todos los padres nos preocupamos de la misma manera al ver a nuestra hija perder peso.

—He... he venido a verte, hija, por cierto, ¿dejas la puerta abierta a todo el que llama?

—Es que pensé que era... —Agacha la mirada y no termina la frase.

—¿John? ¿Es él quien te ha hecho eso del ojo?

Camila va a responder pero rápidamente su rostro se atrinchera tras una expresión de extrema defensa.

—¿Pero quién te has creído que eres para venir aquí sin avisar y pedirme explicaciones sobre mi vida? Que te quede claro que tú no mandas sobre mí y que yo decido con quién quiero estar, ¿lo entiendes? John es mi pareja y tú no tienes derecho a decir nada porque nunca te has molestado en conocerlo —

Camila saca ese genio que siempre la ha caracterizado. Ese espíritu rebelde. Ver que su bello rostro ha sido recientemente golpeado hace que me hierva la sangre. En este asqueroso mundo siempre hay alguien que no soporta a las personas como Camila, a las personas con esa fuerza vital, pura y llena de vida. Les molesta que haya gente como Camila y las intentan aplastar día a día. Son como la prueba de que a veces sí se puede.

—He venido a verte porque voy a marcharme un tiempo y quería despedirme de ti, hija.

Ella se queda con la boca abierta. Tal vez esperaba otra cosa.

—¿Te vas a dónde? ¿Es que te van a meter en la cárcel o algo así? — Trata de mostrarse indiferente, irónica, pero veo cierta preocupación en el tono de su voz.

—Me voy... lejos, solo eso. Durante bastante tiempo.

Ella me mira, inspecciona mi rostro.

Resopla.

—Pues bien, vete y no vuelvas más. Ya sabes dónde está la puerta.

Sus palabras son como un dardo venenoso en mi corazón. Me acerco a ella y veo cómo su cuerpo entero se empieza a estremecer. Su respiración se vuelve ruidosa. Está asustada. Levanto una mano para acariciar su rostro y ella se echa para atrás, se aparta. Se ve a la legua que es alguien que vive con miedo. Con un terrible miedo a ser golpeada. Yo aprieto los puños internamente mientras noto cómo me cae una lágrima. Ella arruga un poco la nariz.

Los dos sacamos un poco la cabeza de nuestros pensamientos cuando de pronto se escucha cómo empieza a sonar su teléfono móvil. No ha pasado ni un día y ya casi había olvidado cómo era vivir sin estar permanentemente enganchado y pendiente de una notificación. De esa extraña sensación de ser menos importante que un aviso de llamadas. Normalmente a la gente le suele

importar más quedar bien con quien que está más allá de esa señal que con la persona que está delante. Sencillamente este tipo de comunicación nos ha deshumanizado. No existe otra forma de llamarlo. Es como si nos hubiésemos cansado de nosotros mismos, de nuestras caras, nuestras expresiones, la tonalidad de nuestras palabras y la expresión corporal al hablar. A mí me da que cada vez estamos más lejos los unos de los otros.

Camila saca el teléfono del holgado bolsillo de su pantalón y tanto ella como yo vemos que en la pantalla pone «número desconocido». Ella se queda mirando y yo solo pienso en que no descuelgue, por si acaso, aún no. No lo hace. Rechaza la llamada y vuelve a guardárselo en el bolsillo del pantalón. Yo sonrío. Alivio.

—Siento no haberlo hecho mejor, Camila. He sido un padre horrible y quería que supieses que tanto tú como tu hermano sois lo mejor que me ha pasado en la vida. Que tanto tú como él sois seres excepcionales, sin duda alguna mucho mejor que yo.

Ella agacha la cabeza.

No dice nada.

—Camila, de verdad, lo siento muchísimo.

—Bien, ya lo has dicho, ahora vete —dice mirándose los pies mientras arruga la frente para sujetar todas esas lágrimas que se acumulan en el borde de sus ojos.

Se me da muy mal hablar, ser sincero, el contacto humano.

Me doy la vuelta para marcharme. Me digo que al menos ya la he visto y que ya me he disculpado. ¿Qué más puedo hacer?

Supongo que siempre hay algo más que se puede hacer.

Retrocedo de nuevo sobre mis pasos y me sitúo otra vez frente a ella.

—Camila, solo quería pedirte perdón y que supieses que soy consciente

de lo mal padre que he sido y que aunque te resulte extraño, tú y tu hermano sois los dos seres que más he querido, que más he amado. Quería decirte eso y pedirte que seas fuerte, muy fuerte, que no permitas que nada ni nadie te intente cambiar, que nada ni nadie te diga lo que puedes o no puedes hacer. Tú eres un ser excepcional, Camila, eres mi hija, y he venido hasta aquí hoy para recordarte lo maravillosa que eres, lo realmente especial que es esa luz que brilla en tu interior. Nunca lo olvides, por favor, aprovecha cada minuto de vida y arrepiéntete solo por lo que no hiciste, por lo que no hiciste por miedo.

Coge un poco de aire, hincha su pecho y a mí me recuerda la primera noche que me pasé en vela contemplándola mientras dormía en la cuna. Maravillándome por el simple hecho de verla respirar.

Camila tiene la vista metida completamente metida entre sus pies. Ha empezado a llorar y no quiere la vea.

Yo vuelvo a intentar acariciar su mejilla y esta vez sí deja que la toque. Su llanto se está empezando a volver incontrolable y antes de que se derrumbe por completo yo la agarro con todas mis fuerzas sin pedir permiso, la agarro como lo que soy, su padre. Y la abrazo contra mi pecho mientras le digo de nuevo lo mucho que la quiero.

A veces pienso que lo que de verdad me ha matado, ha sido esta jodida deshumanización en la que vivimos. Nos hemos convertido en una farsa, una copia barata de lo que un día fuimos. Llevamos camino de trascender y convertirnos en números. Unos serán ceros y otros serán unos.

Ella tarda todavía unos cuantos minutos en serenarse. Pero a pesar del llanto, a pesar de las lágrimas, ya no la noto tan pesada. Ha descargado parte de esa tensión y ese incurable dolor existencial que llevaba arrastrando desde hace mucho. La entiendo porque yo me sentí igual en muchas ocasiones a su edad. Cuando los seres que te han dado la vida, los que te han traído a este mundo, no te quieren, te cuesta entender por qué narices estás aquí.

Pero de algún modo, sobre todo si tienes un poco de paciencia, de pronto un día todo cobra un sentido y entonces piensas en que eso de que la vida es un milagro no solo es cierto, sino que es lo que lo explica todo. El ciclo acaba para volver a empezar de nuevo, así de sencillo, y así será por los tiempos de los tiempos hasta... supongo que como todo, hasta llegar al final. Pasas el testigo que a ti te también te pasaron y te dices que ya has cumplido. Aunque hay veces, como me ha pasado a mí, en el que no cumples hasta que terminas lo que has empezado.

—Tengo que marcharme ya, Camila. ¿Te importa si te pido una última cosa?

Ella se limpia las lágrimas y me dice sí con un dulce pestañeo.

—¿Te importaría decirme a qué bar suele ir John a beber los miércoles a estas horas?

Ella abre mucho los ojos.

—Solo quiero decirte que lo que se quiere no se golpea y lo que no se quiere no se destruye.

Ella aprieta los párpados pero termina dándome una dirección. El nombre de un bar.

Antes de marcharme es ella la que se abraza a mí y yo el que rompo a llorar.

—¿Cuídate mucho, vale? —Le digo acariciando su barbilla.

Ella asiente con ternura.

—Tú también... papá.

Yo me estremezco al escuchar la magia de esa palabra y cuando bajo las escaleras me digo que sintiéndolo mucho, con John no voy a tener solo palabras.

CAPÍTULO 14

John Inx

Llego al Four Seasons hecho una furia. Esa es la dirección que me ha dado Camila. No sé muy bien qué voy a hacer cuando vea a John, pero en cierta manera me siento responsable de lo que le ha hecho a mi hija, lo que haya podido estar haciéndole tanto a nivel físico como a nivel psicológico durante todo el tiempo que yo he estado ausente. Solo imaginármelo me produce una terrible acidez estomacal.

Desviarme para ir en busca de John no estaba dentro de mi planificación, así que no sé si este desvío impedirá que haga alguna de las cosas importantes que aún me quedan por hacer. De todas formas siento que esto lo he de hacer, tenga las consecuencias que tenga. La vida de mi hija está en juego.

Pero justo cuando ya estoy viendo las letras luminosas del Four Seasons, aparece alguien que hace que me detenga de nuevo en seco.

El hombre negro que me abordó y me advirtió en el metro.

Acaba de salir de un elegante coche. Y está todavía más serio que la otra vez.

—¿Qué pasa ahora? —pregunto con un tono cortante.

Él me mira muy serio. Sus cejas forman una extraña y arrugada onda que aumenta la sombra que se cierne sobre sus oscuros ojos.

—Te dije que si te pasabas de la raya las veinticuatro horas que te dimos se podían acordar, ¿te lo dije o no te lo dije?

Yo repaso mentalmente mis últimas acciones. Son tantas que me parece que fueron ayer cuando pasaron.

—¿Qué he hecho? Yo no veo que me haya pasado de ninguna raya.

Veinticuatro horas, ese fue el trato desde el principio.

—Te equivocas, nunca hubo ningún trato, las veinticuatro horas fueron algo así como una concesión, un regalo de despedida, nada más.

No entiendo nada.

—Me dijeron que disponía de veinticuatro horas para zanjar mis asuntos, que era mi vida o la de mi familia, eso fue lo que me dijeron, maldita sea — Me altero porque la persona que tengo enfrente trata de confundirme, de cambiar las reglas del juego a última hora.

—¿Quién te dijo eso? —El hombre negro me enseña su blanca dentadura con una enorme sonrisa llena de burla.

—Vosotros.

—¿Nosotros? —Con una mano se acaricia la barbilla mientras no deja de sonreír—. Mira, me parece que no has entendido muy bien las cosas desde un principio, porque no me creo que nadie te haya dicho eso. Lo que te dijeron es que solo disponías de un día de vida y que tal vez podías hacer algo importante por tu familia, que tal vez podías salvar una vida. Pero esto no es ningún intercambio, tu vida no era negociable, ¿lo entiendes?

Yo me quedo pensando de nuevo en que trata de confundirme por alguna razón.

—¿Lo entiendes?

—Sí, lo entiendo.

—Bien, porque hay otra cosa de la que quería hablarte. Lo primero, esta es la última vez que te advierto, si me vuelves a ver te aseguro que tu tiempo se habrá acabado, y segundo... —El hombre negro se vuelve a acariciar la barbilla. Se pone serio. Trascendente. Aunque a mí me da que está como fingiendo—. Ha surgido una posibilidad de última hora...

—¿Qué? ¿A qué te refieres? —La sangre empieza a circular a toda velocidad por el interior de mi cuerpo. Siento ese hormigueo en la nuca y en el

pecho. El hombre negro se hace el interesante. No sé si finge o habla en serio.

—Es una posibilidad remota, quién sabe, cosas más raras se han visto, pero tienes que venirte conmigo ahora —Termina la frase mirándome a los ojos.

Yo cada vez entiendo menos cosas. Miro el reloj. Son casi las nueve. Mi tiempo se agota, pero...

—¿Quieres decir que entonces todavía hay una posibilidad?

—Remota.

—¿Y si no?

El hombre negro mueve el cuello a izquierda y a derecha.

—Y si no pues... se acabó.

Yo me lo empiezo a pensar. Ni tan siquiera había soñado con que algo así era posible. No me había planteado que existiese una posibilidad remota de salvarme. Pero rápidamente algo en mi interior me dice que tal vez me está poniendo a prueba, o que tal vez no quiere que continúe con mi camino. No me fío.

—¿Cómo sé que dices la verdad?

Él sonríe al escuchar mis palabras.

—No puedes saberlo, tendrás que confiar en mí.

Yo agacho la cabeza y me lo pienso.

—¿Si me voy contigo y esa posibilidad se queda en nada, habré perdido las horas que me quedan, verdad?

Él hombre negro asiente.

Y a mí me viene a la mente el ojo morado de mi hija Camila. Me viene a la mente Rachel, necesito verla, decirle lo mucho que...

—Lo siento, pero me tengo que marchar ya —Le digo tratando de seguir mi camino.

Él cabecea y suelta un suspiro de cansancio infinito.

—¿Se puede saber qué vas a hacer ahí dentro? —pregunta.

—Eso no es asunto tuyo —Lo reto con la mirada y veo rabia en sus ojos —. Si me permites —Le digo mientras pongo rumbo hacia el Four Seasons.

—Te arrepentirás de esto, Dylan —Me dice antes de que vuelva a perderme de vista.

—Puede, pero es mi decisión, no la tuya —contesto sin volver a mirar atrás. Me incomoda verlo. Tenerlo cerca. Cuanto antes me olvide de él y de su molesta presencia mejor.

En cuanto entro al local, un vigilante de seguridad se gira hacia a mí y veo que lo primero que hace es descruzar los brazos, que los tenía el uno sobre otro a la altura del pecho. Su instinto debe de haberle dicho que mi actitud corporal es igual a problemas. Que las heridas de mi cara, las oscuras manchas de mi chaqueta y la costura del lado derecho de mi cabeza, puede que le den algo de faena extra. Se tensa.

El Four Seasons es uno de esos locales mal iluminados y mal ventilados. Vicio. Luces de neón. Público masculino mayoritario. Jóvenes y apretadas camareras tras la barra y sesiones de baile-espectáculo todas las noches, como lo llaman ahora. Es un antro en el que los hombres van a beber, a discutir y a intentar que sus vulgares comentarios no provoquen, como suelen hacerlo en cualquier otro ambiente, una sensación de rechazo.

Doy una vuelta casi completa al local y de momento no localizo a John. Es grande. Las mesas se apilan sin una distribución uniforme. Desorden. Los espejos que hay algunas de las paredes distorsionan las dimensiones y lo que parece que está lejos en realidad está cerca, y viceversa.

Un par de camareras con pantalón vaquero corto y la camiseta anudada un poco más arriba del abdomen me preguntan si quiero algo de beber. Sonríen con los labios rojo fresa. Les digo que no que solo estoy buscando a un amigo.

—¿A qué amigo? ¿Por qué no te sientas y bebes algo mientras lo esperas?
—Una de las camareras, mientras habla, acaricia mi brazo derecho desde el codo hasta casi el hombro. Huele a helado de vainilla.

—Estoy buscando a John Inx, ¿lo conoces?

Ella junta los labios en un gesto que trata de parecer sensual. Debe de tener la edad de mi hija.

—No me suena, ¿por qué no te sientas y te relajas un poco mientras bebes algo? A lo mejor aparece cuando menos te lo esperas —Vuelve acariciar mi brazo, esta vez con mayor fricción, con mayor firmeza. Aprieta.

—Lo siento, pero tengo un poco de prisa —le digo mientras aparto la mano y continúo buscando por el local. Ella pone cara de perplejidad. Además percibo que se ha sentido ofendida. Dolida.

Empiezo a darle la vuelta a lo que en una o dos horas será la pista del baile-espectáculo y, justo cuando me estoy empezando a desesperar, veo a John en una mesa. Está con un amigo, y su mano está bajo la insignificante falda vaquera de una de las camareras. Ella se deja hacer mientras recoge unos vasos vacíos de cerveza. Incluso me ha parecido que ha abierto un poco más las piernas. El brazo de John desaparece casi hasta la altura del codo.

Me acerco hasta él como una sombra y solo es consciente de mi presencia cuando estoy frente a él. Entre los dos solo se interpone una pequeña mesa redonda.

La camarera se huele algo raro y hace como que le molesta la mano de John, se va.

—¿Dylan? ¿Te has perdido o algo? ¿Has venido a por el trago de los campeones? —John me mira con esa estúpida y falsa sonrisa. La sonrisa del perdedor. Del farsante.

Yo prefiero no contestar. No puedo. Noto la sangre cómo hierve en mi interior como una maldita infección masiva. John y su amigo se miran. El

amigo le da un pequeño codazo y los dos levantan un poco la vista para ver algo un poco más atrás de donde yo estoy. No puedo evitar girarme.

La camarera que trató de tocarme y que yo rechacé, me señala desde lejos. Junto a ella está el guarda de seguridad de la entrada. Los dos se acercan hacia donde yo estoy.

Cuando me vuelvo a girar veo cómo John sonrío. Se siente invencible. Satisfecho. Intocable.

Y ahora ya no pienso. Actúo. Me lanzo contra él como si nada se interpusiese entre nosotros y no tiene tiempo de verme llegar. Los dos caemos hacia atrás. Aprieta los dientes. Ruido de cristales rotos. La madera cruje. Las patas de la mesa se abren como las piernas de una bailarina de danza clásica. Antes de que su cabezota sepa bien lo que está pasando le doy un puñetazo con todas mis fuerzas con la intención de que le duela hasta el alma. Mis nudillos también lo han notado. Me digo que ese puñetazo le dejará una bonita marca en la cara. Que no tiene ni idea de la enorme estupidez que cometió poniéndole las manos encima a mi hija. Él me mira asustado. Vuelvo a golpearle y esta vez veo cómo se abre una brecha en su pómulos izquierdo. La piel se abre y la sangre sale.

—¿A ti qué demonios te pasa?! ¿Se te ha ido la cabeza?! —Me grita desde el suelo, a escasos centímetros de mi cara. Ahora ya no se ríe. Ahora es consciente de que los chicos como él también sangran.

Le doy dos nuevos puñetazos con todas mis fuerzas y cuando le voy a dar el tercero alguien me estrella una botella en la cabeza. Lluvia de cristales y cerveza. Veo de reojo al chico que estaba sentado con John.

Me mareo casi instantáneamente y pierdo un poco la posición. Me desestabilizo. El lúpulo se me mete en los ojos. Y algo que debe ser una mezcla entre sangre y cerveza resbala por mi cabeza hasta besar mi cuello. Cuando voy a girarme para parar un posible segundo impacto noto cómo

alguien me coge con fuerza por detrás, a la altura de mi cuello. Yo empiezo a patallar. Es muy fuerte. Veo cómo la imagen de John, todavía tirado en el suelo, se empieza a difuminar, como un fundido a negro en el cine cuando acaba una escena y empieza otra. Me agarro a ese brazo que me está estrangulando y noto cómo mis fuerzas empiezan a descender rápidamente como si alguien acabase de abrir un agujero del tamaño de una pelota de tenis en el depósito de combustible de mi cuerpo, de mi vida.

Siento que me desvanezco.

—¡Vale! ¡Vale! ¡Vale! ¿Te vas a tranquilizar ya? ¿Te vas a tranquilizar ya?
—Escucho que alguien me dice muy a lo lejos. La voz del guarda se agarra a sus cuerdas vocales y las hace vibrar con tosquedad. Me digo que es una voz perruna. Una guitarra con las cuerdas destensadas.

Yo levanto los brazos en signo de total rendición. Babeo, literalmente. Los ojos se me cierran, es como una especie de reflejo, y entonces noto el fuerte puñetazo que alguien acaba de darme en la boca del estómago.

—¡Eh! ¡Por ti también va! ¡Fuera los dos! —Escucho de nuevo gritar al guarda de seguridad, que continúa tras de mí haciendo gala de lo bien que se le da la famosa maniobra de estrangulación.

Pero me vuelven a golpear con fuerza, esta vez en la cara. Son dos los golpes seguidos que me llevo. Mi nariz empieza a gotear sangre y noto cómo llega a mi paladar ese sabor a metal. A hierro.

—¡Eh! ¡Que pares! —El guarda vuelve a gritar tras de mí. Empiezo a notar que ha empezado a aflojar la intensidad con la que cierra su enorme brazo sobre mi cuello. Un nuevo golpe en la cara me acaba de partir el labio. Noto como la piel se me clava en mis propios dientes y que al menos uno de ellos ha salido disparado hacia el interior de mi boca.

—¡Te lo he advertido, estúpido! —grita de nuevo el guarda de seguridad, momento que aprovecha para dejar de apretarme el cuello. Me suelta.

—¡Él ha empezado! —escucho cómo grita John.

Empiezo a abrir los ojos lentamente y a toser. Tengo la garganta completamente cerrada. Me es imposible tragar saliva, pero poco a poco noto que empieza a correr un fino hilo de aire que hace que mis pulmones se vuelvan a llenar. Que todo el ciclo vital vuelva a empezar otra vez en mi interior.

Me levanto y veo cómo el guarda de seguridad está intentando alcanzar a John, que tiene la cara totalmente ensangrentada a causa de mis puñetazos. John corre y el guarda, como un hipopótamo en un campo de amapolas, lo va destrozando todo a su paso. Las mesas por el suelo y las sillas dando volteretas. Miro a mi alrededor y la gente del local nos mira como si estuviésemos dando una especie de espectáculo planeado. El circo humano. Es posible que algunos incluso piensen que la sangre es de mentira. Ríen. Gritan. Silban. Chillan. Salivan. Alientan. Vitorean. Es deplorable. Me pregunto si esto es la consecuencia de vivir una realidad de mentira, si todos nosotros no nos habremos convertido en una sociedad de mentira. Somos gente de mentira. Somos falsos y estamos equivocados. Un fracaso evolutivo. Nuestra felicidad es una mentira. Nuestra tristeza, nuestros éxitos, nuestras ilusiones, es solo una gran mentira que nos hemos ido creyendo desde bien pequeños. Vivimos y soñamos la vida de otros, no la nuestra.

Pero yo que lo miro desde dentro, yo que lo estoy sintiendo, puedo ver que lo único que es real es que no somos más que unos desalmados que no pararán hasta despedazarse. Hasta destrozarse los unos a los otros. Eso es lo que somos.

Justo cuando el guarda de seguridad está a punto de alcanzar a John, su amigo, nuevamente por la espalda, le estrella al guarda una botella en la parte posterior de la cabeza. Con la pequeña gran diferencia de que la botella esta vez no es de cerveza, como en mi caso, esta vez es de whisky caro. De esos en

los que el vidrio tiene al menos un dedo de grosor. Es tan grueso que la botella ni se rompe. Pero todos podemos escuchar el feo ruido que ha hecho al impactar contra el hueso. Se hace el silencio. El guarda empieza a gritar llevándose las manos a la cabeza, brecha, y John aprovecha para lanzarse contra su abdomen como un contrincante de lucha libre. Los dos se van a tierra. Empieza a golpearlo con fuerza y yo, que ya me siento algo recuperado, no puedo quedarme más tiempo parado, observando. Me acerco lo más rápido que puedo y de camino cojo una silla por el respaldo y sin amortiguar ni un solo ápice la inercia que llevo se la estampo a John directamente en la cara. Cae rodando hacia un lado tirando más mesas y sillas. Aparatoso ruido. Estamos dejando el local hecho un verdadero asco. El guarda de seguridad escupe sangre en el suelo y parece estar a punto de echarse a llorar. No está acostumbrado a recibir. El amigo de John me mira, me evalúa, debe estar esperando a que yo baje la guardia para actuar, para atacarme por la espalda, es su forma de atacar. Pero yo voy directo hacia él y no tiene más remedio que tratar de alcanzarme con la botella. El movimiento que hace con su brazo derecho es tan previsible que me da tiempo a observarlo y a esquivarlo. Me adelanto. En cuanto pierde la posición me tiro contra su cintura y se va rápidamente al suelo. Bajo su espalda estallan un par de botellines de cristal más. Se asusta.

Escucho cómo la gente grita que llamen a la policía. Supongo que ya deben estar empezando a ser conscientes de que la pelea va tan en serio como sería es la muerte, que es posible que al final tengan que declarar como testigos de uno o varios homicidios. Tal vez solo esa sea la razón por la que quieran parar el asunto, ahorrarse el papeleo, más que nada. Ya han tenido su dosis de sangre, su dosis de realidad. Ahora toca volver a casa. Mañana hay que trabajar.

Le doy dos fuertes puñetazos al amigo de John y él se hace un ovillo en el

suelo. Lo dejo cuando veo que ha empezado a llorar. No es más que un crío asustado. Un crío con muy malas ideas y muy malas artes, todo hay que decirlo.

Me levanto y veo cómo el guarda de seguridad se ha intentado poner en pie, pero tiene que agarrarse a una silla porque se marea. El botellazo que recibió debe haberle dado en ese punto de la cabeza, el que está cerca del oído, con el que se controla el equilibrio. No es capaz ni de dar dos pasos seguidos. Levanto la vista en busca de John y me inquieto al no encontrarlo en mi campo de visión. Los ojos me escuecen y no puedo respirar por la nariz. Noto cómo la sangre se seca y se cuarteja alrededor de mi boca.

Doy una vuelta sobre mí mismo y lo que sí veo es cómo dos de las cámaras se llevan de pronto las manos a la boca y gritan *ohhh*. Me giro en la dirección en la que apuntan sus ojos y veo cómo John está a punto de estrellar un extintor en mi cabeza. Aunque por suerte o por una especie de milagro, al tratar de hacerme hacia atrás, el exceso de cerveza derramada hace que me resbale y que me vaya de culo al suelo con extrema rapidez. Siento cómo me abanica a milímetros de mi cara el contundente y amenazante cuerpo metálico del extintor. John ha intentado imprimirle tantísima fuerza al golpe, creo firmemente que su intención era matarme, que su propia inercia lo ha desequilibrado y se ha ido también al suelo dando una cómica vuelta completa sobre sí mismos.

Es mi oportunidad.

Me coloco encima de él y antes de que tenga tiempo de esquivarme, lo golpeo.

Lo golpeo.

Lo golpeo.

Lo golpeo.

John empieza a entrecerrar los ojos y extiende los dos brazos en cruz.

Balbucea algo que no entiendo y de su boca empieza a salir una baba roja intensa.

Yo sostengo el puño en alto mientras lo cojo por el cuello.

—¡Alto! ¡Policía!

Levanto la vista en dirección hacia la puerta de entrada y veo a dos policías uniformados echándose mano a la porra. Se acercan a la carrera.

—Escúchame atentamente, John —Le digo vocalizando bien cada sílaba. Él abre un poco los ojos. Su cara está totalmente hinchada, pero parece que me está escuchando perfectamente—. No sé si has sido tú el que me ha jodido o no, pero lo que sí se es que has estado pasándote de la raya con la persona equivocada, y si me entero que alguna vez se te ocurre volver a mirar o tocar a mi hija, te juro por mi vida que no solo te mataré, sino que te haré pasar tanto dolor como grande es tu asquerosa imaginación. No eres más que un mierda, John, la gentuza como tú no merece un espacio en este mundo, la gentuza como tú que se cree con el derecho de ir por ahí golpeando y maltratando a las mujeres no merece... en fin, yo no soy quien para decidir quién merece o no merece vivir, pero si le vuelves a poner una mano encima a mi hija, te mataré.

John vuelve a balbucear algo antes de que me vaya, y esta vez sí me parece entender lo que dice. La policía está a punto de llegar.

—Chris... —dice débilmente.

—¿Cómo?

—Él fue quien te jodió, fue él y también... —No puede terminar la frase porque se le acaba de llenar la boca de sangre. Salsa de tomate.

Lo dejo caer justo cuando los dos policías están a punto de caer encima de mí. Ellos siguen gritando alto, policía, y yo salgo disparado hacia la salida de emergencias. El local es oscuro y hay muchas mesas y sillas de camino. Consigo salir al exterior, múltiples golpes en mis muslos y piernas con el mobiliario barato, y no paro hasta que le doy una vuelta casi completa a la

manzana del Four Seasons para llegar hasta donde tengo aparcado el Mustang que me llevé prestado.

Uno de los policías me sigue y me da el alto. Saca la pistola. Apunta. Yo me digo que ni tan siquiera eso me puede parar. Que dispare, si es lo que quiere, que lo intente. Arranco y acelero al máximo mientras veo cómo el policía me sigue con la mirada con la punta de la pistola, pero no llega a disparar. Su figura va menguando en el espejo retrovisor central y antes de que lo pierda de vista, me parece ver allá a lo lejos, la figura de una segunda persona que aparece a su lado, me parece ver de nuevo al hombre negro.

Son más de las nueve de la noche. Y todavía tengo que despedirme de Rachel, de mis padres, y tener unas palabras con el malnacido de Chris. No sé si John solo ha dicho eso por decir algo o simplemente porque es la verdad, una verdad que de algún modo él conocía.

De todas formas espero que John tengo la suficiente cabeza para entender bien el mensaje que le he dejado. Espero haberle quitado un gran problema de encima a mi hija. Porque John, al fin y al cabo, no era más que una de esas cosas que se hunden y que tarde o temprano acaben por hundirte a ti con ellas.

CAPÍTULO 15

Lavado de cara

Cuando me he alejado lo suficiente del Four Seasons paro junto a un parque de la ciudad, el Shore Road Park, justo al lado del puente Verrazano-Narrows que me llevará hasta Staten Island, la pequeña isla donde vive Rachel. Cojo aire. Estoy completamente destrozado. Me duele todo. Hasta respirar. Y necesito urgentemente un lavado de cara. Porque todo yo soy una mancha humana.

Palpo el hueso de mi nariz, partido, eso me está dificultando mucho respirar. Lo trato de enderezar llevándolo hacia el lado contrario al que se encuentra ahora. El dolor es fuerte, pero en cierta manera ya me he acostumbrado a los golpes y apenas me quejo. Casi de forma instantánea empiezo a respirar mejor, aunque la nariz sigue teniendo un aspecto horroroso. Deformada. Es el doble de su tamaño, como la de un boxeador novel. Un hilo de sangre empieza a caer por mis fosas nasales tras la reducción de la fractura. Busco en la guantera del Mustang y saco un montón de papeles que parecen facturas de la luz y el agua. Me limpio con ellos. No absorben nada, más que eso lo que hacen es extender la sangre por mi cara. Me digo que lo que en realidad necesito es agua.

Los golpes que me dio John en la boca también han dejado un horrible rastro. Mi labio inferior tiene un feo corte que casi lo parte por la mitad en uno de sus extremos, además recuerdo lo del diente que me ha roto. Es uno de los colmillos, el del lado izquierdo. Lo ha arrancado de cuajo y ahora tengo un hueco, también inflamado, por el que podría introducir mi dedo meñique entero.

Apesto a sangre, sudor y cerveza. El botellazo en la cabeza del amigo de John también me ha abierto una pequeña brecha, aunque no tiene nada que ver con la que me hizo Cameron con el bate, de hecho a su lado no parece más que un araño.

Me enciendo un cigarro antes de poner rumbo a uno de mis últimos destinos. Rachel. Mis intestinos regurgitan y mi garganta arde. Tengo hambre y me siento desfallecido. Los nudillos de mi mano derecha están amoratados, uno de ellos, de hecho, aparece como mucho más hundido que el resto. Es posible que me haya hecho algún tipo de fractura también ahí. Apenas duele, porque lo cierto es que noto la mano como si fuese de goma.

Por primera en el todo el día siento ese extraño y patético síndrome de abstinencia que produce el estar «incomunicado». Me siento solo. Me digo que estaría bien sacar el móvil y hacer alguna que otra llamada, como por ejemplo llamar al indeseable de Chris y decirle lo que les espera, como por ejemplo enviar algún que otro mensaje a alguien a quien probablemente le incomode ver mi nombre en el avisador de notificaciones, dejar un post en una red social a modo de despedida o algo así que será historia en cosa de pocos segundos, como un suspiro cargado de humo. O simplemente perder un poco el tiempo navegando por internet. Pero rápidamente me digo que nada de eso me va a aportar algo de provecho, nada de eso me va a hacer sentir mejor ni me va a dar algo con lo que poder cerrar todos los flecos sueltos que ido dejando a lo largo y ancho de mi existencia. Nada de eso va a hacer que deje de sentir ese intenso frío que ha empezado a avanzar por todos los rincones de mi cuerpo. Parecido al que se siente al abrir la puerta de un frigorífico industrial. Lo único que de verdad necesito y que echo en falta es el calor humano, el contacto auténtico, el de verdad. No el de mentira. Algo que no sabía que echaba tanto de menos hasta que me he decidido a moverme, a actuar. Mirar a la gente a los ojos y decir lo que se siente, lo que se piensa.

La soledad y el apremio del tiempo me hacen pensar más de lo normal. Reflexionar sobre cuestiones en las que no solía pensar.

De pronto surge en mi cabeza una pregunta que de algún modo siempre ha estado ahí pero que a lo largo de este día ha ido cogiendo más y más fuerza, como una de esas bolas de nieve que empiezan siendo nada y terminan siendo una avalancha. Me pregunto cuál ha sido el momento más feliz de mi vida, me pregunto qué momento me llevaría conmigo a la otra vida si pudiese encerrarlo en una diminuta urna para poderlo transportar conmigo a cualquier parte y tenerlo presente siempre.

Sonrío con nostalgia. El paso de los años, de la vida, lo siento como una horrible fatalidad, una pérdida de la que uno no se recupera jamás.

El problema es que todavía no sé cuál de esos momentos me llevaría conmigo, y lo más triste es que tampoco tengo demasiados donde elegir. Aunque en casi todos ellos aparecen Connor y Camila. En casi todos.

En cuanto me acabo el cigarro salgo del Mustang y entro en el parque. Ya ha anochecido y la oscuridad me favorece. No llama tanto la atención mi aspecto de moribundo. Mi rostro resquebrajado y mi cabeza con una costura de un tamaño considerable son menos a amenazantes ahora que me muevo entre las sombras.

Llego hasta una de las fuentes del parque y me quito la camisa. Compruebo que no hay nadie a mi alrededor y me arrodillo para meter la cabeza dentro del pequeño estanque que forma el agua que cae del gran chorro vertical. Sumerjo la cabeza en su interior y espero a que se limpien un poco todos los restos de sangre, cerveza, sudor y suciedad de mi cabeza. Abro los ojos y dejo que ese agua recirculada inunde mis iris y mi conjuntiva. Noto un picor. El suelo está lleno de un moho verdoso y alguna que otra moneda pequeña. Me preguntó si alguno de esos deseos se cumplió.

Froto un poco mi cara y mi pelo y cuando saco la cabeza me remojó un

poco el torso. La temperatura ha bajado y noto un poco de frío. Más frío.

Vuelvo a vestirme y dejo que de camino al coche el viento me acaricie. Ya falta poco, es la recta final, y tengo que acelerar.

Arranco el motor y pongo rumbo a Staten Island. Cruzo el puente colgante de Verrazano-Narrows y bajo las ventanillas para sentir por última vez la putrefacta brisa que emerge de la bahía de Nueva York. Durante un instante cierro los ojos y acelero. Siento ese vértigo de caída libre, de peligro inminente. Pero el ruido de un claxon hace que los abra con rapidez. Casi invado el carril contrario y por poco choco contra el coche que venía de frente.

De nuevo, un nudo aprieta bien fuerte mi cuello. Como una incómoda corbata. Esta será la última vez que vea a Rachel, al amor de mi vida. Y eso hace que me sienta terriblemente triste.

Sonrío al ver que son casi las diez y que llegaré a la hora de cenar, como solía hacer, así que en cierto modo será como nuestra última cita.

Antes de aparcar pienso en lo que me dijo John acerca de Chris. Y llego a la conclusión de que no me cabe ninguna duda de que fue él. Siempre anduvo detrás de mí diciendo que le debía dinero y que algún día vendría a cobrárselo. Bien, pues ya se lo ha cobrado, o mejor, debe estar a punto de cobrárselo. Espero que tras mi vuelta del viaje relámpago a Pittsburg tenga tiempo de encontrarlo y de que nos despedamos como es debido, a lo grande.

Aparco a unas tres manzanas de la casa de Rachel y aun me siento afortunado. Todo Staten Island es como un gran atasco de coches y de tráfico. Voy dando un paseo y noto mariposas en el estómago, las piernas me tiemblan. Recuerdo nuestra primera cita y mi respiración se agita. Me seco una lágrima antes de escuchar algo que detiene el movimiento de mis pulmones casi por completo.

El desgarrador e inconfundible grito de una madre. Peligro. Un niño de

unos tres años se ha soltado de su mano y está cruzando la calzada. Sonríe alegremente, no es consciente. Viene hacia donde yo estoy. El problema es que un coche se aproxima a toda velocidad y está a punto de alcanzarlo, de impactar de lleno contra su menudo cuerpo. Todo pasa extraordinariamente rápido y a su vez, percibo ciertas cosas como a cámara lenta. Es extraño. Me digo si no habrá llegado ya mi final, de forma prematura, exactamente igual que se ha presentado el día de hoy, porque lo cierto es que algo en mi interior me dice que no puedo quedarme parado, a pesar de lo que pueda pasar. Doy tres rápidas y largas zancadas y me lanzo en plancha contra el cuerpo del niño justo antes de que el coche, irremediablemente, impacte sobre frágil y pequeño cuerpo.

No sé aún muy bien cómo lo he hecho, pero consigo llegar unas milésimas antes y evito su atropello. En cambio no puedo evitar que el morro del coche impacte sobre una de mis caderas. El niño y yo caemos derrapando en el suelo y me sorprende que incluso se ha activado en mí algún tipo de reflejo, porque he tenido tiempo de girarme un poco mientras caía y ha sido mi cuerpo la superficie de contacto con la que hemos frenado en el asfalto.

Todo se ha quedado momentáneamente en silencio. Me llega el olor a neumático quemado. Caucho desintegrado. Es el niño quien nos devuelve de nuevo a ese ruido de vida. A esa incesante música. Llora. A él se une su madre, que se acerca despavorida gritando y llorando al mismo tiempo. Aarón, Aarón. No para de repetir el nombre de su hijo. En una de sus manos todavía su teléfono móvil tamaño xxl. Ella está impecablemente vestida y majestuosamente maquillada. Parece sacada de un cuadro de la realeza inglesa. Mis ojos se van directos a sus tacones de diez centímetros y me pregunto cómo narices puede alguien correr con algo así.

Se afana por recorrer cada centímetro del cuerpo de su hijo y al comprobar que, a pesar de los llantos, está intacto y que no le falta nada, se

abraza a él con más fuerza y llora con más fuerza aún. Está muy asustada. Pero aliviada. Y con razón. Se ha librado por muy poco.

Yo he tratado de levantarme y noto cómo arde mi cadera derecha. Me falla. El coche, que había frenado y se había hecho a un lado, arranca y se larga. Debe haber comprobado por el visual de su espejo retrovisor que estamos vivos, que no ha matado a nadie, y no quiere líos. La gente llama lío a hacerse responsable de sus actos, aunque lo cierto es que en esta ocasión el niño salió de la nada, pero si yo tuve tiempo de verlo tal vez él también podría haber hecho algo más. Tal vez eso sea lo que se esté preguntando ahora, mientras lo engulle el final de esa avenida y tuerce en la primera boca calle con rumbo a ese lugar llamado «olvidar».

—¿Se encuentra usted bien? No se mueva por favor, dios mío es usted un ángel, acaba de salvarle la vida a mi hijo. ¿Le duele mucho? —La mujer, con la cara llena de lágrimas, no sabe si ayudarme a levantarme o ayudarme a sentarme, porque con cada intento que hago por ponerme en pie la cadera derecha me falla y me vengo abajo como una cría de caballo recién nacida.

—Sí, me encuentro bien, solo necesito un poco de ayuda para levantarme —Le digo mientras pienso internamente que debo tener algo roto en la cadera o en la pelvis, porque el dolor que estoy empezando a notar no es normal, digamos que está a otro nivel.

—Está usted totalmente pálido, señor, por favor deje que llame a una ambulancia o que lo lleve a un hospital, es lo menos que puedo hacer... —La mujer mira la hora cuando dice lo de llevarme a un hospital. Tiene prisa y se plantea el dejarme allí—. ¿Le llamo un taxi? Será lo más rápido y lo más seguro, yo correré con todos los gastos, por supuesto.

El dolor de la cadera me corta la respiración y me impide responder, pero en cuanto me pongo en pie y consigo enderezarme un poco, me digo que esto tampoco me va a parar.

—No se preocupe, de verdad, señora, tengo mucha prisa, ya iré más tarde a que me vea un médico.

—¿De verdad? —pregunta con preocupación y sorpresa.

—De verdad.

—No sabe cuánto lo siento... —dice inclinando la cabeza hacia un lado. Ensayado y sensual gesto. Piensa que la jugada le va a salir perfecta. Se va a ir a casa como si nada y yo me convertiré en una bonita anécdota que contar la próxima vez que tome café con sus amigas. Tiene los labios pintados con un brillo rosa palo y se los humedece continuamente. Su hijo, que está cogido de una de sus manos, me mira con los ojos muy abiertos.

—No pasa nada, en serio, tengo que marcharme —Le digo mientras trato de orientarme y empezar a moverme hacia la casa de Rachel.

—Muchas gracias de nuevo, señor, es usted ángel, si alguna vez puedo hacer algo por usted...

—No se preocupe, en serio, la próxima vez simplemente procure no dejar a su hijo suelto... —A la mujer no le ha sentado nada bien ese último comentario. Se pone seria. No le ha hecho gracia que insinúe que ha sido culpa suya que su hijo haya estado a milímetros de perder la vida.

Yo me doy la vuelta y sigo mi camino con una terrorífica cojera. Escucho cómo ella le dice vamos a su hijo y cuando llevo cuatro o cinco metros caminados, me paro un instante y miro hacia atrás. Aarón, el niño al que acabo de salvar y que ahora sí camina cogido de la mano de su madre, también se ha girado. Nos miramos durante un par de segundos. Yo le guiño un ojo y él me regala una sonrisa mágica. Le digo «pórtate bien» mentalmente, y también «no dejes nunca de moverte».

Llego como puedo hasta el lugar donde vive Rachel y trato de no pensar en ninguno de los dolores que atraviesan mi cuerpo de parte a parte.

Ya falta poco y le digo a mis pies, a mis piernas, que por favor no me

fallen, que me lleven solo hasta el final de este día. Mi último día. Que aguanten un poco más. Solo unas cuantas horas más.

CAPÍTULO 16

Rachel, el amor de mi vida

Me detengo justo enfrente de su portal y me quedo observando un poco esa luz amarilla que se ve en la tercera planta, donde ella vive. Me pregunto qué le diré cuando la vea. Me digo que al final consiguió trasladarse a donde ella quería, a una de las mejores zonas de la ciudad y también de las más caras, Staten Island, la pequeña isla. Supongo que debe haberle ido bien sin mí en lo económico. La luz amarilla se apaga y yo miro la hora, son las diez y cuarto. Es pronto para irse a la cama, por lo tanto es posible que esté a punto de salir de casa.

Sin tiempo para pensar nada más, veo cómo se aproxima un coche lentamente. Los faros iluminan toda la calle. Me deslumbran. Yo no sé por qué pero me agazapo ligeramente tras un coche. Espero. El coche se acaba de detener justo enfrente de la casa de Rachel. El motor continúa en marcha. Me pregunto si ese alguien ha ido a recogerla para llevarla a cenar, si tiene una relación, y me invade una molesta y devastadora ola de celos.

¿Quién será?

Saco un poco la cabeza de donde me escondo para tratar de ver quién es.

Poco a poco la imagen del conductor se empieza a ver con claridad en medio de la total oscuridad.

Mi corazón palpita con inusual fuerza.

Es Rob Baker.

Su amigo de siempre y compañero de trabajo en la gestoría. «El pesado», como yo lo llamaba.

Mi sangre hierve. Burbujea.

Siento una profunda y oscura rabia. No puedo creer que al final Rachel haya decidido tener una relación con él. Sé que no tengo derecho a exigirle nada ni mucho menos a decirle con quién puede o no puede estar, pero en cierta manera me siento engañado, traicionado. A mí ese tío nunca me gustó, siempre le vi un aire de aprovechado, maléfico. Su pose de amigo para todo siempre me pareció una completa mentira. Él es una de esas personas de mentira. Constante presencia en las redes sociales y siempre con una estúpida sonrisa en la boca. Pero en el fondo de sus ojos, lo que yo veía era que se moría de ganas por meterse bajo las bragas de mi mujer. Siempre he pensado que los hombres que estamos interesados en la misma mujer sabemos identificarnos mutuamente de algún modo, es como si nos olfateásemos y percibiésemos la hormona de la seducción. Es como una extraña percepción, tan extraña como para que alguien te tache de «loco» cuando dices que no sabrías cómo explicarlo pero que tú «lo notas». De igual modo pienso que deben identificar lo mismo las mujeres entre ellas cuando dos o más están interesadas en un mismo hombre. Yo siempre vi ese algo en Rob, siempre atufó a esa hormona de seducción, y nunca me gustó. Ahora, bastantes años después, parece haber conseguido por fin su objetivo y, lamento decir, que el tiempo me ha dado la razón.

La luz del portal se acaba de encender y no me cabe ninguna duda de que es Rachel la que está a punto de salir.

Efectivamente.

Se abre la puerta y sale. Resplandece. Está realmente bella. Vestido largo. Raso.

Algo me dice que si no hago algo inmediatamente entrará en ese coche y no volveré a verla nunca más. Y eso es algo que no puedo permitir.

—¡Rachel! —Ella levanta la cabeza y no puede ocultar sorprenderse al verme. Por un instante incluso me da la impresión de que se ha asustado.

Cruzo la calle y el dolor de mi cadera me impide correr. Cada vez que doy un paso noto un pinchazo tan intenso que hace que se me tense toda mi espina dorsal. Supongo que todo mi tubo neural, el centro de mi sensibilidad, debe estar enviando una señal de alarma tan grande como el canal de Panamá.

—¿Dylan? —Sus ojos se desorbitan—. ¿Estás bien? ¿Qué demonios te ha ocurrido? —Traga saliva. Me mira de arriba abajo cuando llego hasta ella. Se asusta.

—Necesito hablar contigo un momento, Rachel, a solas —digo mirando de reojo el coche mal aparcado de Rob.

Rob acaba de asomar la cabeza por la ventanilla y no esconde su malestar al verme. Resopla.

—Lo cierto es que nos esperan unos amigos para cenar, Dylan. ¿Podría ser en otro momento? Ahora tengo un poco de prisa —Se ha puesto uno de esos vestidos que tanto me gustaban. Los hombros desnudos. Yo aprovechaba para besarlos por detrás. Acariciarlos cuando pasaba una mano alrededor de ellos.

—Solo serán cinco minutos, Rachel, te lo prometo, necesito decirte algo —sueno desesperado. Estoy desesperado. Ella no tiene ni idea de que en unas horas dejaré de existir para siempre, y me digo que algo debe quedar de todo aquello que compartimos, de todo aquello que un día nos prometimos, ¿no?

Ella mira la hora de su teléfono móvil y, casualmente, empieza a sonar. No puedo evitar fijarme y en la pantalla aparece lo mismo que apareció en la pantalla del móvil de Camila, «número desconocido». De nuevo siento esa regurgitación en el pecho y no me apetece que lo coja. No lo hace. Cancela la llamada y casi inmediatamente empieza de nuevo a sonar. La vuelve a cancelar, está nerviosa, le cuesta atinar.

—Tienes un minuto —dice cruzándose de brazos. A mi llega un dulce aroma a flores salvajes. A unos metros veo cómo Rob mete de nuevo la cabeza

en el interior de su coche mientras suelta un bufido que no me gusta nada. Siento la tentación de ir hasta él y decirle que se largue de allí inmediatamente, matizando un «para siempre», pero enseguida me digo que no puedo desaprovechar ese minuto que Rachel me ha dado.

—No sé por dónde empezar, Rachel, es complicado...

—Te quedan cincuenta segundos...

Yo me he quedado en blanco y no encuentro ni una sola palabra. Digo lo que ha sido una constante entre los grandes éxitos de mis remordimientos durante los últimos quince o veinte años.

—Lo siento...

—¿Qué? ¿El qué sientes?

—Siento no haber sido esa persona que esperabas que fuese, Rachel, no haber sido ese marido ni ese padre de tus hijos que te merecías, que te prometí ser, que te merecías que fuese. Lo siento y te pido perdón por ello.

Rachel tuerce un poco el cuello y evita mirarme a los ojos. Yo por el contrario no le quito el ojo de encima.

—Bien, ¿y ahora qué quieres, Dylan? ¿Que nos reconciliemos? ¿Que volvamos a empezar? ¿Qué te parecería si incluso nos volviésemos a casar? —sarcasmo.

Entrecierro los ojos y dejo escapar a través de mi fracturada nariz algo de la fatiga que tira de mí cada vez con más fuerza. Una fatiga de vida.

—No me malinterpretes, Raechy, no van por ahí los tiros...

—No me llames Raechy.

Me digo que si ya no deja que la llame así es que quizá ella ya no sienta absolutamente nada por mí.

—Perdón, Rachel. No me malinterpretes. Yo solo quería decirte lo arrepentido que me siento por lo mucho que la cagué. Nunca estuve a la altura, y lamento muchísimo todo lo mal que te lo hice pasar. Voy a marcharme lejos y

quería que supieses que...

Rob empieza a tocar el claxon y no me deja terminar la frase. Me molesta profundamente y me planteo otra vez decirle que se largue de allí de una maldita vez o que se esté quieto y espere.

—Bien, Dylan, en serio, te agradezco que hayas venido y que estés arrepentido y todo eso, pero me tengo que marchar ya —dice Rachel sin mirarme a la cara y tratando de irse hasta el coche de Rob. Yo, en un acto totalmente instintivo, reflejo, la sujeto por un brazo cuando se dispone a darme la espalda para marcharse.

Su móvil cae el suelo y se desliza hasta mis pies.

Ella se gira, enfurecida. No le ha hecho gracia que la tocara. No le ha hecho gracia que su móvil se haya caído.

Rob vuelve a hacer sonar el claxon, debe estar nervioso por no poder escuchar bien aquello de lo que estamos hablando. Yo me digo que como vuelva tocar el pito lo sacaré por la ventanilla a rastras y se lo haré tragar.

—Perdón —Le digo a Rachel mientras me agacho para recoger su móvil. La cadera me suelta un latigazo de dolor que hasta mi nuca se tensa.

Recojo el teléfono móvil, la pantalla está iluminada y, de nuevo, no puedo evitar el impulso de mirarla.

Y lo que veo me alarma.

La visión ha durado como una fracción de segundo porque la pantalla se ha vuelto a oscurecer rápidamente, pero creo que de momento la vista no me falla.

Era la notificación de un mensaje que acababa de recibir. Era de Laura W., y ponía textualmente la siguiente frase:

«Llámame cuando puedas hablar. Recuerda que estamos juntas en esto, las dos. Y que quiero mi parte del dinero».

Mi cabeza vuela a millones de kilómetros de velocidad y no puedo evitar

pensar que Laura W. es Laura Winter, la mujer con la que mantuve una relación virtual y que juró hacerme tanto daño como el que yo le hice.

Y eso hace que me quede en blanco. No puedo pensar. Me bloqueo. Me siento tan estupefacto como jodido estoy.

¿Qué demonios significaba ese mensaje y cuándo, cómo y por qué se han conocido ellas dos?

—Tengo que marcharme ya, Dylan, que tengas un buen viaje, ya nos veremos —Rachel se da otra vez la vuelta y esta vez yo no tengo tiempo de agarrarla. No sabe lo que he leído. Todavía estoy en shock. No sé qué pasa.

—Eh, Rachel, espera —Le digo completamente desesperado. Inundado por la incompreensión de no enterarme de nada.

Ella se gira. Está junto a la puerta del coche de Rob, a punto de entrar.

—Qué.

—Siempre fuiste el amor de mi vida, siempre serás el amor de mi vida.

Ella saca una especie de triste sonrisa y se mete en el coche sin decir nada.

Rob arranca y desaparecen de allí en cuestión de segundos.

Empiezo a notar que las fuerzas me están empezando a abandonar de verdad. Esta última parada no ha sido lo que esperaba, ha sido un completo fracaso y una buena estocada que todavía no alcanzo a ver dónde la tengo clavada ni cuánto de grande es el daño que me ha hecho.

Me dejo caer sobre el capó de un coche y me quedo mirando unos instantes el cielo. Y pienso en si debería empezar a pensar en rendirme de una vez y abandonar.

Apenas unos segundos después, casi como si alguien estuviese escuchando mis plegarias, oigo cómo chirrían las ruedas de un coche. Conducción agresiva. Neumáticos nuevos. Sin sangrar. Me levanto lentamente y antes de ser muy bien consciente de nada, tengo frente a mí al hombre negro.

Otra vez. Sale en un movimiento extremadamente ágil del coche y se planta frente a mí.

—Ya te dije lo que pasaría si te pasabas de la raya, tenemos que irnos —
Con una mano, enguantada en piel, me invita a que pase al interior de su elegante coche.

Y yo me pregunto si me queda otra opción, ahora que ya ni tan siquiera tengo fuerzas ni piernas para correr. Ni tan siquiera en mi imaginación.

Me digo que ya ha llegado la hora.

Que ya estoy muerto.

CAPÍTULO 17

Las heridas mal cerradas, nunca de sangrar

Yo quiero sentarme en el asiento de atrás pero el hombre negro insiste en que me siente en el de copiloto. Le hago caso.

Su conducción es silenciosa, igual que él. No dice nada. Apenas se percibe su presencia. Es sigiloso. Las personas que conducen con guantes de piel siempre me han generado desconfianza. Supongo que es porque no me acabo de fiar de las personas que no quieren dejar sus huellas en ninguna parte.

Durante los siguientes diez minutos no nos decimos absolutamente nada. Yo miro por la ventana y me dejo hipnotizar por las luces de ciudad. Ruido visual. Él me mira de reojo. Sutil y desinteresado control. Tampoco acaba de fiarse de mí.

Consigo relajarme un poco y empezar a pensar en todo. Darle una última vuelta. En primer lugar me intento tranquilizar que tampoco pasa nada por no despedirme de mis padres. Después de todo solo quería ir hasta Pittsburgh por una razón, una sola, aunque bastante importante, todo hay que decirlo, por eso la había dejado par el final, por su trascendencia vital. Quería mirarlos a los ojos, sobre todo a él, al viejo, y preguntarle por qué, por qué demonios me tuvieron si nunca me quisieron, o mejor, preguntarles si me quisieron alguna vez.

Mis ojos escupen dos lágrimas amargas. Me jode tener que volver a llorar otra vez por esto. Las cosas son como son y no siempre hay que buscarles una explicación, una razón. Ocurren, simplemente, y ahí debería terminar todo. Pero a veces nuestra cabeza se niega a dar su brazo a torcer y

quiere más, quiere saber. Quiere saber por qué.

Ahora tengo claro que el viejo nunca dejará de hacerme daño, incluso cuando haya muerto. Necesitaba cerrar ese capítulo, era un capítulo importante, uno de esos en los que se resuelven cosas trascendentes y vitales, valga la expresión, para la resolución y comprensión de toda la historia, pero me parece que no va a poder ser y que dejaré esa parte abierta. Esa herida sin cerrar y sin coser. Pero el problema es que ese tipo de heridas, las que no cerramos, es que nunca dejan de sangrar.

—Tampoco es para tanto, olvídate ya, no eres el primero ni tampoco serás el último —dice el hombre negro que me mira de reojo. Debe haber visto mis lágrimas, pero no tiene ni idea de su auténtica procedencia.

—¿Puedo preguntar algo? —Le digo tratando de parecer cordial, tranquilo.

—Pregunta.

—¿Por qué dices que me he pasado de la raya? ¿Qué es exactamente lo que he hecho mal? ¿Ha sido por el jaleo en el Four Seasons? Tienes que saber que John Inx no es lo que se dice un buen tipo... —Él deja caer un poco las cejas sobre sus ojos, como un par de toldos. Se piensa la respuesta. La piel de sus guantes se tensa sobre el volante.

—No solo por eso, te has pasado de la raya muchas veces hoy, has estado molestando a mucha gente y al final hemos decidido pararte ya, antes de que sigas haciendo daño y complicándolo todo más.

Yo me quedo pensando en sus palabras. «Complicarlo todo más».

—¿Llamas hacer daño a salvarle la vida a un niño de tres años? ¿Llamas hacer daño a evitar que violen a una chica, salvar la vida de mi hijo o impedir que vuelvan a golpear a mi hija? Por no hablar de que he impedido que mi hermano se quite la vida o que un vagabundo pase hambre en bastantes noches.

El hombre negro suspira molesto. No le ha gustado. Se afloja el nudo de

la corbata.

—No es eso —dice sin apartar la vista de la carretera.

—¿Y entonces qué es?

—Ya te lo he dicho, te has pasado de la raya muchas veces hoy, y hemos decidido pararte. Se suponía que ibas a aprovechar el día para despedirte de tus seres queridos, ayudarlos, tal vez, pero en lugar de eso te has dedicado a ir por ahí todo el santo día armando revuelo, armando bronca. Mucho jaleo. No es ningún hecho concreto, es por todos en general. Has alterado a mucha gente y también has estado dando vueltas de aquí para allá sin parar, te has alejado, y te dije que no lo hicieras. Y ya está, se acabó, no quiero hablar más.

La actitud del hombre negro me molesta profundamente y hace que de algún lugar de mi interior, de ese agujereado y maltrecho depósito de vida, surja un pequeño hálito, como un impulso que recorre todo mi ser, toda mi conciencia, y hace que me ponga de muy mal humor. Instinto de supervivencia.

No solo pienso en mi viejo y en esa pregunta que me tiene que responder mirándome a la puta cara, sino en lo que me dijo John acerca de que Chris fue quien me jodió. Con la singularidad de que ahora tampoco puedo dejar de pensar en qué narices tienen que decirse Laura Winter y Rachel, porque ahora que la tormenta inicial ha cesado un poco, me pregunto si no tendrán algo que ver ellas con...

—¿Puedo preguntar otra cosa?

Él aprieta un poco las muelas.

—A ver...

—¿Lo de la posibilidad remota esa de la que me hablaste?

—¿Qué ocurre? —pregunta casi burlándose.

—¿Todavía existe?

Él mueve el cuello hacia los dos lados.

—No. Imposible. Te dije que esa posibilidad pasaba por volver conmigo

en ese preciso momento, y ese momento ya pasó. Por lo tanto...

Yo asiento en silencio, ya me imaginaba su respuesta, pero tenía que intentarlo antes de dar el siguiente paso.

—¿Podríamos parar un instante? Me estoy meando —Le digo al hombre negro llevándome las manos a la entrepierna.

—Ya falta poco para llegar, aguántate.

—Vamos, por el amor de dios, me estoy meando encima, solo será un segundo, te lo prometo —elevo el tono de voz. Indignación.

El hombre negro me mira otra vez. Nervios. Sus aletas nasales se abren.

—No —dice de nuevo.

Yo bufo con cinismo.

—No pasa nada, puedo mear aquí —digo mientras empiezo a desabrocharme el pantalón con rapidez.

El hombre negro retrae sus párpados. Asombro.

—Eh, pero qué estás haciendo —Se altera.

—Nada, solo mearé un poco, lo justo hasta que lleguemos, no te preocupes —digo mientras me abro la bragueta, meto una mano dentro y hago ademán de empezar a mear.

—Vale vale vale —dice el hombre negro arrugando mucho el entrecejo. Se altera. Pero hace lo que yo quiero. Empieza a reducir la velocidad y para en el andén a tan solo unos metros de donde nos encontramos. Una de esas zonas inhabitables y de paso que hay entre barrio y barrio. Me digo que Nueva York es una ciudad de contrastes, imagino que en cierta manera como el resto del mundo.

—Tienes un minuto, date prisa —dice mirándome con sobriedad.

—De acuerdo.

Salgo del coche y me alejo un par de metros. Está oscuro. Tengo un minuto. Me alejo un poco más, lentamente. La carretera en la que ha parado el

hombre negro está a las afueras de un barrio y en la antesala de otro. Apenas hay casas, ni tráfico, ni iluminación. Solo esa transición.

—Eh, no te alejes más, hazlo ahí —dice el hombre negro desde su asiento inclinando su tronco para que pueda verlo desde la ventanilla de copiloto.

Yo no le hago ningún caso y me alejo un poco más. Paso lento. Cojeo. Me dirijo todo lo rápido que puedo hacia unos contenedores, tras ellos hay una vieja nave industrial.

—Eh, párate ahí ahora mismo —dice el hombre negro elevando aún más la voz.

Llego hasta los contenedores y me sitúo tras ellos. Me digo que si no hubiese dejado la pistola y la recortada en el maletero del Mustang ahora todo sería mucho más fácil. Mis ojos recorren con urgencia los restos que hay a mi alrededor, necesito algo con lo que poder golpear al hombre negro. No quiero hacerle daño, pero no puedo irme con él aún. Solo quiero dejarlo fuera de combate un rato.

Muevo un par de cajas viejas y las abro para ver qué hay dentro. Libros y revistas. Escucho la goma del caro zapato del hombre negro. Se está acercando. No veo nada. Doy una vuelta sobre mí mismo y vuelvo a mirar otra vez en esas cajas viejas. Me digo que tal vez con un buen libro, uno de esos con tapa dura y un buen lomo... Empiezo a buscar y, tras apartar unas cuantas ediciones de bolsillo veo que al fondo, en la base de la caja, hay como una especie de enciclopedia. Es uno de esos tomos forrados con una cubierta brillante, solapas grandes, letras extra grandes y, sobre todo, un buen número de páginas.

—Eh, ¿qué demonios estás haciendo? Ya está bien, nos vamos —dice el hombre negro con mal humor justo detrás de mi espalda.

Yo no tengo tiempo ni de pensar ni de calcular mis movimientos. Me dejo guiar por mi intuición. Cojo el tomo enciclopédico con las dos manos y me

giro todo lo rápido que puedo. Él hombre negro, por algún motivo, ni se ha imaginado que yo estuviese tramando algo así. Sus ojos de sorpresa lo delatan. Y en cierta manera me extraña. Pero no tiene ni idea de lo desesperado que estoy. Quizá él no sabe que cuando alguien está a punto de morir; araña, muerde, grita, golpea, se aferra y hace lo que haga falta por mantenerse a bordo unas horas más.

Le estampo el tomo en la cara y él se queda aturdido. Parpadea. Sacude un poco la cabeza como si acabase de levantarse y estuviese terminando de despejarse. Repito la operación y esta vez pierde momentáneamente el equilibrio, trata de apoyarse en un contenedor pero termina yéndose al suelo como el que lleva toda la noche bebiendo.

—Lo siento —Le digo mientras dejo el libro junto a él y me dirijo lo más rápido que puedo a su coche.

La cojera es importante, inevitable, pero consigo llegar al coche antes de que el hombre negro se levante.

Cuando pongo el motor en marcha y arranco, veo que él ya se ha puesto en pie y que se ha quedado mirándome con el rostro completamente lleno de rabia. Me ajusticia con la mirada y puedo imaginar que la próxima vez que me vea, no tendremos solo palabras.

Piso el acelerador a fondo y pongo rumbo al aeropuerto Internacional Libertad de Newark, no solo es el que más cerca me queda, sino el que menos controles de seguridad tiene y el que mejor me viene en cuanto al horario de los vuelos, algo que esta mañana tuve tiempo de mirar.

Son casi las once de la noche, y necesito ir y venir de Pittsburgh en tiempo récord para cerrar de una maldita vez una de esas heridas con las que llevo toda la vida desangrándome.

CAPÍTULO 18

El aeropuerto

Tardo aproximadamente media hora en llegar al aeropuerto de Newark.

Sonrío al recordar las advertencias del hombre negro sobre aquello de que no me alejase. Serán solo unas cuatrocientas millas, nada más. Me digo con sorna. Imagino que debe pensar que es posible que esté pensando en escapar, aunque lo cierto es que en ningún momento me he planteado siquiera esa opción. No quiero ni pensar lo que podría ocurrir en ese caso, tal vez podrían tomarla contra alguno de mis hijos, como represalia. La verdad es que no quiero ni pensarlo.

Miro el reloj, las once y treinta y cinco. El vuelo a Pittsburgh sale a las doce, ya deben estar cerrando las puertas de embarque.

Me apresuro.

Empiezo a sentir cómo me invade una extraña sensación de bienestar al recordar que, el horario de los vuelos, este y el que había mirado esta mañana como segunda opción y con salida desde el aeropuerto JFK, era de lo poco que había fijado como inamovible en la planificación para el día de hoy, y compruebo que estoy a punto de cumplir con esa planificación y eso me hace sentir que por primera vez en mucho tiempo, lo estoy haciendo bien. Voy por donde quiero ir. Y me dirijo directamente hacia al lugar en el que debo estar. Es como si por primera vez en mi vida, yo fuese quien tiene el control y no todo aquello que me rodea.

Llego hasta la puerta de embarque. La cadera me arde, pero de algún modo estoy empezando a aprender a convivir con ella. Puede que solo sea porque mi cuerpo se está adaptando a esa lesión y ha empezado a utilizar otros

músculos y articulaciones para moverse, para seguir avanzando.

Hay una mujer frente a un pequeño ordenador, le da la bienvenida a una pareja que enfila el pequeño túnel que los dirigirá directamente hacia el interior del avión. En cuanto entran, ella se dispone a cerrar las puertas, como si yo no estuviese también frente a ella, como si yo fuese invisible, no existiera.

—Disculpe, señorita —Le digo con la mejor voz que a esas horas puedo reunir.

—¿Qué ocurre? —A pesar del kilo de maquillaje que lleva encima, es bastante expresiva. Exagera una sonrisa prefabricada. El problema es que esa expresión, esa sonrisa, me parece que no es más que una gran mentira.

—No ocurre nada, este es mi vuelo, yo estaba detrás de la pareja que acaba de entrar y usted casi me cierra las puertas en la cara. Y ahora, ¿me deja entrar, por favor? —intento olvidarme de mi aspecto, de lo sucio y magullado que voy, y me concentro en lo bien que se me daba fingir y mentir a mí también hasta el día de ayer. Trato de parecer lo que era, una persona autoritaria, con determinación, trato de interpretar de nuevo ese rol.

Ella, al parecer, al ver mi aspecto, no ha pensado ni por un momento que alguien como yo pueda coger un vuelo. Incluso puede que no haya reparado ni en mi existencia hasta que yo la he abordado. Las personas como yo, con aspecto de vagabundo y de haber estado todo el día recibiendo, somos como esa parte de la conciencia que se ignora, que se deja encerrada en esa habitación de la casa que no tiene ni puertas ni ventanas. Somos esa verdad incómoda.

—Perdón, caballero, no sabía que usted...

—No importa, y ahora si me permite, creo que mi avión está a punto de salir —digo sin dejar que acabe la frase mientras abro las puertas de embarque que ella acaba de cerrar.

Contengo la respiración y trato de encarar lo más recto y menos cojo posible ese túnel que me llevará directo a mi asiento.

Pero Susan, que así dice que se llama la elegante chapa que tiene clavada en el bolsillo superior de su camisa, todavía tiene una última palabra.

—Disculpe, caballero.

Yo me hago el sordo. Finjo no escuchar nada. Continúo andando.

—Caballero, por favor, un momento, no me ha enseñado su billete, necesito ver su billete —dice Susan imprimiendo más intensidad a su dulce voz. Ella también asume su rol. Interpreta.

No puedo evitar detenerme en seco al escuchar sus palabras. Suspiro mientras me digo que no me van a dejar que me salga con la mía tan fácilmente, que no me lo van a poner fácil en ningún momento y que voy a tener que luchar con uñas y dientes hasta el final.

—Caballero, se lo estoy pidiendo amablemente, no puedo dejarle entrar si no me enseña su billete, son las normas —dice de nuevo Susan haciendo alarde de una valentía mayor de la esperada. Supongo que es esa valentía que alguien saca cuando es su empleo el que está en juego, su dinero, su sustento. Porque sin dinero, en este mundo no somos nada.

Me doy la vuelta y al verme, ella se asusta. La expresión de mi cara debe de haber sido un real reflejo de lo que siento en estos momentos. Una mezcla entre el cansancio y la rabia. Imagino que esos dos ingredientes, cuando se juntan en cantidades suficientes, pueden hacer que un tipo tranquilo se convierta en un tipo peligroso.

—Mire, señorita Susan —digo haciendo énfasis en su nombre—, no tiene ni la menor idea del día que llevo. Me han atropellado, me han disparado, he tenido un grave accidente de tráfico, me han abierto la cabeza dos veces, me han roto la nariz, la boca, varias costillas y he recibido más golpes de los que recibirás tú en toda tu vida, así que, le puedo asegurar que lo último que

necesito ahora es que alguien me venga a decir si puedo o no puedo pasar. Este es mi vuelo, y voy a pasar, ¿lo entiende?

Susan agacha la mirada. Está a punto de echarse a llorar. Mi presencia y el tono de mis palabras la incomodan, la asustan. Pero no da su brazo a torcer.

—Lo siento mucho, señor, pero no puedo dejarle pasar, son las normas, si lo deajo pasar perderé mi trabajo...

Susan, a pesar de estar tan metida en el papel que parece que no ha hecho otra cosa en toda la vida, conserva algo que me recuerda a mi hija, a Camila. Esa inocencia que todavía la hace creer en la gente, en las personas, y también en que las normas están para cumplirse porque justas por naturaleza.

—Está bien, Susan, no pasa nada, llame al sobrecargo de vuelo y dígame que salga —trato de calmarme. No quiero dañarla.

—¿Qué?

—El sobrecargo de vuelo, por favor, Susan, se está haciendo muy tarde, llámalo y yo le explicaré lo que sucede.

—Señor, ¿por qué quiere que haga eso? Solo tiene que enseñarme su billete y podrá entrar, no hace falta molestar al sobrecargo. ¿Ha perdido el billete? ¿Es eso? Es posible que baste con su tarjeta de identificación personal, si usted la introdujo en la base de datos al comprar el billete puedo cruzar datos y arreglar el problema enseguida. ¿Le parece si hacemos eso, señor?

Yo suspiro con fuerza. La chica es más resolutiva de lo que pensé, y también más tozuda. Al menos está tratando de encontrar una solución a mi problema. A mí gran problema. Y eso ya es más de lo que haría la mayoría de personas que conozco.

—Mira, Susan, he perdido mi tarjeta de identificación y mi billete, llame al sobrecargo ahora, por favor.

Susan me mira asustada. Sabe que pasa algo raro, pero no el qué.

—Dígame su nombre y apellidos, no hace falta que me enseñe nada, a lo mejor con eso puedo arreglar su problema.

Suspiro de nuevo.

—Susan, es la última vez que se lo pido con amabilidad, llame al sobrecargo.

Ella mira el reloj, apenas faltan quince minutos para que salga vuelo.

—De acuerdo.

Descuelga el teléfono que tiene en el pequeño mostrador y pulsa una tecla de marcación rápida.

—¿Diana? ¿Te importaría salir un momento, por favor? —Susan me mira con esos ojos híper maquillados mientras escucha lo que le dice Diana, que debe ser la sobrecargo del vuelo, la jefa de cabina—. Sí, lo entiendo, Diana, pero te aseguro que es una urgencia. Sí, claro que soy consciente de que el vuelo está a punto de salir, pero precisamente por eso necesito que salgas un momento—. Susan vuelve a mirarme mientras se le arruga un poco el rostro. Puedo escuchar cómo alguien eleva la voz al otro lado de la línea—. De acuerdo, Diana, gracias.

Susan cuelga el teléfono y traga saliva con esfuerzo.

—Enseguida sale —dice asustada. Llamar a la sobrecargo no debe ser algo habitual en su trabajo, no si lo que una quiere es conservarlo.

—Gracias, Susan, está siendo usted muy amable —Le digo para tranquilizarla.

Apenas medio minuto después, se abren las puertas de embarque y aparece la que debe ser la tal Diana, la sobrecargo del vuelo.

Y yo me quedo totalmente descolocado.

—Susan, ¿qué demonios ocurre aquí?

Es la madre del chico al que le he salvado la vida apenas una hora y media antes.

Cuando ella me reconoce, se queda completamente asombrada. Desconcierto.

—Oh, usted, pero... ¿se encuentra usted bien, caballero? ¿Le está causando problemas mi compañera, señor? —pregunta Diana mirando a Susan con reprobación.

—No, en absoluto, ella solo hacía su trabajo, pero el caso es que perdí la cartera en la que llevaba mi tarjeta de identificación y mi billete y... —intervengo con la mayor inocencia que puede reunir alguien con la cara y los nudillos totalmente magullados.

—No se preocupe por nada, señor, estaré encantada de ayudarlo con su problema —dice Diana con determinación. Se ha enfundado la piel de trabajo, interpreta su rol, y ese rol y esa piel no tienen absolutamente nada que ver con la mujer que casi pierde a su hijo por ir jugando con su teléfono móvil. De todas formas yo respiro aliviado y todavía no puedo creérmelo. Está a punto de sacarme de un buen apuro—. ¿Se puede saber por qué no me habías llamado antes, Susan? —Diana vuelve a la carga. Abre mucho los ojos. Se muestra indignada. Incluso ofendida.

—Lo siento, Diana, pero yo traté de...

—No importa, déjalo, pero ya hablaremos tu y yo —Diana trata a Susan con dureza, que denota una profunda turbación.

—Acompáñeme, señor... —dice Diana sin completar la frase.

—Dylan Swift —respondo sin poder evitar sentirme responsable por el malestar de Susan. Me digo que este es un mundo hostil en el que las buenas personas son las que más sufren, las que sufren sus consecuencias.

Sigo a Diana y me sienta en unos de los asientos delanteros. Se apunta mi nombre completo en una pequeña libreta, «por si acaso», me dice, y apenas vuelve a dirigirme la palabra ni a mirarme en todo el vuelo. Intuyo que me ha hecho el gran favor porque se sentía en deuda, pero no quiere que me

relacionen demasiado con ella. Paso a ser como esa maleta que no cabe en los compartimentos superiores y no saben dónde meterla.

El vuelo a Pittsburgh es tranquilo y se me pasa bastante rápido. Descanso. Vuelvo a sentir durante un par de veces ese síndrome de abstinencia que produce la falta de comunicación telefónica. Intranquilidad y nervios son los principales síntomas que experimento. Me pregunto qué hacía antes de tener un teléfono en las manos al que poder recurrir en momentos como este y me digo que básicamente, lo que hacía era pensar, calentarme un poco la cabeza. Con lo cual, llego a la rápida conclusión, al menos en mi caso, de que el uso abusivo de teléfonos móviles inteligentes conlleva a un progresivo detrimento de la acción de pensar. En realidad funciona como una droga, un narcótico que adormece nuestro principal sentido, el de la razón. Y lo hace a través de la evasión. Una evasión para evitar pensar, porque pensar duele, a menudo incomoda y, tarde o temprano, acaba llevándonos de algún modo al sufrimiento, a la tortura psicológica.

Es algo parecido a lo que siento cuando empiezo a hacer balance de lo que ha sido mi vida. Trato de ir por partes, por etapas; infancia, adolescencia, juventud y edad adulta. El problema reside principalmente en la edad adulta. Me pregunto qué hecho durante los últimos quince o veinte años y mi respuesta es tan clara como rotunda: nada. Ni tan siquiera me alcanza para hacer un resumen interesante. Y eso me deja una terrible sensación de haber perdido el tiempo, de haber tirado mi vida a la basura. Y llego a la conclusión de que lo que ocurre es que me he perdido mi propia vida viviendo y pensando en una vida que no era mía.

De nuevo me entristezco y de nuevo el darle vueltas a las cosas, el pensar, me hace sufrir, me hace sentir un insoportable dolor interior. Pero ese dolor es mío, ese dolor, en cierta manera, es lo que soy. Y uno no debería escapar de uno mismo, uno debería conocerse a sí mismo y querer ser él

mismo aunque a veces eso suponga atragantarse un poco. ¿No?

Cuando llegamos a Pittsburgh, tras hora y media de vuelo, Diana me ofrece un pase para la vuelta, yo se lo agradezco y ella me dice hasta otra apenas sin mirarme a la cara. Un «hasta otra» que yo interpreto, por la forma en que me lo dice, como un «estamos en paz».

Cojo el primer taxi que veo y le doy la dirección de mi viejo, todavía me quedan algunos de los billetes que le cogí prestados al chico de los Rugieri.

El taxi me deja en la puerta de la casa de mis padres apenas veinte minutos después. No nos decimos prácticamente nada. Yo estoy demasiado nervioso para mantener una conversación cordial y desinteresada.

Son las dos de la madrugada, faltan seis horas para mi muerte, aporreo la puerta con estruendo mientras me preparo para cerrar esa herida que jamás ha dejado de sangrar. Esa herida por la que llevo toda la vida perdiendo ese combustible vital con el que afrontar cada maldito día con ilusión y alegría.

Mi viejo abre la puerta.

Mi madre aparece detrás.

Los dos se quedan completamente perplejos al verme.

No dan crédito.

Y yo no sé ni por dónde empezar.

CAPÍTULO 19

Mi viejo

—¿Qué quieres que te diga? Me sacas de la cama a las dos de la mañana y me vienes con preguntas raras.

El viejo sigue igual que lo recordaba. Gruñe sentado desde el sillón. Bebe y fuma carraspeando. Está permanentemente enfadado. Para él la vida es una tortura continua.

—Por el amor de dios, ¿qué clase de preguntas son esas? ¿Es que te has vuelto loco? Ahora me viene con que si ha sido un buen hijo, a estas alturas de la vida...

—Samuel, haz el favor de calmarte —Mi madre interviene desde ese pozo de sumisión en el que lleva viviendo toda la vida.

—Estaría calmado si a tu hijo no le hubiese dado por sacarnos de la cama a estas horas de la mañana, Eleanor. ¿Quieres saber si fuiste un buen hijo? — pregunta mi viejo arqueando sus blancas y arremolinadas cejas—. Pues no, no lo fuiste. Para mí no lo fuiste. ¿Quieres saber por qué?

Lo cierto es que no.

—¿Quieres saber por qué? —repite la pregunta. Tiene un ojo más cerrado que el otro, ya no me acordaba de ese detalle. Yo lo llamaba internamente «el ojo malo».

—Sí, por qué.

Me apunta con un dedo.

—Siempre hiciste lo que te dio la real gana, Dylan. Siempre te importó una mierda lo que pensase u opinase tu padre, ¿acaso te creías más inteligente que yo? ¿Era eso? Claro que lo era. Siempre fuiste desobediente, impertinente,

orgullosos y un desagradecido. Te di un techo, te di comida, te pagué los estudios mientras pude, ¿y tú? ¿Me diste alguna vez las gracias? ¿Me devolviste alguna vez algo de lo que te di? No. No fuiste un buen hijo. Te largaste de casa cuando tuviste ocasión, como si fuésemos unos apestados. ¿Cuántas veces has venido a ver a tu padre y a tu madre en los últimos veinte años? ¿Cuántas? Si la memoria no me falla puedo contarlas con los dedos de ambas manos y todavía me sobrarían uno o dos —Mi viejo levanta ambas manos y mueve los dedos como si estuviese jugando con los hilos de una marioneta.

—Ya está bien, Samuel —Mi madre trata de calmarlo. Constante de vida. Ella nos calmaba a unos y otros para que no llegara la sangre al río, el problema es que nunca llegamos a zanjar ningún asunto, ningún tema, al menos no de forma civilizada. A mí me está empezando a doler todo. Y lo cierto es que no sé qué responderle al viejo. Ni qué decir. Supongo que nadie me dijo cómo ser un buen hijo, como tampoco nadie le dijo a él cómo ser un buen padre. Tal vez estemos condenados a repetir lo que vemos, a imitar exactamente lo mismo que experimentamos. Y me digo que he tenido que venir hasta aquí en el último día de mi vida para entenderlo.

—No, Eleanor, esto es entre tu hijo y yo —El viejo se enciende otro cigarro. Tiene más de setenta años y los dedos completamente amarillos.

—¿Alguna vez me quisiste, padre? —Mi pregunta lo coge desprevenido. El ojo malo se le cierra un poco más—. Te lo pregunto porque no recuerdo que nos hayas dado a Stanis o a mí ni una sola demostración de afecto en toda la vida, no recuerdo haberte visto feliz ni una sola vez en presencia mía o de mi hermano. Al contrario. Mis únicos recuerdos son tus gritos, tus quejas, tus reprimendas. ¿Alguna vez me quisiste, padre?

Mi madre está realmente asustada. Sabe que mi padre todavía no ha dicho nada porque está reuniendo fuerzas para explotar a lo grande.

—Por el amor de dios, Dylan, ¿cómo le preguntas eso a tu padre? Por supuesto que te quiso.

Yo la miro con incredulidad. Muevo el cuello a izquierda y a derecha.

—Yo creo que no, madre, y tú lo sabes. Lo que me pregunto ahora es, si no me queráis ni a mí ni a mi hermano, ¿por qué narices nos tuvisteis?

Mi madre se lleva la mano a la boca mientras aspira aire ruidosamente. Mi viejo aprieta los dientes y la mandíbula se le tuerce hacia un lado. Se levanta y vuelve a apuntarme con un dedo.

—Te tuvimos porque tu madre se quedó embarazada, estúpido, ¿qué demonios quieres ahora? ¿Dónde diablos está el misterio? —Creo que no había visto nunca a mi padre tan alterado. Enfadado y enojado sí, pero ahora parece más bien otra cosa. Se siente cuestionado. Le tiembla la voz y el ojo malo le está empezando a palpitar—. ¿Cómo que por qué te tuvimos? ¿Qué estúpida pregunta es esa? ¿Acaso crees que mi padre me abrazó una sola vez en toda mi vida? No. Y te puedo asegurar que yo fui bastante más afectuoso contigo que lo que lo fue mi padre conmigo. ¿Qué ocurre ahora? ¿Es que estás traumatizado o algo así? ¡Entérate de una maldita vez! ¡La vida es esto, estúpido! Es lo que tienes delante de tus ojos! ¿Qué esperabas? ¿Una fiesta?

Se ha quedado de pie. Ahí plantado. Todo él está temblando. Incluso me ha parecido que está a punto de echarse a llorar. Algo que no ha hecho en toda su vida, al menos no en mi presencia. En cambio mi madre no ha podido aguantar más y se está cubriendo la cara con ambas manos. Gimotea. Yo lo que veo es una represión tan grande como grande es la impotencia que tanto uno como el otro, sobre todo el viejo, sienten a nivel afectivo, a nivel emocional. Ahora lo veo claro, el problema no residía en aprender a ser un buen padre o un buen hijo, no hay normas al respecto, sino sencillamente en aprender a decir y a hacer lo que uno siente, aprender a ser uno mismo y a no tener miedo a dejar salir todos esos sentimientos. Nos pasamos la vida reprimiendo

aquello que realmente nos define, que nos hace ser nosotros, y acabamos siendo una copia defectuosa y terriblemente malhumorada de lo que creímos que teníamos que ser.

—Eh, mamá, no llores. No pasa nada —Le digo poniéndole una mano sobre la espalda.

—¿Por qué has venido, hijo? ¿Eh? ¿Por qué quieres hacernos daño a mí y a tu padre? —Mi madre me mira con incomprensión. Tristeza. Me malinterpreta. No entiende nada, exactamente igual que mi padre.

—No he venido a haceros daño, mamá, he venido a...

—¿A qué? ¿A qué has venido si puede saberse? —Mi viejo me interrumpe.

Yo lo miro y me digo que tal vez ha llegado el momento de marcharme. Me digo que la herida, esa herida, es de las que no se cierran. Se quedará abierta. Me iré con ella a la tumba pero también me llevaré conmigo una respuesta. Para mis padres, tanto yo como mi hermano no fuimos más que una fatalidad del destino, no fuimos más que una de esas cosas que nos ocurren sin haberlas planificado y que no queda otra que aprender a convivir con ellas, como esa enfermedad con la que un día te levantas y descubres que vais a tener que compartir cama durante un tiempo. Me intento consolar diciéndome que mis padres, sobre todo mi viejo, son de otra época y que en esa época se sentía menos, o de otra manera. A lo mejor es que sencillamente nunca les dejaron.

—He venido a deciros que me voy a marchar lejos, padre. Voy a marcharme bastante lejos y quería deciros que yo si os quise, os quise y os quiero, y lamento si no fui el hijo que esperabas que fuese. Quiero que recordéis esto siempre. Pase lo que pase.

Me levanto de la silla y se hace un breve silencio. Mi padre me mira con el ojo malo prácticamente cerrado. No sé interpretar ese temblor que lo

invade. Mi madre se aparta las manos de la cara y solloza. Supongo que ella sí está sintiendo una especie de alegría.

El teléfono fijo empieza a sonar con estridencia y los tres nos sobresaltamos. Son cerca de las dos y media de la madrugada. Mi madre nos mira con cierto temor y se levanta para coger la llamada. El teléfono está en la pequeña sala que hay junto al salón donde nos encontramos. Me hace gracia recordar que colocaron el teléfono en esa pequeña sala como si hubiese que venerar ese aparato de alguna forma. Como si hubiese que reservarle un cuarto para él solo, un espacio propio.

Nos quedamos mi padre y yo solos.

De lejos podemos escuchar cómo mi madre descuelga y suelta un «¿diga?» cargado de temor. Las llamadas a esas horas no suelen traer buenas cosas.

—Te diré algo, Dylan, porque me parece que aún no te ha quedado claro, mi padre me tuvo a mí y a mis cuatro hermanos, yo te tuve a ti y a tu hermano Stanis, tú tuviste a Connor y a Camila, y tu hijo Connor acaba de ser padre hace poco —Me duele saber que hasta mi padre sí sabía que mi hijo había sido padre—. Esto es lo que hay, esto es lo que somos. Nos arrastramos por el fango como especie, hacemos que se repita el ciclo una y otra vez, y ya está. Somos como una jodida maldición. No hay nada más, ¿lo entiendes? Nada más. Esto es lo que hay, lo tomas o lo dejas.

Lo dejo, me temo. Me digo para mí mismo con sorna.

Me planteo preguntarle a mi viejo aquello de que si pudiese escoger el momento más feliz de su vida, si pudiese escoger un día y llevárselo con él a la otra vida, ¿cuál sería? La realidad es que me gustaría saberlo, me gustaría conocer la respuesta a esa pregunta. ¿Cuál dirías que fue el día más feliz de tu vida, papá?

Pero antes de pensar siquiera en atreverme a ello, mi madre aparece en el

salón con sigilo, dando pasos cortos. Está pálida. Tanto yo como mi viejo nos quedamos mirándola esperando a que nos diga qué narices ocurre.

Lo cierto es que yo me preocupo un poco. Temo que haya pasado algo, algo malo.

—¿Puedes venir un momento, Samuel? —pregunta mi madre con un feo rictus en los labios.

Mi viejo la mira como si estuviese loca.

—¿Por qué? ¿Qué ocurre? —pregunta con ese insultante tono. Con ese desprecio a todos y a todo.

—Es solo que... ¿podrías hacer el favor de venir un momento, Samuel? Me gustaría decirte algo en privado —repite mi madre a punto de echarse a llorar. Su palidez adquiere un tono céreo. A mí ni me mira.

Mi padre se acerca hasta ella cargado de mal humor. Ese mal humor que lo lleva acompañando toda la vida. La coge con brusquedad por un brazo y la conduce fuera del salón. Mi corazón se encoge.

—A ver, ¿qué ocurre? —Escucho cómo pregunta mi viejo.

A partir de ese momento no escucho nada con claridad, tan solo susurros. Molestos e inquietantes susurros.

Yo miro la hora, las tres menos cuarto. En aproximadamente una hora, si todo va bien, estaré volando de nuevo hacia Nueva York con el pasaje que me dio Diana.

Aparecen de nuevo mis dos padres en el salón. Tanto el uno como el otro me miran como si fuese un asesino, un fantasma.

—¿Qué ocurre? —pregunto tratando de leer algo en la expresión de sus ojos.

—Ocurre que te tienes que ir. Ahora —dice mi viejo desde la otra punta del salón.

Yo me acerco un poco hasta ellos, que se echan de forma instintiva hacia

atrás.

—No hasta que me digáis qué está pasando aquí, ¿qué ha ocurrido? ¿Quién ha llamado? —pregunto preocupado. Temo que le haya pasado algo a alguno de mis hijos.

—Me parece que sabes perfectamente lo que ha pasado. Lárgate de aquí ahora mismo, te aviso que he llamado a la policía y que están de camino — dice de nuevo mi viejo rodeando a mi madre con uno de sus brazos, como si quisiese protegerla, protegerla de mí.

—No te creo, ¿por qué ibas a llamar a la policía?

Antes de que a mi viejo le dé tiempo a contestar, las luces azules de un coche de policía inundan el salón. Ya están fuera.

Yo los miro a los dos con perplejidad y asombro. Después me invade una terrible sensación de traición, de soledad y de abandono.

—No puedo creer lo que habéis hecho —Les digo mientras me dirijo todo lo rápido que puedo hacia la parte de atrás de la casa. En esos momentos me olvido de mi cadera, pero ella a mí sí me recuerda.

Antes de salir, escucho cómo la pareja de policías toca al timbre y mis padres les abren la puerta con amabilidad.

—¿Dónde está el intruso?

Escucho cómo preguntan.

—Se ha ido por allí —responde mi viejo con apremio mientras yo cierro esa puerta trasera y trato de escapar de allí con las pocas fuerzas que me quedan.

No sé qué demonios pasa.

Aunque intuyo que tiene que ver con que se acerca mi final.

CAPÍTULO 20

No vuelvas nunca a olvidarte de que yo también existo

Consigo escapar de la policía de forma casi milagrosa y llego al aeropuerto de nuevo con el tiempo justo. Apenas me quedan fuerzas, apenas me quedan cuatro horas de vida.

La azafata de vuelo que me atiende, Maddie, no le encuentra ningún problema al pase que me dio Diana, el problema llega cuando me pide mi documento de identificación personal.

Todavía estoy muy alterado. Abatido por esa agri dulce última vez que veré a mis padres. Y lo último que necesito ahora son más quebraderos de cabeza. Saco mi cartera, esa que me lleva acompañando todo el día y que dice que pertenezco a una época y a un lugar determinado en el tiempo, y le entrego mi tarjeta de identificación personal.

Maddie sujeta mi tarjeta con una mano mientras teclea con la otra en el ordenador. Su casi omnipresente sonrisa postiza se empieza a diluir rápidamente.

—¿Ocurre algo, señorita? —pregunto viendo cómo se ensombrece su joven e inmaculado rostro.

—No lo sé, la verdad, sus datos no aparecen en la base de datos, ¿es esta su dirección real? —pregunta Maddie. Más que nada por preguntar algo. Creo que es lo primero que se le ha ocurrido.

Yo empiezo a ponerme nervioso.

—No, me la acabo de inventar. Pues claro que es mi dirección real, ¿acaso lo duda? ¿Me permite pasar ya o me va a tener aquí todo el día? ¿No ha visto ya mi billete? Fue una compañera suya quien me lo hizo hace apenas

unas cuantas horas.

Parece que mis palabras le resbalan.

—Lo siento, señor, pero la política del avión es que no podemos tener personas a bordo sin identificación.

—Tiene mi identificación, maldita sea —Me pongo nervioso.

—Cálmese, caballero, se lo ruego. Usted me ha dado una identificación, pero me temo que no es una identificación válida, ¿lo entiende? Y yo no puedo dejarlo pasar con una identificación no válida.

Maddie me mira con cierta arrogancia. Me mira como si yo fuese un impostor, un tramposo. Me vienen a la cabeza las advertencias del hombre negro con lo de que no me alejase demasiado porque algo malo podía pasar. Imagino que ya está pasando.

—Me calmaré cuando usted me deje pasar. Tiene mi billete, y tiene mi identificación, no es mi problema que su sistema no la reconozca. Así que, si es tan amable, devuélvame la y déjeme entrar antes de que pierda mi vuelo.

Maddie suspira. También está cansada. Son casi las cuatro de la mañana. Descuelga el teléfono sin ni siquiera mirarme y empieza a teclear con desidia.

Imagino que está llamando a su superior o a la policía. Y yo lo siento por ella, pero eso es algo que no me puedo permitir a estas horas.

Me acerco más a ella y aprieto el gatillo de colgar el teléfono.

Maddie abre mucho los ojos. Me mira asustada. Su cara se convierte en la viva imagen del terror cuando la cojo por las solapas de la suave camisa y me acerco todo lo que puedo a su cara. Quiero que me vea bien, quiero vea de bien cerca mi rostro. Estas son las heridas que me ha hecho este mundo hostil, el mismo en el que ella vive, las heridas que están a punto de acabar con mi vida. Quiero que las vea bien y que entienda lo desesperado que estoy en estos momentos.

—Lo siento, Maddie, pero no puedo dejar que hagas esa llamada. O me

dejas pasar inmediatamente, o te juro que...

No termino la frase al ver que está empezando a llorar. Sonrío al pensar que ahora mismo soy como esa realidad putrefacta y llena de humedad que hay bajo los cimientos de nuestra ciudad, de nuestro mundo. Yo soy esa realidad que siempre tratamos de esconder pintando de nuevo la pared.

—Siento haberte asustado, Maddie —digo soltando sus solapas y tratando de dejar como estaba el cuello de su camisa. Ella no es capaz de mirarme a la cara. Gimotea—. Pero te pido por favor que no hagas ninguna llamada ni alguna otra cosa por el estilo. Confía en mí, olvida que me has visto y continúa con tu vida, te aseguro que no te va a pasar nada ni esto va a suponer que pierdas tu puesto de trabajo, pero eso sí, que no se te ocurra volver a pensar que porque un maldito ordenador te diga lo contrario, yo no existo.

Ella asiente y me mira a los ojos tras mis últimas palabras. Yo me apresuro a entrar y en cuanto me siento, el avión arranca.

Y siento un ligero cosquilleo, justo en la base de la nuca, que me dice que estoy a punto de emprender el último trayecto. Ese que te lleva directamente hasta la luna.

CAPÍTULO 21

El momento más feliz

Son las cinco y media de la mañana, y por primera vez en todo el día, sonrío. Sonrío de verdad, de pura felicidad. Se acabaron las ironías y los sarcasmos.

Siento que por primera vez en mucho tiempo vuelvo a ser libre de nuevo. Libre del mundo que me rodea, pero sobre todo libre de estar permanentemente enfadado y malhumorado con la vida en general. Y puede que la razón sea el hecho de que ya sé cuál es ese recuerdo que me quiero llevar conmigo a la otra vida. Ya sé cuál fue el momento más feliz de mi vida. No ha sido fácil elegir, pero supongo que al final, cuando uno está a punto de partir, las cosas que de verdad importan, las más importantes, son un poco más fáciles de distinguir. Solo un poco. Lo suficiente como para saber que esta vez no es una de esas cosas que se hunden, al revés, esta vez es una de esas cosas que te llevan volando al infinito.

Lo siento por Connor, y por Camila. También por Stanis y por mis padres, incluso por Rachel o el nieto al que acabo de conocer. Siento que ninguno de ellos aparezca en ese recuerdo, en ese momento de mayor felicidad que he elegido para llevarme conmigo, para reconciliarme con este mundo. Pero lo cierto es que uno ha de ser sincero consigo mismo, creo que esa es la única manera de estar en paz, de terminar con esa interminable lucha interior.

Yo tendría unos ocho o nueve años. El verano acababa de terminar. El campo se estaba empezando a llenar de esas flores rojas y amarillas que se desprenden de las ramas de los robles y los cerezos cuando llega el otoño, y yo todavía no tenía ni idea de cuánto duraban los días ni los años ni los

veranos, ni qué era el trabajo, el dinero o los préstamos. No había oído hablar del cáncer de próstata, el tabaco o la prevención de enfermedades contagiosas. Los conflictos bélicos no existían en mi cabeza y las armas solo eran de madera. Nada de eso existía en el mundo en el que yo vivía, no todavía. El viento soplaba con suavidad y arrastraba una fragancia difícil de identificar, tal vez se acerque un poco a la verdad decir que se parecía mucho a esa fragancia de la que está impregnada la vida. La luz del atardecer era naranja, tostada, yo cerré los ojos un momento y esperé. Esperé a recibir ese primer beso. Mentiría si digo que recuerdo cómo se llamaba ella, la chica, pero desgraciadamente no es así, no lo recuerdo. Tampoco estaría bien decir que sentí una descarga eléctrica, o cómo se erizaba el vello de mis brazos o de mi espalda, o que sentí las mariposas en el estómago. Nada de eso ocurrió tampoco. La realidad es que fue algo más sencillo. La realidad es que solo sentí cómo todo el universo daba vueltas a nuestro alrededor. Millones de estrellas y de planetas danzando a nuestro lado. Sentí cómo esa magia de la que están hechas las cosas, nos envolvía y nos llenaba de vida. Como si el universo empezase y acabase justo en ese preciso momento.

—Dylan... —dijo ella con cierta vergüenza.

—Qué.

—¿Se lo dirás a alguien? Me refiero a lo del beso —Recuerdo que en las manos deshojaba una margarita, nerviosa. Con la mirada baja y las piernas un poco torcidas.

—No lo sé, ¿por?

Ella se sonrojó un poco y se encogió de hombros. No contestó.

Cuando yo me di la vuelta para marcharme, ella volvió a preguntarme algo.

—Dylan...

—¿Sí?

—¿Tú también lo has sentido? ¿Has sentido lo mismo que yo?

Yo tardé unos segundos en responder. Tal vez fue porque en un primer momento pensé que yo había sido el único, pero al parecer los dos habíamos sentido lo mismo. El primer amor.

—Sí, también lo he sentido.

Ella levantó otra vez la mirada, irradiaba felicidad. Complicidad.

—No me olvides nunca, ¿vale? —dijo ella con dulzura.

—Vale.

Yo me di la vuelta y antes de volver a casa pensé por primera y última vez que el mundo era un lugar en el que a veces pasaban cosas realmente maravillosas.

Han pasado unos cuarenta años de aquello, y todavía me saca una sonrisa cuando lo recuerdo. Y me digo que acabo de cerrar otro capítulo. Con la diferencia que esta vez no se ha tratado de cerrar ninguna herida ni de arreglar el pasado a puñetazos. Esta vez se trataba de cerrar uno de esos capítulos que te reconcilian con el mundo, con la vida.

CAPÍTULO 22

Chris Niegel

Son las seis de la mañana cuando llego a casa de Chris Niegel. Dos horas para mi muerte.

Creo que por primera vez en todo el día, tal vez por primera vez en toda mi vida, me siento en paz, preparado para dar el paso. Pero me digo que antes de que todo acabe, quiero saber, necesito saber lo que me ha pasado.

Ni tan siquiera me he preguntado si Chris estará o no estará en casa. Pero no me quedan más opciones. Recuerdo que la última vez que lo vi parecía estar huyendo de alguien y no tenía muy buen aspecto.

Llamo a la puerta y espero. Siento que incluso me tambaleo un poco. Las fuerzas me abandonan. No sé cuándo fue la última vez que comí algo. Soy un cadáver ambulante.

Vuelvo a llamar.

Nadie abre, pero allá a lo lejos me parece escuchar algo.

Chris nunca fue una persona sigilosa. De hecho es bastante torpe. Un tipo ruidoso.

No tengo tiempo ni de dialogar ni de andarme con rodeos.

Empiezo a darle patadas a la puerta hasta que consigo echarla abajo.

El ruido hace que se asome la vecina del piso de enfrente. Yo le pido que guarde silencio con un sutil gesto y ella, al verme, vuelve a meterse dentro. Miedo.

Avanzo por la casa de Chris y escucho cómo una silla se va al suelo. Sonrío. Lo suyo no es el sigilo.

—¿Chris? Solo he venido a hablar, solo eso, hablar —digo levantando la

voz para que me escuche bien allí donde se haya escondido. Lo último que quiero es perder otra media hora jugando al escondite.

—¿Chris? Vamos, sal de una vez, te prometo que solo quiero hablar y que me iré en un momento —vuelvo a levantar la voz mientras trato de escuchar algún tipo de movimiento. Debe de haber encontrado ya su escondite preferido porque no escucho nada. Tal vez en un armario, o en el baño. Chris nunca fue demasiado original.

Avanzo hasta el salón. Desorden. Paso por la cocina y me invade un fuerte olor a comida podrida, cañerías.

—¿Chris?

Abro la puerta del cuarto del baño y aparto con rapidez la cortina de la ducha. Allí solo hay esa capa de suciedad color marrón bordeando toda la bañera. Goteras.

Me dirijo hacia el pasillo que da a los dormitorios y cuando paso de nuevo por el salón veo a Chris salir de una habitación y apresurarse hacia la puerta de la calle. Yo me quedo momentáneamente paralizado, me sobresalto, pero antes de que piense en salir corriendo tras él, Chris tropieza con una silla y se va al suelo de bruces.

Cuando se da la vuelta empieza a recular ayudándose con las piernas. Yo me acerco hasta él poco a poco, que se detiene cuando su espalda choca contra una de las paredes del salón.

—¿Qué quieres? —pregunta nervioso. Tiene ojeras y apesta a alcohol.

—¿Por qué huyes, Chris? ¿Se puede saber de qué tienes miedo?

El me mira asustado.

—¿Qué quieres? —repite la pregunta mientras busca con la mirada una forma de escapar.

Yo llego hasta él y lo cojo con fuerza por la camisa.

—Quiero que me cuentes la verdad.

Él mueve el cuello hacia los lados.

—No.

—Chris...

—No —repite asustado.

—Chris, maldita sea, sé un hombre y cuéntame la verdad de una maldita vez, ¿me has oído? —Yo me pongo muy furioso. Eso es algo a lo que he terminado acostumbrándome en el día de hoy. Aunque por otra parte, me digo que no más golpes. No quiero irme liándome a tortazos. Quiero irme, a poder ser, tranquilo.

Él traga saliva y duda. Todavía no entiendo cómo pude perder tantas horas de mi vida con la persona que tengo delante. No sé cómo pude confiar en él para invertir mi dinero. Supongo que él es una de esas grandes cosas a las que me aferré cuando pensaba que me ahogaba y que, curiosamente, fueron las que terminaron ahogándome. Una de esas ironías de la vida de las que o aprendes a reírte o acaban por matarte de una sobredosis de mal humor.

—Chris, solo te lo diré una vez más, te lo juro, te lo estoy pidiendo amablemente. Dime qué hiciste exactamente y por qué razón.

Yo le hablo con la mayor seriedad de la que soy capaz sin llegar a caer en la violencia. Tengo delante a la persona que, casi con toda seguridad, es la responsable de mi muerte, pero por alguna razón, mantengo el control. Tal vez sea por lo desesperado que lo estoy viendo.

—No fue idea mía, Dylan, te lo juro... yo solo... dios... —Chris empieza a lloriquear y a mí entran unas ganas tremendas de abofetearlo. Me aguanto.

—Dime exactamente lo que hiciste y de quién fue esa idea.

Él vuelve a mover la cabeza hacia los dos lados. Me está poniendo muy nervioso. Mi tiempo se agota. Y él no hace más que consumir los pocos segundos que me quedan. Le doy un bofetón que hace que deje de llorar en seco. Esto no estaba en los planes y me digo a mí mismo que se acabó. No más

violencia por hoy, ahora de verdad. Cojo aire.

—Iba mal de dinero, Dylan, ya lo sabes, y tú me debías pasta...

—Eso es mentira —Le digo interrumpiéndolo y levantando de nuevo mi mano derecha. El cierra los ojos esperando el golpe. No lo doy.

—Continúa.

Abre de nuevo los ojos y empieza otra vez con ese molesto lloriqueo.

—Necesitaba pasta, ya lo sabes, y tú... —está a punto de repetir lo de que yo le debía dinero, pero esta vez se lo calla—. Y entonces fue cuando la conocí, estaba siempre observándote, escondida en su coche cerca de tu casa...

—¿A quién? ¿De quién estás hablando?

—De Laura, una tal Laura Winter...

Yo resoplo. Me digo que lo más triste es que sabía que tarde o temprano acabaría por darme problemas de verdad. Pero aun así pensé que escurriendo el bulto, Laura acabaría por cansarse y me dejaría en paz, aunque visto lo visto, ella no pensaba exactamente lo mismo. Ahora también recuerdo lo insistente que fue con que necesitaba hablar conmigo tan solo un par de días antes, algo que yo no le permití, de hecho la ignoré de una manera bastante fea. Me sorprende gratamente de lo mucho que he cambiado en un solo día, porque el Dylan de hoy, el de ahora, jamás haría algo así.

—¿Y qué te dijo? Vamos, Chris, no tengo todo el día.

—No me dijo nada, solo empezamos a conocernos.

—¿Conoceros?

—Sí. Nos conocimos y nos caímos bien, ya sabes, simpatizamos enseguida y empezamos a salir. El problema es que ella estaba obsesionada contigo, con el daño que le habías hecho, con el daño que le hacías ignorándola.

Yo suspiro y me paso una mano por la cara.

—¿Y qué más?

—Ella solo quería que le diceses una explicación a la cara, solo eso, necesitaba una explicación, saber si alguna vez la quisiste o si solo fue un entretenimiento para ti, me dijo que necesitaba saber eso para cerrar ese capítulo de su vida, nada más, solo quería eso. Insistió mucho con ese tema justo cuando me pidió que... dios, lo siento mucho, Dylan...

Yo suspiro de nuevo y me digo que eso de cerrar un capítulo de la vida me suena de algo. ¿Estaba Laura pasando página de todo aquello que se había dejado a medias igual que estoy haciendo yo?

—Bien, ¿qué fue exactamente lo que te pidió?

Chris mira al infinito y niega con la cabeza, pero va a responder, sobre todo porque lo necesita. Necesita decir la verdad. Lo veo en sus ojos. Nunca antes lo había visto así. Hundido y acobardado.

—Me dijo que quería darte un escarmiento, había hablado del tema muchas veces, pero hará unos dos días la vi más furiosa que nunca, y me pidió que la ayudase y ella a cambio me daría un poco de pasta, me pidió que le enseñase cómo cortar los cables del líquido de frenos de tu coche para que... dios, ya te lo puedes imaginar, quería darte un buen susto nada más... —En cuanto Chris dice la frase, se tapa la cara con las dos manos. Empieza a sollozar.

Yo empiezo a pensar, a tratar de hacer memoria.

En el fondo lo sé, sé lo que ha pasado y qué hago aquí en este preciso instante, pero es como ese recuerdo que se te queda justo en la punta de la lengua y que no eres capaz sacar fuera. Por lo visto así es como funciona.

Ya son las seis y veinte de la mañana. Poco más de hora y media para el final.

—¿Y qué ocurrió luego? —digo tratando de conservar la calma.

Chris levanta una mirada de perplejidad.

—¿Cómo que qué ocurrió luego? ¿Es que no te acuerdas? —Chris pone

cara de asombro—. Te estrellaste, Dylan, cuando te quedaste sin frenos tuviste un gran accidente al tratar de... al tratar de esquivar a una pareja de enamorados que salía de cenar, los esquivaste y te fuiste directo contra un muro, yo no quería que pasara nada de esto, Dylan, por dios, no sabía que Laura iba a ser capaz de algo así, pensé que ella solo estaba furiosa y que nunca llegaría a hacerlo realmente... —Chris mueve la cabeza hacia ambos lados y de pronto se queda parado, pensando en algo—. Lo que no sé es... ¿qué demonios haces tú aquí? ¿Cómo es posible que te hayan dado el alta? Dijeron que estabas muy grave... —Ahora ya no pone cara de asombro, ahora pone cara de estar algo confuso. Taquicárdico.

Yo estoy empezando a sentir una sensación de ahogo en el pecho como no había sentido nunca antes, parecida a cuando ingieres un líquido y te va directo a la tráquea en lugar de a la garganta. No es bueno cuando los pulmones se llenan de líquido. Esa verdad que he tenido todo el día en la punta de la lengua, se encuentra ya acariciando mis labios.

—¿Sabes dónde vive Laura? Quiero hablar con ella.

—¿Laura? ¿Por qué?

—¿A ti qué te parece? ¿No crees que me debe alguna explicación?

Chris vuelve a negar con la cabeza. No sabe qué contestar.

—¿Qué ocurre ahora? —Pregunto con contundencia. Estoy nervioso, y cansado. No estoy para teatros.

—No ocurre nada, Dylan, es solo que Laura tiene el móvil apagado desde hace un par de días y no sé... me estoy temiendo que le haya podido pasar algo... no sé, no solo tiene apagado su teléfono móvil, tampoco hay nadie en su casa. ¿Acaso crees que no he intentado ponerme en contacto con ella más de una veintena de veces? Ha cometido un delito grave, Dylan, uno del que has salido vivo de milagro... Están pasando cosas raras últimamente, Dylan, muy raras, y entre ellas está la misteriosa desaparición de Laura...

Yo me quedo pensando en que hay algo que se me está escapando. Hay algo que no me cuadra. Me pregunto cómo es posible que Laura no conteste a su teléfono móvil desde hace un par de días ni esté en casa si hace solo un par de días trató de hablar conmigo hasta en un par de ocasiones y hace solo unas cuantas horas le envió un mensaje a... dios, a Rachel. Mi cerebro lo había medio bloqueado, mecanismo de defensa, supongo. Demasiadas horas seguidas en activo. Demasiadas idas y venidas en un solo día. Lo que hice esta mañana queda ya tan lejos que apenas me acuerdo.

—¿Me dejas tu teléfono móvil, Chris?

—¿Mi teléfono? ¿Para qué?

—Tú déjame el teléfono, ahora.

Él me mira tratando de saber en qué estoy pensando.

Saca el teléfono de su pantalón y me lo tiende lentamente. Le tiemblan las manos. Sudor. Momentáneamente deja de gimotear y de lloriquear.

—¿Qué estás mirando? —pregunta medio tartamudeando cuando empiezo a ver el registro de las últimas llamadas. Veo que hay unas cuantas llamadas a Laura, pero no son ni de hoy ni tampoco de ayer, la última fue de hace unos tres días más o menos. Así que no es que se haya esforzado mucho por localizarla últimamente, como acaba de decir.

Le doy a «llamar» y espero a que dé tono. Pero sucede lo que ya intuía, no da línea, el teléfono vuelve a estar apagado.

—¿A quién has llamado? —pregunta Chris alterado.

—Eso a ti no te importa. Dime, Chris, ¿de quién huías esta tarde?

—¿Cómo dices? ¿Cómo que de quién huía? ¿Cuándo?

—Esta tarde, Chris, no te hagas el estúpido conmigo, te vi pasar con tu coche como un rayo.

Él vuelve a mirar al infinito.

—No lo sé, no lo recuerdo, Dylan, ¿no puede ser que me hayas

confundido con otra persona?

Miro el reloj, son las seis y media.

—No, no puede ser, Chris, eras tú. Venga, levanta. Nos vamos.

—¿Qué? ¿A dónde?

—Enseguida lo verás.

Me llevo de allí a Chris prácticamente a rastras.

Nos dirigimos a la última parada.

Staten Island.

Espero que Rachel esté en casa y tenga ganas de hablar, porque me parece que tiene una buena historia que contar.

CAPÍTULO 23

Última parada

El viaje hasta Staten Island se me hace tremendamente pesado. Chris conduce y yo me tambaleo en el asiento de copiloto. Todas las heridas que he ido acumulando a lo largo del día apenas me duelen ahora mismo, pero estoy empezando a sentir una fatiga tan grande como lo es la dificultad que tengo para respirar. Cada vez que cojo aire percibo como un chapoteo interno. Me estoy inundando.

Pero no solo es ese extraño síntoma el que he empezado a experimentar. Desde hace aproximadamente quince minutos también he empezado a escuchar como unos ruidos de fondo, no es ese pitido que aunque todo esté en silencio, por alguna razón, siempre oímos. No es eso. Son más bien como unos susurros. Voces.

Son las siete y cuarto de la mañana cuando llegamos a casa de Rachel.

Cuarenta y cinco minutos para el final.

Tocamos a la puerta y antes de que abran, Chris intenta escapar hasta en un par de ocasiones, pero lo impido agarrándolo por un brazo.

Cuando Rachel contesta con voz de dormida, le hago saber a Chris que quiero que hable él, no sé por qué pero me da que se conocen mejor de lo que yo me imaginaba.

Él mueve el cuello a izquierda y a derecha. Se niega. Yo lo cojo por el cuello y me muestro todo lo amenazante que puedo.

La segunda vez que Rachel dice «quién», él contesta respondiendo algo parecido a lo que yo me estaba imaginando. Temiendo, más bien. «Soy yo, Rachel, tenemos que hablar de lo que ya sabes».

Rachel tarda un par de segundos en responder, pero finalmente dice «sube» con hastío. Y yo siento un gran nudo en la garganta al confirmar que Rachel está implicada.

Subimos hasta el tercer piso. La puerta está entreabierta. Chris va a tocar con los nudillos en la madera, pero le digo, con un gesto, que guarde silencio.

Entramos despacio. Ruego para que Chris no cometa ahora ninguna de sus torpezas.

Pero ni tan siquiera tiene tiempo para encontrar algo con lo que tropezar, porque en cuanto entramos al salón, Rachel nos sorprende apuntándonos con un arma.

Chris suelta un gemido medio embozado. Sobresalto. Yo mantengo la calma. En poco más de media hora todo habrá acabado. Es Rachel la que empieza a temblar cuando me ve. Temblar de miedo.

—¿Qué-qué haces tú aquí? Anoche me llamó Camila diciéndome que estabas en el... —pregunta moviendo la pistola arriba y debajo de forma escandalosa. Los labios también le tiemblan. Da la impresión de estar tiritando.

—Ya ves, me apetecía verte.

Chris, que tiene las manos levantadas, se acerca poco a poco a Rachel.

—¡Tú ni te muevas! —grita Rachel apuntando hacia Chris, que cierra los ojos y se detiene de golpe—. ¡Sé perfectamente lo que has estado haciendo para atemorizarme y sacarme más dinero!

Cada vez que escucho lo del dinero, me digo de nuevo lo podrido que está este mundo. Lo que algunas personas pueden ser capaces de hacer para obtenerlo.

—Solo quiero que me cuentes la verdad, Rachel, solo eso, después me marcharé para siempre —Le digo con tranquilidad. Y es la verdad, creo que no he estado más tranquilo en toda mi vida, aunque eso no quita para que esté

dolido, muy dolido por lo que creo que estoy a punto de oír.

—¿Qué verdad? ¿Qué quieres saber? ¿Y cómo demonios puede ser que estés aquí? Camila me llamó anoche llorando diciéndome que estabas muy grave en el hospital, que estabas a punto de morir —Rachel llora y habla a la vez. Pero no solo hay dolor en su llanto, también hay miedo, desconocimiento, incertidumbre. No tiene ni idea de lo que pasa ni de lo que va a pasar, y eso es lo que realmente la aterra.

—En cuanto a qué hago aquí... bueno, supongo que no estaba mal como decían los médicos, ¿no te parece? Y en cuanto a qué verdad quiero, es muy sencillo, quiero saber cómo conociste a Laura y qué es lo que planeasteis, quiero saber cómo conociste a Chris y qué es lo que hicisteis, y quiero saber también, y esto va por ti, Chris, qué ha pasado exactamente con Laura y por qué tienes tú su teléfono móvil.

Chris me mira completamente aterrado. Rachel vuelve a apuntarlo con su arma.

—¿Eras tú? ¿Has sido tú el que ha estado mandándome mensajes desde el móvil de Laura? —pregunta Rachel totalmente fuera de sí. Creo sinceramente que está a punto de disparar. Chris está cagado de miedo.

—No, Rachel, está mintiendo, yo no he hecho tal cosa, se lo está inventando.

—Claro que lo ha hecho —intervengo—, te mandó un mensaje anoche desde el móvil de Laura pidiéndote dinero, un dinero que Laura no podrá cobrar porque lleva un día muerta, ¿no es así, Chris? —De pronto, casi como por arte de magia, me viene a la cabeza el recuerdo de la chica que vi esta mañana en la zona de críticos del hospital al que me llevaron tras hacerme la herida en la cabeza. La chica que estaban tratando de reanimar y que creí conocer de algo. Ahora lo veo claro, era Laura, con la cara completamente desfigurada—. Un dinero que os ibais a repartir los tres y que ahora tú,

aprovechando la muerte de Laura, querías forzar un poco más la situación y llevarte dos de las tres partes del dinero, ¿me equivoco, Chris? Mi duda ahora es, ¿cómo demonios es posible que tú tengas el móvil de Laura y cuál es ese dinero que os queréis repartir?

Tanto Chris como Rachel se observan, se miden. Los dos están muy confundidos. Intuyo que ya no se fían el uno del otro.

—Yo-yo no he hecho nada de lo que se me acusa, Rachel, está mintiendo para que nos peleemos entre nosotros, ¿no te das cuenta, Rachel? —dice Chris tratando de tranquilizar a Rachel, que es la que tiene el arma y él es el que está siendo apuntado. Tartamudea.

Rachel está a punto de desmoronarse. No sé cómo se ha metido en esto. Ella antes no era así. Empieza a llorar con más fuerza. Me mira con auténtico pesar.

—Lo siento, Dylan, no sé ni por dónde empezar... —dice Rachel por fin. Yo me encojo de hombros.

—Empieza por donde quieras, Raechy.

Su boca dibuja una mueca terrible al escuchar el cariñoso nombre por el que solo la llamaba yo.

—Conocí a Laura hace unos meses. Se presentó un día aquí hecha una furia, ya sé que tú y yo hacía años que estábamos separados, pero cuando me contó que tú y ella mantuvisteis una relación, aunque solo fuese virtual, cuando aún estábamos juntos, me enfadó muchísimo, Dylan. Y te odié. Te odié más de lo que no te puedes imaginar. Fue como si esa herida que creí haber cerrado, se hubiese abierto de nuevo.

Interrumpe su confesión porque las lágrimas se le traban entre la lengua. Tiene los ojos hinchados. Las rodillas le tiemblan. Es posible que no haya dormido en toda la noche. Yo miro la hora, esa terrorífica cuenta atrás, menos de media hora para el final.

—Continúa, Raechy, por favor —Le digo tratando de mostrar comprensión, indulto.

—Al principio fue un poco raro, pero de algún modo empezamos a intimar, a acercarnos la una a la otra, supongo que la rabia y el dolor a veces también hace de vínculo entre las personas, y las dos compartíamos esa rabia hacia ti, hasta que un día... —Rachel se tapa la cara con la mano que no sujeta la pistola. Chris aprovecha para acercarse un poco a ella—. Hasta que un día me dijo que podíamos sacar un dinero de todo esto...

Yo no puedo evitar sentir cierta vergüenza por lo que somos, por el género humano.

—¿Cómo? ¿Cómo pensabais sacar ese dinero a mi costa? ¿Chantajeándome?

Rachel niega.

—No, chantajeándote no, Dylan. Tu seguro de vida...

—¿Qué ocurre con mi seguro de vida? —Lo cierto es que aunque me lo imagino, me cuesta trabajo decírmelo a mí mismo.

—Sé que está a mi nombre, Dylan, siempre lo supe, que nunca lo cambiaste, si tu morías en un accidente de tráfico yo me llevaría una buena suma que compartiría con... —Rachel se queda parada antes de terminar la frase. Le es difícil soportar el peso de la gravedad de sus actos.

—¿Y Chris? ¿Cuándo intervino él exactamente? —pregunto tratando de entenderlo bien, cómo narices se confabula alguien para llegar a hacer algo así.

—Chris y Laura se habían conocido cuando los dos rondaban cerca de tu casa. Laura me habló de él y ya sabes que yo ya lo conocía de sobra, supongo que pensé que alguien con tan pocos escrúpulos y que no paraba de repetir que tú le debías dinero, podía ser la persona ideal para hacer el trabajo sucio, ya me entiendes, encargarse de que tú tuvieses un grave accidente...

—¡Eso no es cierto! —grita Chris muy nervioso mientras se acerca más a Rachel. Ella levanta un poco el brazo. Le tiembla muchísimo la mano y Chris se detiene en seco. Está a solo un metro de ella.

—No vuelvas a moverte, Chris, no vuelvas a moverte o te juro que disparo —Rachel tiembla tanto y tiene los ojos tan llenos de lágrimas que puede pasar cualquier cosa—. Sé un hombre y di la verdad, ¿qué le hiciste a Laura?

Chris me mira a mí y después a Rachel, hace ademán de acercarse más. Y entonces ocurre lo que se veía venir. Rachel dispara, pero por suerte, a pesar de estar tan cerca, el tiro acaba en la pared. Un cuadro se va al suelo. De todas formas sirve para que Chris se asuste mucho.

—¿Pero te has vuelto loca, Rachel? ¡Acabas de dispararme! —grita Chris con los manos a la altura de la cabeza.

—Eres un hijo de puta mentiroso, Chris, no sé cómo pude confiar en ti, sabes perfectamente que Laura quería que abandonásemos el plan, vino a verme a mí y yo le dije que me parecía lo mejor, que nos habíamos dejado llevar por la rabia y que era una auténtica locura, el único que no estabas de acuerdo eras tú, me dijo que iba a ir a verte y curiosamente, desde entonces no he vuelto a saber nada de ella, aparte de mensajes como el que me enviaste anoche, ¿qué has hecho, Chris? Por lo que veo decidiste seguir tú solo adelante, ¿no? ¿Te amenazó Laura con ir a la policía si hacías algo y por eso la mataste? ¿Fue eso lo que pasó?

Chris está muy nervioso. Abre mucho los ojos. Se siente acorralado.

Rachel vuelve a disparar, pero esta vez dispara alto a propósito con la intención de asustar a Chris.

—¡Vale vale! —grita Chris levantando las manos—. Vino Laura hecha una furia hace unos días y discutimos, salió de mi casa amenazándome y yo salí tras ella, la muy estúpida cruzó la calle sin mirar y la atropelló un camión,

eso fue lo que pasó, maldita sea, ¿qué quieres que te diga? ¡Fue un accidente, maldita sea!

Esos susurros que he empezado a escuchar cuando llegábamos a Staten Island, los escucho ahora con bastante claridad. Escucho cómo dicen aquello de «lo estamos perdiendo», aquello de «prepara el desfibrilador». Miro el reloj, faltan solo diez minutos para las ocho, para el toque de queda. Es hora de volver.

Rachel llora y Chris da pasos cortos hacia ella.

Imagino que para volver, para emprender el viaje de vuelta, no hace falta coger ningún taxi ni salir corriendo de nuevo a la carrera.

—Rachel —Le digo sintiendo cómo una bella sonrisa me inunda por dentro, como aquella sonrisa que sentí tras aquel primer beso.

—Qué —dice ella totalmente deshecha.

—No pasa nada, de verdad, sé que nunca te traté como merecías, y que no fui lo que te prometí ser, entiendo que estuvieses enfadada... todos cometemos errores...

—Es imperdonable, Dylan, lo que planeé hacer es algo imperdonable —dice ella llorando.

—No lo es, Raechy, no lo es.

Chris abre mucho los ojos, está a punto de saltar sobre Rachel, yo me fijo en la ventana que hay tras él, la que da a la calle de ese tercer piso.

—Lo siento mucho, de verdad Dylan...

—Rachel —digo pensando que ya es la hora, el momento de volver.

—Qué...

—Te quiero, siempre te he querido, no lo olvides nunca por favor —La miro fijamente a los ojos y siento de nuevo ese sentimiento que creí perdido, el del amor eterno—. Cuídate mucho, yo me tengo que ir ya.

Ella me regala una última sonrisa y yo hago lo que tengo que hacer,

aunque ni sea lo más ético ni lo más correcto. Me voy directo contra Chris, que no me ve venir, y me precipito con él hacia esa ventana que da a la calle.

La caída apenas tarda unos tres segundos.

No siento absolutamente nada.

Y yo me digo que ya estoy listo, y que el último día de mi vida acaba de terminar.

CAPÍTULO 24

El último impulso

Es extraño, como casi todo aquello que vemos o experimentamos por primera vez y que no entendemos.

Una mujer que forma parte del equipo médico le pregunta a otra si ya han localizado a los familiares. Le contesta que sí, que al final, tras estar intentándolo durante todo el día de ayer, consiguieron localizar tanto a su hija como a su hijo, los dos están en la sala de espera, hechos un mar de lágrimas. Eso me aterra y me alegra al mismo tiempo, supongo que como casi todo lo que de verdad nos importa en la vida. El miedo que tenemos a perder lo que de verdad queremos es directamente proporcional al amor que sentimos por ello. Tal vez, ese miedo, tan grande como mi propio corazón, como el amor que sentía por ellos, fue lo que hizo que me alejase.

Uno de los médicos, creo que si no me equivoco es el doctor Arlington, el mismo que me dijo ayer por la mañana si no me conocía de algo cuando Miguel el enfermero me llevó al hospital, es el que más empeño muestra en reanimar mi cuerpo. No para de darle a las palas y de darme electricidad. Mi cuerpo empieza experimentar fuertes sacudidas, parecidas a las que experimenté durante todo ese último día de mi vida.

Me parece ver, encima de un banco que hay en uno de los extremos de esa pequeña sala de paciente críticos, mi informe médico. Sonríe al leer aquello de que el motivo del accidente fue que choqué contra un muro al tratar de esquivar a una pareja que salía de un bar y que estaba cruzando la calle en ese momento. Me viene a la cabeza aquella pareja que vi salir del bar en el que me tomé esa última cerveza antes de subir a ver a mi hija Camila. Ella lloraba,

abatida, y él la consolaba. Por lo visto yo era ese conductor al que todavía no habían identificado.

En el informe también leo que llevo aproximadamente un día ingresado, en estado muy grave y con un pronóstico desalentador. Fractura pélvica, fractura en la cadera derecha, fractura de múltiples costillas, derrame pleural masivo, fractura craneal bilateral, fractura de los huesos propios de la nariz, fractura de la mandíbula y así un largo etcétera de lesiones que aparecen en los detalles del informe.

Cojo aire con fuerza mientras empiezo a ver cómo todo se difumina, cómo todo empieza a cubrirse por una fina capa de niebla, parece como si una de esas grandes nubes blancas hubiese bajado a la tierra para llevarme con ella.

Escucho cómo una de las enfermeras le dice a alguien que no alcanzo a ver, que le deje pasar. Escucho cómo le llama «padre». Me giro y sonrío al ver al hombre negro, el mismo que llevaba todo el día detrás de mí controlando «que no me alejase demasiado» y diciéndome «que no me pasara de la raya». Parece ser el único que es consciente de mi presencia.

—Siento mucho lo del golpe en la cabeza, el que te di con aquel libro junto a aquellos contenedores —Le digo arrepentido, esperando que no le hiciese mucho daño.

—No pasa nada, supongo que todavía te quedaban muchas cosas arreglar, muchos asuntos que zanjar.

Yo sonrío y asiento con ternura. Ahora ya no me molesta su presencia como la primera vez que lo vi, ahora me siento bien a su lado.

—¿Lo conseguiste? —pregunta mientras escucho con fuerza ese fuerte pitido continuo del monitor de constantes vitales.

—¿El qué?

—Cerrar todos los capítulos de tu vida, cerrar todas esas heridas.

—Más o menos, supongo que sí.

Él vuelve a sonreír.

—Bueno, ha llegado el momento, Dylan, es la hora.

Yo siento una pequeña ansiedad en el pecho, de nuevo es miedo, esa incertidumbre a no saber qué va a pasar.

—¿Y ahora? —pregunto con urgencia, con necesidad.

—¿Ahora, qué?

—¿Qué va a pasar ahora? ¿Hay algo más?

El hombre negro sonríe. Es una de esas sonrisas naturales que le salen a alguien al que le están haciendo siempre la misma pregunta.

—Enseguida lo verás, Dylan, tú solo cierra los ojos y déjate llevar.

Yo asiento y le doy las gracias por ese el último día, por esas últimas veinticuatro horas para poner en orden toda mi vida.

Cierro los ojos, tal y como él me ha dicho, y todo empieza a dar vueltas a mi alrededor, me siento como si estuviese a bordo de un transbordador espacial. No sé si hay algo más o estoy a punto de desaparecer para siempre, pero me digo que esto sí es coger velocidad de verdad.

Me aferro con fuerza a ese momento de felicidad, me aferro con fuerza al recuerdo de mis seres queridos y me digo que, después de todo, al final me parece que tampoco lo he hecho tan mal, que siempre es buen momento para cambiar, para cambiarse a uno mismo y para intentar cambiar esas feas cosas que nos rodean. Este es el último segundo de mi vida, me siento feliz, que he sido yo mismo, y me digo que he hecho un profundo y gran análisis de conciencia y que lo he dado todo por cambiar las cosas, empezando por mí mismo, la cuestión, ¿lo has hecho tú?

EPÍLOGO

Algunas cosas buenas

La fecha exacta de la muerte de Dylan Swift fue determinada a las ocho y un minuto de la mañana del seis de octubre de dos mil dieciocho tras haber estado un día entero en coma.

Ese día, el día anterior a la muerte de Dylan Swift, el día cinco de octubre, pasaron «algunas cosas» en la ciudad de Nueva York sin ninguna conexión aparente y, algunas de ellas, sin ninguna explicación, cosas que, podrían haber pasado cualquier otro día.

Archibald Jones, el jefe de Bread&Sugar, la planta de procesado de alimentos derivados del pan y de la llamada bollería, se cayó por las escaleras y sufrió múltiples heridas, sobre todo en la cara. Tras ese accidente, decidió que había llegado el momento de cambiar algunas cosas en su empresa, que había llegado el momento de empezar a hacer bien las cosas y a ofrecer alimentos de calidad.

Andrew Rand, el director de una de las sucursales de Nueva York del banco Strong Brothers, sacó del fondo del cajón la «vieja carpeta», como él mismo la llamaba. La carpeta de los casos de dos mil seis. Aquellos que lo perdieron todo con sus paquetes de acciones fraudulentas. Le dio un rápido repaso y, tras arrugar un poco la frente y echar unos cuántos cálculos rápidos se dijo, ¿por qué no? Tal vez había llegado el momento de empezar a hacer cosas buenas, cosas justas.

Conrad Smith, tras estar dos años viviendo en la calle, decidió hacerle una visita a su hijo aprovechando el dinero que se encontró «olvidado» en la lengua de metal de un cajero automático. Todavía es pronto, pero al parecer,

tras cinco años sin verse, los dos están por el buen camino, el camino de arreglar las cosas que de verdad importan.

A Stan Swift, el hermano de Dylan Swift, se le partió la cuerda con la que acababa de ahorcarse y eso hizo que se salvara de forma milagrosa de una muerte casi segura. Según él, pasó algo muy raro, algo sin explicación, porque la cuerda estaba completamente nueva y porque le pareció, en esos extraños instantes, ver a su hermano Dylan. Interpretó aquello como una «una señal» y ahora solo piensa en dedicarse en cuerpo y alma a estar con sus sobrinos, a estar cerca de ellos, de su familia.

Connor Swift, el hijo de Dylan Swift, escapó de la residencia del clan de mafiosos del Bronx conocido como «Los Hermanos Rugieri» donde llevaba casi un día amordazado aprovechando un tiroteo entre bandas. Se refugió con su mujer y con su hijo Gabriel en el piso de su padre, en el barrio de Queens. Connor siempre se sintió lejos de su padre, muy lejos, pero de algún modo que todavía no puede entender, refugiarse allí, en esas cuatro paredes, no solo lo acercó un poco más a él, sino que hizo que se reconciliase un poco con él. No sabría cómo explicarlo, tampoco se había atrevido a contárselo a nadie por miedo al qué dirán, pero de algún modo que no alcanza a entender, está firmemente convencido de que en la casi milagrosa forma con la que consiguió escapar, su padre tuvo algo que ver. Dylan nunca fue ese padre que todo el mundo desea, pero precisamente por ello se dijo que ya iba siendo hora de empezar a cambiar algunas cosas en la familia, empezando por afrontar los miedos, no huir de ellos.

Camila Swift, dejó su relación con John Inx, que casualmente ese día acabó en el hospital después de verse metido en una fea pelea de bar. Tampoco sabe ni cómo ni por qué, pero precisamente ese día se dijo que nunca jamás permitiría que nadie volviese a ponerle una mano encima, y precisamente ese mismo día, se sintió más cerca de su padre de lo que lo

había estado en su vida.

Laura Winter fue declarada muerta unas dieciséis horas antes que Dylan. También estuvo un par de días en coma tras haber «caído» de un quinto piso. Hay personas que declaran haberla visto aproximadamente un día antes de su muerte merodeando por distintas partes de la ciudad, cuando presuntamente estaba ingresada en el hospital. Esas personas, poco a poco, se irán olvidado de «esa experiencia» y pronto empezarán a recordarla como una curiosa anécdota que contar, como una de esas cosas raras que a veces pasan.

No existe ningún dato que pueda confirmar que Dylan Swift cogiese un vuelo en dirección a Pittsburgh ese día, pero las azafatas Susan y Maddie recuerdan haber tenido problemas con uno de los pasajeros cuyo nombre no recuerdan, problemas de los que le hacen a una replantearse ciertas cosas. Diana Lambert, sobrecargo de vuelo, encontró una tarjeta en su bolsillo con el nombre anotado de «Dylan Swift». Estaba escrito con su propia letra, aunque no recuerda haberlo escrito ni tampoco haber conocido a ninguna persona con ese nombre. En cambio sí recuerda que ese mismo día, su hijo Aaron se libró por los pelos de ser atropellado mientras ella revisaba la bandeja de entrada de su teléfono móvil. El propio Aaron, no se cansa de repetir que fue un ángel quien lo salvó, un ángel muy malherido.

Chris Niegel fue encontrado muerto después de caer precipitado por una de las ventanas del piso de Rachel Mulligan. Las causas de esa caída todavía se están investigando. Aunque todo apunta a que fue un extraño accidente, dado que no existen indicios de que fuese la propia Rachel quien lo hiciese. A esas horas se encontraba de camino del hospital para tratar de estar junto a su ex marido en sus últimos minutos de vida. Las enormes deudas que tenía Chris Niegel, hacen pensar que estaba tratando de robar en el piso de Rachel cuando desafortunadamente se cayó por la ventana.

Rachel Mulligan, la ex mujer de Dylan Swift, decidió que todo el dinero

que cobrase por el seguro de vida de su ex marido sería para sus dos hijos. Íntegro. Jamás se perdonaría que se hubiese siquiera planteado acabar con la vida de Dylan y haber estado confabulando para ello. Ese hecho, dejará en ella una de esas heridas mal curadas que nunca dejarán de sangrar, aunque tal vez, solo tal vez, puede que un día encuentre la forma de cerrar ese capítulo de su vida, de reconciliarse con su pasado, con la vida.

Ese día pasaron muchas más cosas y, como decía al principio, algunas de ellas podrían considerarse como totalmente inexplicables. Muy pocos recordarán que ese fue el último día de vida de Dylan Swift, aunque esos pocos, creerán firmemente que ese día recibieron como un extraño impulso, un impulso de vida.

FIN